



TROTSKY, por G. Amador.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

Lenin
(Recuerdos de
Lenin)

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov

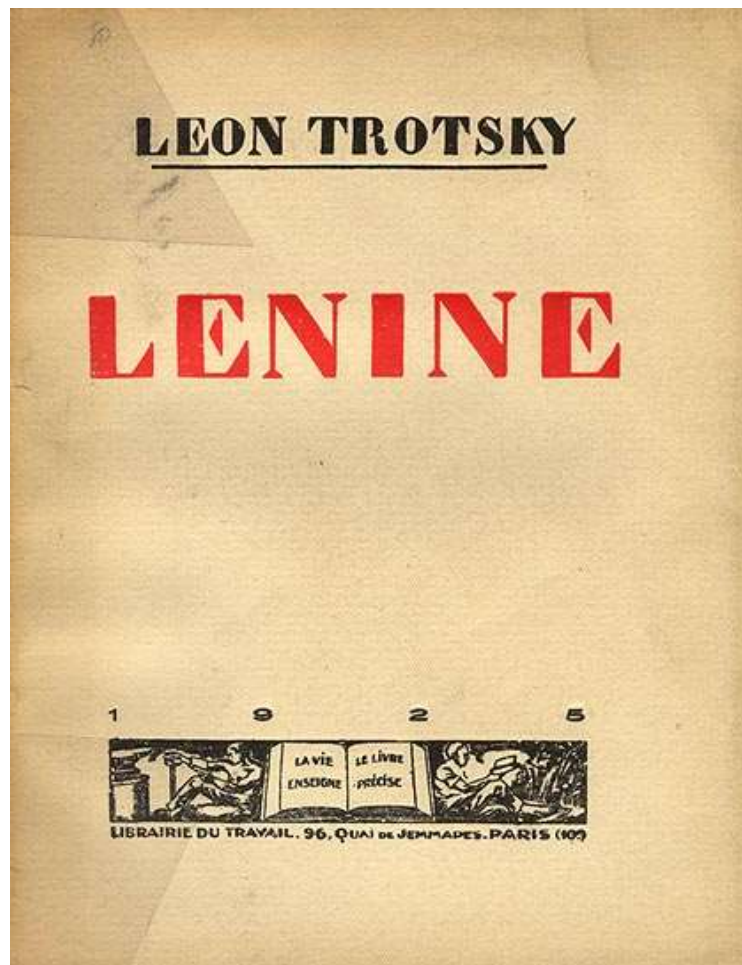
Valencia, junio de 2026
 germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov



En 1924 Trotsky publica en Rusia esta recopilación que ahora ofrecemos a nuestros lectores, y que tituló *Recuerdos de Lenin*. Se trata de una obra que el mismo autor explica, tanto en su alcance como en sus límites, en el prólogo: “La presente obra solo ofrece materiales para trabajar, los trazos, los bocetos de una obra futura...” Ofrecemos una traducción propia desde su primera edición en francés: *Lénine*, Librairie du Travail, Paris, 1925. Aquella obra futura, de la que nos habla en su prólogo, intentaría ser su *Lenin*, obra que nunca llegó a poder redactar por completo, a pesar de sus muchos intentos y su meticulosa preparación documental (como puede verse perfectamente a través de la correspondencia incluida en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#), señalamos en esta serie su breve “[Biografía de Lenin \(publicada en la Encyclopaedia Britannica\)](#)”); sólo alcanzó a redactar su primera parte (*La juventud de Lenin*, que en breve también editaremos en estas Obras Escogidas), que se publicó en 1936 en francés.

La [sección en español del MIA](#) aloja las *Obras completas de V. I. Lenin* en sus diversas ediciones en castellano. Obras de Trotsky recogidas en estas escogidas y que son lectura complementaria sobre el período sujeto a consideración en esta recopilación: *1917. El año de la revolución* (que contiene amplio anejos, entre otros sus imprescindibles *Lecciones de octubre*), *Entre el imperialismo y la revolución*, *El triunfo del bolchevismo*, *Nuestra revolución. Ensayos sobre la revolución obrera e internacional*, para acabar, su biografía, *Mi vida. Autobiografía* y su *Historia de la revolución rusa*. Estos recuerdos que aquí ofrecemos son una buena ilustración de las vivencias de Trotsky sobre un período que marcó un siglo en ciernes... y la historia de la humanidad.



Portada de la primera edición en francés

<i>Índice</i>	3
Prólogo.....	4
Lenin y la vieja <i>Iskra</i>	6
En torno a octubre	28
I En vísperas de octubre.....	28
II El golpe de estado. La revolución.....	36
III Brest-Litovsk	41
IV La disolución de la Asamblea Constituyente	46
V El trabajo del gobierno	51
VI Los checoslovacos y los socialistas revolucionarios de izquierda	58
VII Lenin en la tribuna.....	62
VIII El filisteo y el revolucionario	66
IX Lo cierto y lo falso sobre Lenin	71
X Los pequeños y el mayor.....	80
Discursos y mensajes.....	88
Lenin como tipo nacional.....	88
Lenin herido	90
Lenin, enfermo	94
Lenin ha muerto.....	97

Prólogo

Este libro no está terminado, y ello en los dos sentidos de la palabra. En primer lugar, sería absolutamente inútil buscar en él una biografía de Lenin, o bien un esbozo de su carácter, o bien una exposición detallada y completa de sus opiniones y de sus métodos de acción. La presente obra solo ofrece materiales para trabajar, los trazos, los bocetos de una obra futura, que tal vez sea también la del autor de estas líneas. Este proceso de esbozo es, sin embargo, inevitable e indispensable. Junto a las biografías populares y los estudios generales sobre el carácter de Lenin, se hace necesario desde ahora fijar con más detalle y más cuidado ciertos episodios, ciertos rasgos de la vida y la personalidad de Lenin tal y como se nos ha presentado. La parte más considerable de este libro está compuesta por recuerdos del autor sobre dos períodos separados por un intervalo de quince años: el último semestre de *la antigua Iskra (La Chispa)* y el año decisivo en cuyo centro se sitúa la Revolución de Octubre, es decir, aproximadamente desde mediados de 1917 hasta el otoño de 1918.

Pero este libro no está terminado en otro sentido, más estricto: espero que las circunstancias me permitan seguir trabajando en él, introducir correcciones y precisiones, y completarlo con nuevos episodios y nuevos capítulos. La enfermedad y la suspensión de la actividad práctica que esta enfermedad ha acarreado por un tiempo me han permitido reconstruir en mi memoria muchas de las cosas que se relatan en este libro. Al releer mis primeros bocetos, seguía desenredando la madeja de recuerdos, recordando hechos significativos al menos en cuanto a que se refieren a la vida de Lenin o tienen que ver con su carácter. Pero este método de trabajo tiene un inconveniente: la obra resultante nunca puede llegar a completarse. Y por eso decido, en un momento dado, cortar de raíz el manuscrito y publicar la primera parte. No obstante, como ya he dicho, me reservo el derecho a seguir trabajando en este libro. No hace falta añadir que siempre estaré agradecido a todos los protagonistas de los acontecimientos y episodios comprendidos en el período del que hablo, si aportan correcciones a mi trabajo o refrescan tal o cual recuerdo.

No está de más señalar que se han omitido deliberadamente algunas circunstancias, porque tocan demasiado de cerca los debates actuales.

A las dos partes esenciales del libro, que tienen carácter de memorias, añado los artículos y los discursos, o fragmentos de discursos, en los que en alguna ocasión he caracterizado a Lenin.

Al trabajar con recuerdos, no he utilizado, por así decirlo, ningún material relativo a la época que describo. Me pareció que, dado que mi objetivo no era ofrecer un estudio histórico completo sobre un período determinado de la vida de Lenin, sino que solo quería aportar material de primera mano, precisamente el que yo mismo podía aportar, sería mejor recurrir únicamente a mi propia memoria.

Cuando la obra estuvo redactada en su conjunto, releí el tomo XIV de las *Obras* de Lenin y el librito del camarada Ovsianikov sobre la paz de Brest-Litovsk; entonces añadí a mi obra algunos detalles complementarios. Estos añadidos son muy escasos.

L. T.

21 de abril de 1924

**

PD. Al releer este libro, me doy cuenta de que, en mis recuerdos, llamo a Leningrado unas veces Petrogrado y otras Petersburgo. Sin embargo, algunos camaradas se refieren con el nombre de Lenin incluso al antiguo Petrogrado. Me parece que es un error. ¿Se puede decir,

por ejemplo: “Lenin fue detenido en Leningrado”? Está claro que en Leningrado no se habría podido detener a Lenin. Sería aún más extraño decir: Pedro fundó Leningrado. Quizás, con el paso de los años, de décadas, el nuevo nombre de la ciudad, como en general todos los nombres propios, pierda su carácter de recuerdo histórico vivo. Pero en este momento sentimos con demasiada claridad que Petrogrado no es Leningrado más que desde el 21 de enero de 1924 y que ese nombre no podía haberse adoptado antes. Por eso, en mis recuerdos, conservo para Leningrado la denominación que se utilizaba en la época que describo.



Trotsky y Lenin

Lenin y la vieja *Iskra*

“La escisión de 1903 fue, por así decirlo, una anticipación...”
(Palabras de Lenin en 1910.)

Sin duda, para el futuro gran biógrafo de Lenin, el período de la vieja *Iskra* (La Chispa) (1900-1903) presentará un interés psicológico excepcional y, al mismo tiempo, grandes dificultades: es precisamente durante esos breves años cuando Lenin se convierte en Lenin. Esto no significa que vaya a dejar de crecer. Al contrario, creció (¡y de qué manera!) hasta octubre y también desde octubre. Pero a partir de entonces se trata de un crecimiento más orgánico. El salto fue inmenso, desde la conspiración política hasta el poder del 25 de octubre de 1917: se trataba, sin embargo, por así decirlo, de un desplazamiento totalmente material, totalmente exterior del hombre que ya había medido y sopesado todo lo que se podía medir y sopesar, mientras que en el crecimiento que precedió a la escisión en el II Congreso del partido, hay un impulso imperceptible desde el exterior, pero tanto más decisivo cuanto que era totalmente interior.

El objetivo de estos recuerdos es proporcionar al futuro biógrafo algunos datos sobre este período extremadamente memorable y significativo del desarrollo espiritual de Vladimir Ilich. Desde entonces hasta el día en que se escriben estas líneas han transcurrido más de dos décadas, y son ciclos muy densos para la memoria humana. Por ello, es natural que surjan ciertas aprensiones: ¿hasta qué punto este relato reproducirá con exactitud lo que ocurrió? Confieso que no he podido evitar sentir ese mismo temor durante todo el tiempo que me ha llevado este trabajo, sabiendo que ya existen demasiados recuerdos incoherentes y testimonios inexactos. Al escribir este ensayo, no tenía a mano absolutamente ningún documento, ninguna recopilación de referencias, ningún expediente, etc. Sin embargo, creo que eso es mejor. He tenido que basarme únicamente en mi memoria y espero que mi trabajo espontáneo, en tales condiciones, haya estado mejor protegido contra los retoques retrospectivos involuntarios que tan difícilmente se evitan, incluso cuando uno se somete a sí mismo a la crítica más rigurosa. Y, por último, para futuras investigaciones, esta crítica resultará aún más fácil cuando se tengan en las manos los documentos y, en general, todos los expedientes que se refieren a aquella época lejana.

En algunos pasajes, cito conversaciones y discusiones de entonces, presentándolas en forma de diálogos. Por supuesto, sería imposible pretender una reproducción exacta de los diálogos tras más de veinte años transcurridos. Pero en cuanto al fondo, me parece que mi pluma me es fiel, y en cuanto a ciertas expresiones más vivas, la reproducción es literal.

Dado que se trata de material para una biografía de Lenin, y que, por consiguiente, el hecho reviste una importancia excepcional, espero que se me permita decir unas palabras sobre ciertas particularidades de mi memoria. Recuerdo muy mal la topografía de las ciudades e incluso de las viviendas. En Londres, por ejemplo, me perdí más de una vez en la distancia relativamente insignificante que separaba la vivienda de Lenin de la mía. Durante mucho tiempo tuve muy mala memoria para los rostros, pero, en este aspecto, he hecho notables progresos. En cambio, recordaba y recuerdo muy bien las ideas, sus combinaciones y las conversaciones sobre ideas. Esta valoración que hago no es subjetiva; he podido convencerme de ello y verificarlo muchas veces: otras personas, que habían asistido a las mismas conversaciones, las transmitían con menos exactitud que yo y aceptaban mis correcciones. A esto hay que añadir la circunstancia de que, al llegar a Londres, yo era un joven provinciano con muchas ganas de saberlo todo y comprenderlo todo lo más rápido posible. Por lo tanto,

es natural que mis conversaciones con Lenin y otros miembros de la redacción de *Iskra* se hayan grabado profundamente en mi memoria. Estos son puntos que el biógrafo deberá tener en cuenta cuando quiera juzgar el valor histórico de los recuerdos que siguen.

*

**

Llegué a Londres en 1902, en otoño, en octubre creo, una mañana temprano. Gesticulando, logré hacerme entender por un cochero y el taxi me llevó a una dirección que tenía en un papel y que era mi destino. Ese lugar era la vivienda de Vladimir Ilich. Me habían dado instrucciones de antemano (debió de ser en Zúrich), me habían dicho que llamara un cierto número de veces con el picaporte de la puerta. Por lo que recuerdo, fue Nadezhda Konstantinovna quien vino a abrirme; debió de saltar de la cama, creo, por el ruido que hice. Era demasiado temprano y un hombre más experimentado que yo, más acostumbrado a los buenos modales de la civilización, habría esperado tranquilamente una o dos horas en la estación, en lugar de ir a llamar, por así decirlo al amanecer, a la puerta de otra persona. Pero yo aún conservaba el ímpetu de mi huida de Verjolensk. De la misma manera, o casi, en Zúrich había irrumpido en el apartamento de Axelrod, no al amanecer, sino en plena noche.

Vladimir Ilich aún estaba en la cama y, en su rostro, la amabilidad se matizaba con un comprensible asombro. En esas circunstancias tuvo lugar nuestro primer encuentro y conversamos por primera vez. Vladimir Ilich y Nadezhda Konstantinovna ya me conocían por una carta de Clair (M. G. Krjijanovsky), quien, en Samara, me había introducido, por así decirlo, oficialmente en la organización de *Iskra* bajo el pseudónimo de “Pero” (la Pluma). Así fue como me recibieron: “Pero” había llegado.... Me ofrecieron té, en la cocina-comedor, creo. Lenin, mientras tanto, se vestía. Les conté mi fuga y me quejé del mal estado de la “frontera” (organización de paso al extranjero) de *Iskra*: estaba en manos de un “gimnasta” (estudiante de secundaria, “gimnasio” era la denominación bajo el zarismo de los institutos de secundaria) socialista-revolucionario que trataba a los camaradas de *Iskra* sin mucha simpatía, debido a una dura polémica que se había desatado; además, los contrabandistas me habían despojado sin piedad, exagerando todas las tarifas y remuneraciones acordadas. Le entregué a Nadezhda Konstantinovna un conjunto bastante modesto de direcciones y lugares de encuentro, o más exactamente, información sobre la necesidad de eliminar ciertas direcciones que no valían nada. Por encargo del grupo de Samara (de Clair y otros), había visitado Járkov, Poltava, Kiev, y en casi todas partes, o al menos en Járkov y Poltava, había podido constatar el estado extremadamente deficiente de las conexiones entre las organizaciones.

No recuerdo si fue esa mañana o al día siguiente cuando di un largo paseo por Londres con Vladimir Ilich. Me enseñó Westminster (desde fuera) y otros edificios destacados. No recuerdo cómo lo dijo, pero introdujo en su frase este matiz: “Este es *su* famoso Westminster.” El de ellos” se refería, por supuesto, no a los ingleses, sino a los enemigos. Ese matiz, que no se subrayaba en absoluto, profundamente orgánico, expresado sobre todo por el tono de la voz, se encontraba siempre en Lenin cuando hablaba de valores culturales, de avances recientes, de la inauguración del Museo Británico, de la riqueza de la información del *Times*, o, muchos años más tarde, de la artillería alemana o de la aviación francesa: “ellos” saben, “ellos” poseen, “ellos” han hecho, “ellos” han conseguido ¡pero qué enemigos! Una sombra imperceptible, la de la clase de los explotadores, parecía extenderse ante sus ojos sobre toda la cultura humana, y esa sombra le resultaba siempre perceptible, tan indudablemente evidente como la luz del día.

Por lo que recuerdo, aquella vez presté muy poca atención a la arquitectura londinense. Lanzado de repente desde Verjolensk al extranjero, donde me encontraba, por cierto, por primera vez, solo recogía entonces de Viena, París y Londres unas primeras impresiones muy someras, y aún no me importaban “detalles” como el Palacio de Westminster. Además, como es lógico, no era por eso por lo que Vladimir Ilich me había arrastrado a ese gran paseo. Su objetivo era conocerme y someterme a un examen.

Y, efectivamente, el examen versó “sobre todas las materias del curso”. A sus preguntas, respondí describiendo la composición del contingente exiliado en el Lena y las corrientes internas que se perfilaban en él. La gran línea divisoria entre las tendencias se definía entonces en función de las opiniones que se profesaban sobre la lucha política activa, el centralismo organizativo y el terror.

-Bien, pero ¿existen discrepancias teóricas sobre la doctrina de Bernstein? -preguntó Vladimir Ilich.

Le conté que habíamos leído el libro de Bernstein y la réplica de Kautsky (lo habíamos leído en la prisión de Moscú y luego en los lugares de deportación). Ningún marxista entre nosotros había alzado la voz a favor de Bernstein. Se daba por sentado que Kautsky tenía razón. Pero entre los debates teóricos que se desarrollaban entonces a nivel internacional y nuestras discusiones de organización política, no establecíamos ninguna relación, ni siquiera nos deteníamos en la idea de una posible relación, al menos hasta el momento en que, en el Lena, aparecieron los primeros números de *Iskra* y el folleto de Lenin: *¿Qué hacer?*

Conté también que habíamos leído con gran interés los primeros libritos filosóficos de Bogdánov. Recuerdo muy claramente el sentido de una observación de Vladimir Ilich al respecto: la pequeña obra que trataba de la naturaleza considerada desde un punto de vista histórico le parecía, a él también, muy apreciable, pero (¡ahí está!) Plejánov no lo aprobaba, decía que eso no era materialismo. En aquel momento, Vladimir Ilich no tenía opinión alguna sobre esta cuestión, se limitaba a referir la opinión de Plejánov, cuya autoridad filosófica respetaba, aunque no sin sentirse algo desconcertado. La valoración de Plejánov también me sorprendió mucho.¹

Volví a interrogar a Vladimir Ilich sobre cuestiones económicas. Le conté cómo, en la prisión de tránsito de los deportados, en Moscú, habíamos estudiado colectivamente su libro: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*², y cómo, en Siberia, habíamos trabajado en *El Capital*, pero nos habíamos detenido en el tomo II. Recordé la enorme cantidad de datos estadísticos que se había utilizado en *El desarrollo del capitalismo*.

-En la prisión de Moscú, hablamos más de una vez con admiración de esa gigantesca obra.

-¡Vaya! Eso no se hizo de un solo golpe- respondió Lenin.

Era evidente que le complacía comprobar que los jóvenes camaradas estudiaban con atención la más importante de sus obras económicas.

Hablamos después de la “doctrina” de *Majaiski*, de la impresión que había podido causar en los deportados, de aquellos, más o menos numerosos, a quienes había podido seducir. Conté que el primer cuaderno mimeografiado de *Majaiski* nos había llegado “allá arriba” a orillas del Lena, y había causado una fuerte impresión entre la mayoría de nosotros por su violenta crítica al oportunismo socialdemócrata, en lo que coincidía con el curso de nuestros propios pensamientos, determinados por la polémica entre Kautsky y Bernstein. El segundo cuaderno, en el que *Majaiski* “arrancaba la máscara” de las fórmulas marxistas sobre la producción, viendo en ellas una justificación teórica de la explotación del proletariado por parte de los intelectuales, nos había indignado y desconcertado. Por último, el tercer cuaderno, que habíamos recibido más tarde y que contenía un programa positivo, en el que los vestigios del “economismo” se conciliaban con un embrión de sindicalismo, nos había dado la sensación de una absoluta inconsistencia.

Cuando llegamos a hablar de mi futuro trabajo, la conversación se limitó, como es lógico, a generalidades. Yo quería ante todo informarme de lo que se había publicado recientemente y

¹ En nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#), sus series [Obras escogidas de G. V. Plejánov](#) y [Obras escogidas de Karl Kautsky](#).

² V. I. Lenin, [Obras completas, Tomo III](#), Editorial Ayuso – Akal Editor, Madrid, 1975, [Obras alojadas en la sección en español del MIA](#).

pensaba luego volver ilegalmente a Rusia. Se decidió que empezaría por “echar un vistazo a mi alrededor”.

Nadezhda Konstantinovna me llevó, para alojarme, a otro barrio, a una casa donde vivían Zasulich, Márto y Blumenfeld, que dirigía la imprenta de *Iskra*. Allí había una habitación libre también para mí. El apartamento, según la disposición habitual de las viviendas inglesas, no se distribuía a lo ancho, sino verticalmente: en la habitación de abajo vivía la casera y sus inquilinos habitaban uno encima del otro. Había aún una habitación libre, que servía de sala común, y a la que Plejánov, tras su primera visita, había bautizado como *guarida*. En aquel caos, en parte por culpa de Vera Ivanovna Zasulich, pero también con la complicidad de Márto, reinaba el mayor desorden. Allí se tomaba el café, se reunían para charlar, se fumaba, etc. De ahí el apodo de aquel antro.

Así comenzó el breve periodo londinense de mi existencia. Me abalancé con avidez sobre los números de *Iskra* y los folletos de *Zaria*. También a esa época se remonta mi colaboración con *Iskra*.

Con motivo del segundo centenario de la fundación de la fortaleza de Schlüsselburg, redacté una nota que fue, creo, mi primer trabajo para *Iskra*. Esa nota terminaba con una cita de Homero, o más exactamente del traductor ruso de Homero, Gnéditch; hablaba de las “manos invencibles” que la revolución lanzaría contra el zarismo (de camino a Siberia, en el vagón, me había devorado la *Iliada*). La nota le gustó a Lenin. Pero en cuanto a las “manos invencibles”, le asaltó una duda legítima que me expresó con una risa bonachona. “Pero está sacado de un verso de Homero”, respondí para justificarme; sin embargo, admití de buen grado que la cita clásica no era indispensable. Esta nota se puede encontrar en *Iskra*, pero sin las “manos invencibles”.

Fue entonces cuando di mis primeras conferencias en White-Chapel, donde “me medí” con *el viejo* Tchaikovsky (ese ya era un anciano) y con el anarquista Cherkezov, que tampoco era joven. Como resultado, me sorprendió sinceramente ver que famosos emigrados de barba gris eran capaces de soltar tonterías de primer orden. Nuestro enlace con Whitechapel lo aseguraba el viejo “londinense” Alexéiev, un emigrado marxista que estaba en contacto con la redacción de *Iskra*. Fue él quien me inició en la vida inglesa y, en general, fue para mí la fuente de todo tipo de nociones y conocimientos. Recuerdo que, tras una conversación detallada con Alexéiev de camino a White-Chapel y de vuelta, le transmití a Vladimir Ilich dos opiniones tuyas, una sobre la caída del régimen ruso y otra sobre el último libro de Kautsky. El cambio de régimen, decía Alexéiev, no debía producirse de forma gradual, sino con extrema brusquedad, debido a la rigidez de la autocracia. Esa palabra, “rigidez”, se me quedó grabada en la memoria.

-Bueno, pero puede que tenga razón -dijo Lenin tras escuchar mi relato.

La otra opinión de Alexéiev se refería al libro de Kautsky: *Al día siguiente de la revolución social*³.

Sabía que ese folleto interesaba mucho a Lenin, que, como él mismo me había dicho, lo había leído dos veces y acababa de retomararlo por tercera vez; me parece que fue él quien se encargó de ultimar la traducción al ruso. Por mi parte, acababa de estudiar atentamente esa obra, siguiendo el consejo de Vladimir Ilich. Ahora bien, Alexéiev consideraba que era el escrito de un oportunista.

-Im-bé-cil -dijo de repente Lenin, y puso el gesto que solía poner cuando estaba descontento.

En cuanto a Alexéiev, este consideraba a Lenin con el mayor respeto:

-Considero -decía- que, para la revolución, Lenin es más importante que Plejánov.

No le repetí este comentario a Lenin, por supuesto, pero se lo dije a Márto, quien no respondió ni una palabra.

La redacción de *Iskra* y *Zaria* estaba compuesta, como es sabido, por seis personas: tres “veteranos” (Plejánov, Zasulich y Axelrod) y tres jóvenes (Lenin, Márto y Potressov).

³ Segunda parte de *La revolución social*, en la serie de Alejandría Proletaria arriba referenciada.

Plejánov y Axelrod vivían en Suiza. Zasúlich residía en Londres, junto con los jóvenes. Potressov, en aquella época, se encontraba en algún lugar del continente. Esta dispersión de los colaboradores presentaba ciertos inconvenientes, pero Lenin no parecía resentirse por ello, sino que incluso se mostraba satisfecho. Antes de dejarme cruzar el Canal de la Mancha, me puso al corriente con cautela de los asuntos internos del periódico y me dijo, entre otras cosas, que Plejánov insistía en que toda la redacción se trasladara a Suiza, pero que él, Lenin, se oponía a ese traslado porque eso no haría más que entorpecer el trabajo. Fue entonces cuando comprendí por primera vez, o más bien adiviné, a partir de débiles indicios, que la estancia de la redacción en Londres debía explicarse por consideraciones en las que la policía, sin duda, desempeñaba su papel, pero en las que la influencia de los redactores también tenía algo que ver. Lenin deseaba, en el trabajo cotidiano de organización político, la mayor independencia posible respecto a los “viejos” y, en primer lugar, respecto a Plejánov, con quien ya había tenido graves conflictos, sobre todo al elaborar un proyecto de programa del partido. Los mediadores, en tales casos, eran Zasúlich y Márto: Zasúlich desempeñaba, en cierto modo, el papel de padrino de Plejánov en esos duelos, y Márto era el padrino de Lenin. Ambos intermediarios estaban muy dispuestos a lograr la conciliación y, además, se tenían mucha amistad el uno al otro. Solo poco a poco llegué a conocer las muy serias discrepancias que se habían levantado entre Lenin y Plejánov sobre la parte teórica del programa⁴. Recuerdo que Vladimir Ilich me preguntó qué pensaba del programa que acababan de publicar (en el número 25 de *Iskra*, si no me equivoco). Pero yo solo había asimilado ese programa a grandes rasgos y, por lo tanto, era incapaz de expresar una opinión sobre la cuestión interna que interesaba a Lenin. Las discrepancias se referían a la necesidad, según Lenin, de definir de forma más clara y categórica las tendencias esenciales del capitalismo, la concentración de la producción, la decadencia de las clases intermedias, la diferenciación de las clases, etc.; sobre estas cuestiones, Plejánov pedía más reserva y cautela. El programa, como es sabido, está salpicado de “más o menos” que provienen de Plejánov. Por lo que recuerdo, según nos contaron Márto y Zasúlich, el primer borrador de Lenin, opuesto al de Plejánov, había sido objeto de una valoración muy dura por parte de este último, formulada en el tono de burla altiva por el que se distinguía, en esos casos, Georgy Valentínovich. Pero, por supuesto, no era así como se podía desanimar o intimidar a Lenin. El conflicto adquirió un carácter totalmente dramático. Vera Ivanovna, según ella misma contó, le decía a Lenin:

-Georges (Plejánov) es un galgo: muerde bien, pero siempre acaba soltando; usted es un bulldog: cuando muerde, ya no suelta.

Recuerdo muy bien esa frase, así como la conclusión de Zasúlich:

-A Lenin le gustó mucho esa comparación. “¿Muerdo y ya no suelto?... ¿Es eso?”, preguntó de nuevo, con regocijo.

Y Vera Ivanovna imitaba la entonación con una bonhomía burlona.

Durante mi estancia en Londres, Plejánov vino a pasar unos días. Fue entonces cuando lo vi por primera vez. Visitó nuestro piso compartido, pasó por la “guardia”, pero yo no estaba.

-Georgui ha venido -me dijo Vera Ivanovna-; quiere verte, ve a su casa.

-¿Qué Georgui? -pregunté intrigado, pensando para mis adentros que aún existía un personaje famoso que yo no conocía.

-Pues Plejánov... Le llamamos Georgui.

Fui a su casa por la noche. En una pequeña habitación se encontraban, junto a Plejánov, el socialdemócrata alemán Behr, un escritor bastante conocido, y el inglés Askew. Sin saber dónde sentarme porque todas las sillas estaban ocupadas, Plejánov, no sin vacilar, me invitó a sentarme en la cama. Me pareció que era algo totalmente natural, sin imaginar que Plejánov, europeo hasta la médula, no se decidía a tomar una medida tan excepcional salvo en caso de extrema

⁴ *Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* (1903), en nuestra serie *Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*.

necesidad. La conversación se desarrollaba en alemán; Plejánov no dominaba lo suficiente ese idioma y se limitaba a monosílabos. Beer comentó primero cómo la burguesía inglesa sabía ganarse a los obreros destacados; luego se habló de los predecesores ingleses del materialismo francés. Beer y Askew se marcharon al poco rato. Georgui Valentinovitch esperaba, con razón, que me fuera con ellos, pues era tarde y no estaba permitido molestar a los anfitriones con el ruido de la conversación. Sin embargo, todo lo contrario, yo pensaba en ese momento que la verdadera conversación no hacía más que empezar.

-Lo que decía Beer era muy interesante -observé.

-Sí, cuando habla de política inglesa, es interesante; en cuanto a la filosofía, son tonterías -respondió Plejánov.

Al ver que no me disponía a marcharme, Georgui Valentinovitch me propuso ir a tomar una cerveza por los alrededores. Me hizo algunas preguntas sin importancia, se mostró amable, pero había en esa amabilidad no sé qué impaciencia oculta. Notaba que su atención estaba dispersa. Quizá simplemente estaba cansado tras el día que había tenido. Pero salí poco satisfecho, con un sentimiento de amargura.

Durante ese periodo en Londres, al igual que más tarde en Ginebra, me encontraba con Zasúlich y Mártoov mucho más a menudo que con Lenin. En Londres, en la misma vivienda; en Ginebra, almorzando y cenando habitualmente en los mismos pequeños restaurantes, Mártoov, Zasúlich y yo nos veíamos varias veces al día, mientras que Lenin vivía en su intimidad familiar; por eso, cada encuentro con él, fuera de las sesiones oficiales, adquiría la importancia de un pequeño acontecimiento.

Zasúlich era una persona singular y singularmente encantadora. Escribía muy lentamente, soportando verdaderamente todos los tormentos de la creación literaria.

-Lo que hace Vera Ivanovna no es componer, es crear un mosaico -me dijo un día, por aquella época, Vladimir Ilich.

Y, en efecto, plasmaba su texto en el papel frase a frase, yendo y viniendo durante largo rato por la habitación, deslizándose y dando golpecitos en el suelo con sus zapatillas, fumando sin parar cigarrillos que ella misma liaba, tirando colillas o medias colillas por todas partes, en los alféizares de las ventanas, sobre las mesas, esparciendo ceniza sobre su blusa, sobre sus brazos, sobre los manuscritos, en su vaso de té y, si se presentaba la ocasión, sobre su interlocutor. Era y siguió siendo hasta el final una vieja intelectual radical a la que el destino había infligido la inoculación del marxismo. Los artículos de Zasúlich demuestran que había asimilado admirablemente los elementos teóricos de Marx. Pero, al mismo tiempo, la base moral y política que la convertía en una radical rusa de los años 1870-71 permaneció intacta en ella hasta el final. En la intimidad, se permitía enfadarse ante ciertos procedimientos o deducciones del marxismo. La palabra "revolucionario" tenía para ella un significado particular, independiente de la conciencia de clase. Recuerdo haber tenido con ella una conversación sobre su *Los revolucionarios en los círculos burgueses*. Utilicé la expresión: *los revolucionarios burgueses-demócratas*.

-Pero no -replicó Vera Ivanovna, con un matiz de resentimiento, o más exactamente de pesarni burgueses, ni proletarios, sino simplemente revolucionarios. Se puede decir, por supuesto, los revolucionarios *pequeñoburgueses* -añadió-, si se incluye en la pequeña burguesía todo lo que no se puede encajar en otra parte...

El centro de las ideas de la socialdemocracia era entonces Alemania y seguíamos con extrema atención la lucha de los ortodoxos contra los revisionistas en la socialdemocracia alemana. Pero Vera Ivanovna solo pensaba lo que le daba la gana y de repente te decía:

-¡Ya está bien!... Acabarán con el revisionismo, restablecerán a Marx, se convertirán en mayoría y, sin embargo, vivirán con su káiser.

-¿Quiénes son "ellos", Vera Ivanovna?

-Pues los socialdemócratas alemanes.

En este punto, por cierto, Vera Ivanovna no se equivocaba tanto como parecía en aquella época, aunque todo sucediera de forma diferente a lo que ella preveía y por otras causas...

En cuanto al programa de reparto de tierras, Zasúlich se mostró escéptica; no es que lo rechazara formalmente, pero se reía de él con buen humor.

Recuerdo un episodio. Poco antes del Congreso llegó a Ginebra Constantin Constantínovich Bauer, uno de los viejos marxistas (un hombre poco equilibrado, por cierto), que había mantenido durante un tiempo una relación amistosa con Struve, pero que, en aquella época, dudaba entre el grupo de *Iskra* y el de *Osvobózhdenie* (La Emancipación). En Ginebra, empezó a inclinarse por *Iskra*, pero se negaba a aceptar el principio del reparto. Fue a ver a Lenin, a quien probablemente ya conocía. Sin embargo, no volvió de allí convencido, sin duda porque Vladimir Ilich, conociendo su naturaleza hamletiana, no se había molestado en persuadirlo. Yo había conocido a Bauer durante el destierro: mantuve con él una conversación muy larga sobre ese maldito reparto. Con gran esfuerzo, le expuse todas las razones que había tenido tiempo de acumular en seis meses de interminables discusiones con los socialistas revolucionarios y, en general, con todos los partidarios del programa agrario de *Iskra*. Y he aquí que, la tarde de ese mismo día, Mártoov (lo recuerdo, fue él) hizo saber en la sesión de la redacción, en mi presencia, que Bauer había ido a su casa y que se había declarado definitivamente “partidario de *Iskra*”. Trotsky, según se decía, habría disipado todas sus dudas...

-¿Y en cuanto al reparto, también está convencido? -preguntó Zasúlich, casi asustada.

-Más concretamente en cuanto al reparto.

-¡El pobre-pobre-pobre!... -exclamó Vera Ivanovna, con un tono tan impagable que todos nos echamos a reír.

Lenin me dijo un día:

-En Vera Ivanovna, muchas cosas se basan en la moral, en el sentimiento.

Y me contó que ella y Mártoov parecían inclinarse por el terror individual cuando Val, el gobernador de Vilna, había castigado con azotes a los manifestantes obreros.

Se pueden encontrar rastros de esa “desviación” temporal, como diríamos hoy, en uno de los números de *Iskra*.

Esto es, según creo, lo que había sucedido:

Mártoov y Zasúlich publicaron el número sin la ayuda de Lenin, que se encontraba en el continente. Se recibió un telegrama sobre la aplicación de azotes a los detenidos de Vilna. En Vera Ivanovna se despertó la heroína radical que había disparado a Trepov porque este hacía azotar a los presos políticos. Mártoov la apoyó en esa ocasión... Al recibir el último número de *Iskra*, Lenin se indignó:

-¡Es el primer paso hacia la capitulación ante los socialrevolucionarios! -exclamó.

Al mismo tiempo se recibió una protesta de Plejánov.

Este episodio tuvo lugar antes de mi llegada a Londres y es posible que se hayan colado algunas inexactitudes en mi relato; pero el fondo del incidente lo recuerdo perfectamente.

-Ciertamente -me decía Vera Ivanovna, a modo de explicación-, no se trata en absoluto aquí del terror como sistema; pero creo que mediante el terror se puede enseñar a esa gente a no azotar más...

Zasulich nunca se entregaba a verdaderas discusiones; aún menos sabía hablar en público. Nunca respondía directamente a los argumentos de su interlocutor, pero algo se gestaba en su interior y luego, de repente, se encendía, lanzaba rápidamente, tan rápido que casi se ahogaba, una serie de frases, dirigiéndose no a quien esperaba su respuesta, sino a quien, esperaba ella, fuera capaz de comprenderla.

Si los debates se celebraban siguiendo un procedimiento regular, bajo la dirección de un presidente, Vera Ivanovna nunca se inscribía para tomar la palabra, pues, para decir algo, necesitaba entusiasmarse. Pero en ese caso, hablaba de todos modos, sin tener en cuenta las inscripciones, formalidad que despreciaba por completo, e interrumpía siempre al orador, como

al presidente, diciendo hasta el final lo que quería decir. Para entenderla, había que adentrarse por la reflexión en el curso de sus pensamientos. Y sus pensamientos -acertados o erróneos- siempre eran interesantes y le pertenecían solo a ella. No es difícil imaginar el contraste que presentaba Véra Ivanovna, con su radicalismo difuso y su subjetivismo, con todo su desorden, en comparación con Vladimir Ilich. No se puede decir que no existiera simpatía entre ellos, pero también había allí un profundo sentimiento de incompatibilidad orgánica. Sin embargo, Zasúlich, como fina psicóloga, percibía la fuerza de Lenin, no sin cierto vago desagrado, ya desde aquella época; eso es lo que expresaba con su frase: “Muerde y no suelta”.

La complejidad de las relaciones que existían entre los miembros de la redacción solo me resultaba comprensible poco a poco, y no sin dificultad. Había llegado a Londres, como ya he dicho, como un perfecto provinciano, en todos los sentidos de la palabra. No solo me encontraba en el extranjero por primera vez, ¡sino que nunca había visto San Petersburgo! Tanto en Moscú como en Kiev, solo había vivido en la prisión de tránsito. Solo conocía a los escritores marxistas por sus artículos. En Siberia había leído números de *Iskra* y *¿Qué hacer?*⁵ de Lenin. De Ilich, autor de *El desarrollo del capitalismo*, había oído hablar vagamente en la prisión de Moscú (por Vanovsky, me parece), como de la próxima estrella de la socialdemocracia. Sabía poco de Márto y nada de Potresov. En Londres, mientras estudiaba con ahínco *Iskra*, *Zaria* y, en general, nuestras publicaciones del extranjero, me topé con uno de los números de *Zaria* en el que había un brillante artículo dirigido contra Prokopovich, sobre el papel y el significado de los sindicatos.

-¿Quién es ese Molotov? -le pregunté a Márto.

-Es Parvus.

Pero tampoco sabía nada de Parvus. Tomaba *Iskra* como un todo y, durante aquellos meses, la idea de buscar en el periódico o en su redacción diferentes tendencias, matices, influencias, etc., me resultaba aún ajena e incluso, podría decir, internamente desagradable.

Recuerdo haber notado entonces que algunos editoriales y artículos en serie de *Iskra*, aunque no estaban firmados, estaban redactados por alguien que hablaba de sí mismo en primera persona: “en tal número, dije”, “ya había escrito sobre este tema”, etc. Me informé para saber quién era el autor de esos artículos. Resultó que todo era de Lenin. Durante una conversación, le señalé que, en mi opinión, desde el punto de vista literario, no era muy apropiado expresarse en primera persona en artículos sin firmar.

-¿Por qué le parece que no es apropiado? -preguntó, intrigado, quizá pensando que en ese momento no hablaba del todo al azar y que no solo expresaba una opinión personal.

-Pero, eso es lo que me parece -respondí vagamente, pues no tenía ninguna idea clara al respecto.

-No estoy de acuerdo contigo -dijo Lenin, y soltó una risa enigmática.

En aquella época, este recurso literario podía parecer impregnado de cierto “egocentrismo”. En realidad, al dotar a sus artículos, incluso a los no firmados, de un carácter singular, Lenin se aseguraba su línea doctrinal, pues no estaba muy seguro de la de sus colaboradores más cercanos. Debemos reconocer aquí, en un detalle insignificante, *esa tensión tenaz hacia la meta*, perseverante, persistente, independiente de todas las convenciones, indiferente a las formalidades, que caracteriza esencialmente a Lenin como líder.

Él era el director político de *Iskra*; pero Márto era su principal recurso como redactor. Escribía con facilidad y sin cesar, al igual que hablaba. En cuanto a Lenin, pasaba largas horas en la biblioteca del British Museum, donde trabajaba en la teoría.

Recuerdo que un día Lenin, en la sala de lectura, escribía un artículo contra Nadioshdin, quien por entonces tenía en Suiza una pequeña editorial propia, que constituía una especie de grupo intermediario entre los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios. Sin embargo,

⁵ V. I. Lenin, “Qué hacer. Problemas candentes de nuestro movimiento”, en *Obras completas, Tomo V*, Akal Editor, 1976, Madrid, página 351 y siguientes; *Obras* alojadas en [la sección en español del MIA](#).

Mártov, la noche anterior (él trabajaba sobre todo de noche), había tenido tiempo de escribir un largo artículo sobre Nadioshdin y se lo había entregado a Lenin.

-¿Ha leído el artículo de Jules? -me preguntó Vladimir Ilich en el Museo.

-Sí.

-¿Qué le parece?

-Me parece que está bien.

-Bien, bien, puede estar bien, pero no es lo bastante claro. No tiene conclusiones. Acabo de anotar aquí algunas notas, pero ahora no sé qué hacer con ellas: ¿a menos que las añada como observaciones complementarias al artículo de Jules?

Me pasó un pequeño cuaderno cubierto de notas a lápiz. En el siguiente número de *Iskra*, apareció el artículo de Mártov con las observaciones de Lenin al pie de página. Ni el artículo ni las notas están firmados; no sé si esas observaciones se incluyeron en las *Obras completas* de Lenin. Puedo garantizar que él es el autor.

Unos meses más tarde, en las semanas previas al congreso, se produjo en la redacción un fuerte incidente entre Lenin y Mártov, que estaban en desacuerdo sobre la táctica de las manifestaciones en la calle, más concretamente sobre la cuestión de la lucha armada contra la policía. Lenin decía que había que crear pequeños grupos armados y entrenar a los obreros militantes para luchar contra las fuerzas policiales. Mártov se oponía a esta idea. El debate se trasladó a la redacción.

-¿Pero no dará lugar esto a algo parecido al terrorismo de grupos? -pregunté al respecto.

(Debo recordar que en aquella época la lucha contra la táctica terrorista de los socialistas-revolucionarios desempeñaba un papel importante en nuestra acción).

Mártov se hizo eco de esta observación y desarrolló la idea de que había que aprender a proteger las manifestaciones de masas frente a la policía, pero no a crear grupos de combate. Plejánov, de quien, sin duda, tanto yo como los demás esperábamos algo, eludió dar una respuesta, limitándose a invitar a Mártov a esbozar un proyecto de resolución que permitiera debatir la cuestión sobre un texto concreto. Este episodio quedó, por lo demás, sepultado bajo los acontecimientos que nos deparaba el congreso.

Fuera de las reuniones y conferencias, no tuve muchas ocasiones de observar a Mártov y Lenin en sus conversaciones. Las largas discusiones, las charlas caóticas, que degeneraban constantemente en chismes sobre la emigración y en charlas ociosas -tipo de ocupación a la que Mártov se prestaba bastante-, ya le desagradaban a Lenin en aquella época. Este prodigioso artífice de la revolución nunca tenía en mente más que una única y misma cosa, no solo en la política, sino en sus trabajos teóricos, en sus estudios filosóficos, así como en el estudio de lenguas extranjeras y en sus conversaciones: el objetivo final. Era quizá el utilitarista más inflexible que hubiera producido jamás el laboratorio del tiempo. Pero como su utilitarismo se combinaba con las visiones históricas más amplias, su personalidad no se veía en absoluto mermada ni empobrecida: al contrario, se desarrollaba y enriquecía sin cesar, a medida que se ampliaban su experiencia de la vida y su ámbito de acción.

Junto a Lenin, Mártov, su compañero de lucha más cercano en aquella época, ya no se sentía a gusto. Todavía se tuteaban, pero ya se percibía un ligero enfriamiento en sus relaciones. Mártov vivía mucho más en el presente: enfados, el trabajo cotidiano de publicista, polémicas, últimas noticias y charlas. Lenin, dejando atrás los acontecimientos del día, se adentraba profundamente con el pensamiento en el mañana. Mártov tenía innumerables y a menudo brillantes intuiciones, concebía hipótesis, hacía propuestas que él mismo, a menudo, olvidaba pronto; pero Lenin captaba lo que necesitaba y solo en el momento en que lo necesitaba. La evidente fragilidad de las ideas de Mártov provocó más de una vez en Lenin gestos de inquietud con la cabeza. Ninguna diferencia en sus líneas políticas había tenido aún tiempo de definirse, ni siquiera de aparecer; solo se pueden percibir las diferencias al volver sobre el pasado a la luz de lo que sucedió después. Más tarde, durante la escisión en el II Congreso, los colaboradores

de *Iskra* se dividieron en “duros” y “blandos”. Estas denominaciones, como es sabido, se utilizaron en los primeros tiempos, lo que demuestra que, si bien aún no existía una línea divisoria, sí había una diferencia en la forma de abordar las cuestiones, en la decisión, en la tenacidad hacia el objetivo final. Al repasar estos informes de Lenin y Márto, se puede decir que antes de la escisión, antes del congreso, Lenin ya era un “duro”, mientras que Márto era un “blando”. Y ambos lo sabían bien. Lenin consideraba a Márto, a quien tenía en gran estima, con ojo crítico y ligeramente receloso; Márto, sintiendo esa mirada sobre él, se sentía incómodo y, con un tic nervioso, encogía sus delgados hombros. Cuando se encontraban y hablaban, ya no había entre ellos entonaciones amistosas, bromas (o al menos yo no las percibía). Lenin, al hablar, dejaba que su mirada se deslizara junto a Márto, y los ojos de este se cristalizaban tras sus lentes inclinado hacia delante, que nunca se limpiaba. Y cuando Vladimir Ilich hablaba conmigo de Márto, había en su voz un matiz particular: “¿Qué?, ¿ha sido Jules quien ha dicho eso?” Y entonces, el nombre de Jules se pronunciaba de una manera especial, ligeramente acentuado, como si Lenin diera una advertencia: “Es bueno, sin duda, es bueno, es incluso notable, pero por desgracia es un *blando*”.

Sin duda, Vera Ivanovna también ejercía cierta influencia sobre Márto, no política, sino psicológica, manteniéndolo un poco alejado de Lenin.

Por supuesto, lo que digo aquí es más bien una generalización psicológica que la constatación de un hecho material; y mis palabras se refieren a acontecimientos que tuvieron lugar hace veintidós años. Durante este tiempo, muchas otras cosas se han grabado en mi memoria y, en la representación que doy de momentos imponderables para caracterizar las relaciones personales, puede haber inexactitudes o un cambio de perspectiva. ¿Qué parte corresponde al recuerdo y qué parte a la imaginación, que reconstruye involuntariamente a su manera el pasado? Creo, sin embargo, que, en lo esencial, mi memoria recrea lo que sucedió tal y como sucedió.

Tras mis conferencias *de prueba*, por así decirlo, en White-Chapel (Alexéiev hizo un “informe” al respecto a la redacción), me enviaron a dar conferencias al continente, a Bruselas, Lieja y París. El tema de estas conferencias era el siguiente: “*Del materialismo histórico y de la forma en que lo entienden los socialistas-revolucionarios*”. Vladimir Ilich se mostró muy interesado en este tema. Le presenté un resumen detallado, acompañado de citas. Me aconsejó que trabajara sobre este tema y que escribiera un artículo para el próximo número de *Zaria*, pero no me atreví a hacerlo.

Desde París, pronto me llamaron por telegrama para que regresara a Londres. Se trataba de enviarme ilegalmente a Rusia, según el plan de Vladimir Ilich: allí se quejaban de carencias, de la falta de compañeros, y creo que fue Clair quien reclamó mi regreso. Pero no tuve tiempo de llegar a Londres cuando, ya, el plan se había modificado. L. G. Deutch, que se encontraba entonces en Londres y se portaba muy bien conmigo, me contó más tarde cómo había “intercedido a mi favor”, demostrando que “ese adolescente” (no me llamaba de otra manera) necesitaba vivir en el extranjero para completar su formación; Lenin, tras discutirlo un poco, aceptó esta idea. Era muy tentador trabajar en la organización rusa de *Iskra*; sin embargo, acepté de buen grado quedarme algún tiempo más en el extranjero.

Un domingo, fui con Vladimir Ilich y Nadezhda Konstantinovna a la iglesia socialista de Londres, donde se celebraba una reunión socialdemócrata al son de salmos piadosamente revolucionarios. El orador era un compositor-tipógrafo que, creo, regresaba de Australia. Vladimir Ilich nos traducía en voz baja su discurso, que tenía un sentido bastante revolucionario, al menos para aquella época. A continuación, todos se levantaron y cantaron: “Dios todopoderoso, haz que ya no haya en esta tierra ni reyes ni ricos...” o algo por el estilo.

-En el proletariado inglés hay una multitud de elementos revolucionarios y socialistas que están dispersos -decía Vladimir Ilich al respecto, cuando salimos de la iglesia-; pero todo eso

se mezcla con el conservadurismo, la religión y los prejuicios, por lo que no logra abrirse paso ni generalizarse...

No carece de interés señalar aquí que Zasúlich y Mártoov vivían completamente al margen del movimiento obrero inglés, absortos por completo en *Iskra* y en todo lo que la rodeaba; mientras que Lenin, de vez en cuando, realizaba incursiones exploratorias en los círculos obreros ingleses.

Huelga decir que Vladimir Ilich, Nadezhda Konstantinovna y la madre de esta vivían más que modestamente. Al volver de la iglesia socialdemócrata, almorzamos en la pequeña cocina-comedor de la vivienda, que constaba de dos habitaciones. Aún veo los trocitos de carne a la parrilla que se sirvieron en la sartén. Tomamos té. Bromeamos, como siempre, sobre mi regreso a casa, preguntándonos si sería capaz de encontrar el camino por mí mismo: era muy torpe para reconocer las calles y, por mi inclinación a la sistematización, llamaba a ese defecto mi “cretinismo topográfico”.

Se acercaba la fecha fijada para el congreso y, finalmente, se decidió trasladar la sede de *Iskra* a Ginebra: allí la vida era incomparablemente más barata y la comunicación con Rusia resultaba más fácil. Lenin, a regañadientes, dio su consentimiento. Me enviaron a París, desde donde debía, junto con Mártoov, viajar a Ginebra. La preparación del congreso se intensificó.

Poco después, Lenin también llegó a París. Debía dar tres conferencias sobre la cuestión agraria en la École des Hautes Études sociales, fundada en París por profesores que habían sido expulsados de las universidades rusas. Los estudiantes marxistas habían insistido en que se invitara a Lenin, dado que Chernov había intervenido anteriormente en el centro. Los profesores estaban preocupados y suplicaban al agresivo conferenciante que, en la medida de lo posible, no entrara en polémicas. Pero Lenin se negó a aceptar ninguna condición y comenzó su primera conferencia diciendo que el marxismo era una teoría revolucionaria que, por lo tanto, exigía necesariamente la polémica; pero que esa combatividad no contradecía en absoluto su carácter científico.

Recuerdo que, antes de esa primera conferencia, Vladimir Ilich estaba muy emocionado. Pero, en la tribuna, recuperó enseguida el control de sí mismo, o, al menos, eso parecía. El profesor Gambarov, que había acudido a escucharlo, expresó a Deutch su impresión en dos palabras: “¡Un verdadero profesor!”. Este amable hombre pensaba estar otorgando el mayor de los elogios. Todas las conferencias estuvieron impregnadas de polémica contra los populistas y el socialreformista agrario David, a quien Lenin situaba al lado de los populistas; sin embargo, estas lecciones se mantuvieron en el marco de la teoría económica, sin tocar la lucha política de entonces, el programa agrario de la socialdemocracia, de los socialistas revolucionarios, etc. El conferenciante había querido limitarse así, teniendo en cuenta el carácter académico de la cátedra. Pero tras su tercera lección, Lenin pronunció una conferencia política sobre la cuestión agraria, en una sala, en el número 110, creo, de la avenida de Choisy; esta reunión no fue organizada por la École des Hautes Études, sino por el grupo parisino de *Iskra*. La sala estaba abarrotada. Todos los estudiantes de la Escuela acudieron a escuchar las deducciones prácticas del curso teórico que se les había impartido. El discurso versó sobre el programa agrario de *Iskra* en aquella época y, en particular, sobre la restitución a los municipios de las tierras comunales. No recuerdo los nombres de los detractores que tomaron la palabra. Pero recuerdo que, en su conclusión, Vladimir Ilich estuvo maravilloso. Uno de los camaradas parisinos de *Iskra* me dijo a la salida: “Lenin, hoy, se ha superado a sí mismo”. Como es costumbre, los camaradas se dirigieron después con el conferenciante al café. Todos estaban muy satisfechos, y el propio Lenin se encontraba en un estado de agradable excitación. El tesorero del grupo nos comunicó con satisfacción la cifra de la recaudación que correspondía a la caja de *Iskra*: algo así como 75 o 100 francos, una suma nada desdeñable. Esto sucedió a principios de 1903; no puedo determinar la fecha con mayor exactitud en este momento, pero creo que no sería difícil hacerlo, si es que no se ha hecho ya.

Fue durante esta estancia de Lenin en París cuando se decidió llevarle a ver una ópera. Se encargó de ello N. I. Sedova, miembro de *Iskra*. Vladimir Ilich acudió a la Ópera Cómica y regresó con el maletín que nunca le abandonaba cuando iba a dar su clase en la École des Hautes Études. Se representaba *Louise*, un drama lírico de Gustave Charpentier cuyo tema es muy democrático. Formábamos un grupo en la galería superior. Además de Lenin, Sedova y yo, estaba, según recuerdo, Mártoov. No recuerdo a los demás. Esta visita a la Ópera Cómica conllevó un pequeño incidente muy ajeno a la música, pero que, sin embargo, quedó muy grabado en mi memoria. Lenin se había comprado unos zapatos en París. Resultaron ser demasiado estrechos. Sufrió con ellos durante unas horas y, al fin, decidió deshacerse de ellos. Como por casualidad, mis zapatos necesitaban ser reemplazados. Lenin me dio los suyos y, al principio, me pareció que me quedaban perfectos, de lo contento que estaba. Decidí estrenarlos yendo a la Ópera Cómica. De ida, todo fue a la perfección. Pero en el teatro, empecé a sentir que las cosas se torcían. Quizá por eso no recuerdo la impresión que pudo causar la ópera en Lenin y en mí mismo. Solo recuerdo que entonces estaba muy dispuesto a bromear y que se reía mucho. A la vuelta, yo ya sufría terriblemente y Vladimir Ilich, sin piedad alguna, se burlaba de mí durante todo el camino. Sin embargo, había cierta compasión en sus burlas: ¿acaso él mismo no había soportado el suplicio de esos zapatos durante unas horas?

He hablado anteriormente de la agitación que sentía Vladimir Ilich antes de comenzar sus conferencias. Conviene volver sobre este punto. Emociones de este tipo se manifestaban en Lenin en otras circunstancias y mucho más tarde, cuando tenía que aparecer en público; y eran tanto más fuertes cuanto más “ajeno” le resultaba el público y cuanto más fortuita era la ocasión del discurso. La forma de hablar de Lenin estaba siempre llena de seguridad y vehemencia. Decía rápidamente lo que tenía que decir, de modo que sus discursos eran una prueba bastante dura para los taquígrafos. Pero cuando no se sentía a gusto, su voz adquiría un tono que no era el suyo, que se asemejaba a una especie de eco devuelto e impersonal. Por el contrario, cuando Lenin sentía que su audiencia era precisamente *aquella* que tenía gran necesidad de escucharlo, su voz adquiría una vivacidad extrema, se volvía flexible y persuasiva; ya no era la voz de un “orador” en el sentido común de la palabra, sino la de un conversador, pero elevada al tono que exigía la tribuna. Ya no era arte oratorio, eso superaba la elocuencia ordinaria. Se podrá objetar, es cierto, que cualquier orador habla mucho mejor cuando se siente entre *los suyos*. En general, es cierto. Pero toda la cuestión radica en saber ante qué público y en qué circunstancias el orador se siente como en casa. Los europeos del tipo de Vandervelde, formados en las costumbres parlamentarias, necesitan un cierto entorno solemne y todo lo que propicia la elocuencia. En las reuniones en las que se celebran aniversarios o se homenajea a personalidades oficiales, se sienten como pez en el agua. Pero para Lenin, las reuniones de este tipo eran auténticas pequeñas desgracias personales. Hablaba con gran brío y de manera persuasiva, sobre todo cuando tenía que analizar cuestiones de política combativa. Sus mejores piezas oratorias deben de ser los discursos que pronunció ante el comité central en vísperas de octubre.

Antes de las conferencias de París, solo había oído a Lenin una vez, creo, en Londres, a finales de diciembre de 1902. Curiosamente, no conservo ningún recuerdo del carácter de aquel acto, ni del tema que se trató. Casi estaría dispuesto a dudar de la realidad de ese recuerdo. Sin embargo, es cierto que hubo entonces una reunión de rusos, muy importante para Londres, a la que asistió Lenin; si no hubiera venido a dar una conferencia, probablemente no lo habríamos visto. Me explico este vacío en mi memoria de la siguiente manera: la conferencia se dedicó probablemente, como era habitual, a un tema que acababa de tratarse en el último número de *Iskra*; por lo que había tenido la oportunidad de leer el artículo de Lenin sobre ese tema y, en consecuencia, la conferencia no me ofrecía el atractivo de la novedad; además, no hubo debates. Los débiles adversarios que se encontraban en Londres no tuvieron la osadía de tomar la palabra contra Lenin; el público, compuesto en parte por “bundistas” y en parte por anarquistas, formaba un ambiente bastante ingrato; por eso, esta conferencia dejó pocas huellas. Solo

recuerdo que, al final de la reunión, los B..., marido y mujer, del antiguo grupo de San Petersburgo “El Pensamiento Obrero” (*Rabotchaia Mysl*), que llevaban bastante tiempo viviendo en Londres, se me acercaron y me invitaron:

-Venga a nuestra casa para la víspera de Año Nuevo. (Por eso sitúo la fecha de la reunión a finales de diciembre).

-¿Por qué? -pregunté sorprendido, como un auténtico bárbaro.

-Pasaremos el rato entre camaradas. Uliánov estará allí, y Krúpskaya también.

Recuerdo bien que dijeron *Uliánov* y no Lenin; ni siquiera entendí a la primera de quién se trataba. Zasúlich y Mártoov también fueron invitados. Al día siguiente, en “la guarida”, celebramos una reunión para decidir qué debíamos hacer; se le preguntó a Lenin si acudiría a la invitación. Me parece que nadie fue. Y es una lástima: habría sido una ocasión excepcional, única en su género, de ver a Lenin, junto a Zasúlich y Mártoov, en una velada de Año Nuevo.

Cuando llegué de París a Ginebra, me invitaron a casa de Plejánov, junto con Mártoov y Zasúlich; creo que Vladimir Ilich también acudió. Pero de aquella velada solo me queda un recuerdo extremadamente confuso. En cualquier caso, aquella reunión no tuvo carácter político; se podría decir que fue “mundana”, o incluso de lo más banal. Recuerdo que me quedé bastante desanimado y malhumorado en mi silla y, cuando el dueño o la dueña de la casa me dejaban sin prestarme atención, no sabía en absoluto qué hacer conmigo mismo. Las hijas de Plejánov servían té y pastas. Había en todas las palabras, en todos los gestos, algo de tensión, una especie de incomodidad que probablemente no era el único en percibir. Quizá, debido a mi juventud, sentía esa pequeña frialdad más intensamente que los demás. Esa visita a Plejánov fue la primera y la última. Por supuesto, las impresiones que me quedaron fueron de lo más fugaces y, muy probablemente, fortuitas, como fueron fugaces y fortuitos todos mis encuentros con Plejánov. He intentado caracterizar en otra parte, brevemente, la brillante figura del primer maestro del marxismo que ha tenido Rusia. Me limito aquí a las impresiones de los primeros encuentros, en los que, ¡ay!, realmente no tuve suerte. Zasúlich, a quien todo esto le entristecía mucho, me decía:

-Sé que Georgui es a veces insoportable, pero, en el fondo, es un animal de lo más amable. (Era su forma de hacer un elogio).

No puedo dejar de señalar aquí que en la familia de Axelrod reinaba un ambiente de sencillez y sincera camaradería. Aún hoy recuerdo con gratitud las horas que pasé en la mesa hospitalaria de los Axelrod, durante mis frecuentes visitas a Zúrich. Vladimir Ilich también acudió allí más de una vez y, por lo que sé según los relatos de esta familia, se sentía allí acogido y a gusto. Por otra parte, no tuve ocasión de encontrarme con él en casa de los Axelrod.

En cuanto a Zasúlich, su sencillez y su afabilidad hacia los jóvenes camaradas eran verdaderamente incomparables. Si no se puede hablar de su hospitalidad en el sentido habitual de la palabra, es porque ella misma necesitaba más beneficiarse de ella que concederla a los demás. Vivía, se vestía y se alimentaba como la más modesta de las estudiantes. En el ámbito de los valores materiales, sus mayores placeres eran el tabaco y la mostaza. Consumía de ambos en enormes cantidades. Cuando untaba una capa gruesa de mostaza sobre una loncha muy fina de jamón, decíamos: “Vera Ivanovna está de fiesta”.

Por su bondad y sus atenciones hacia la juventud, L. G. Deutch, cuarto miembro del Grupo de *la Emancipación del Trabajo*, también se distinguía. No he mencionado hasta ahora que, en calidad de administrador de *Iskra*, asistía a las sesiones de la redacción con voz consultiva. Deutch solía estar de acuerdo con Plejánov, ya que tenía opiniones más que moderadas sobre la táctica revolucionaria. Un día me dejó estupefacto al declararme:

-Nunca habrá ningún levantamiento armado, joven, y eso no es necesario. En el presidio había entre nosotros unos “gallos” que, a la primera excusa, buscaban pelea y acababan recibiendo una paliza. Yo seguía otra conducta: ser firme, hacer entender a la administración que se podría llegar a una gran batalla, pero sin llegar nunca a las manos. De este modo,

conseguía cierto respeto por parte de la administración y un alivio del régimen. Esa es la táctica que debemos emplear frente al zarismo; de lo contrario, nos destrozarán, nos aniquilarán sin que sirva de nada a la causa...

Me impactó tanto ese sermón sobre la táctica que se lo comenté sucesivamente a Márto, a Zasúlich y a Lenin. No recuerdo cuál fue la reacción de Márto. Vera Ivanovna me dijo:

-Eugène (ese era el antiguo pseudónimo de Deutch) siempre ha sido así: personalmente, es un hombre de un valor excepcional; pero en política es extremadamente prudente y mesurado.

Lenin, tras escucharme, pronunció algo así como: "Eh... eh... sí...", y los dos nos echamos a reír, sin más comentarios.

Los primeros delegados del próximo II Congreso comenzaban a reunirse en Ginebra, y se mantenían consultas con ellos de manera ininterrumpida. En este trabajo preparatorio, Lenin tenía indiscutiblemente la batuta, aunque su papel no siempre fuera perceptible. Había sesiones de la redacción de *Iskra*, sesiones de la organización de *Iskra*, consejos celebrados por separado con grupos de delegados y reuniones plenarias. Una parte de los delegados había acudido con dudas, objeciones o reclamaciones de sus grupos. Este trabajo preparatorio llevaba mucho tiempo.

Solo tres obreros acudieron al congreso. Lenin conversó muy detalladamente con cada uno de ellos y se ganó a los tres. Uno de ellos era Schotmann, de San Petersburgo. Era aún muy joven, pero sensato y reflexivo. Recuerdo que, al volver de una conversación con Lenin (Schotmann se alojaba en el mismo piso que yo), no paraba de repetir:

-¡Cómo brillan sus ojitos! ¡Parece que lo atraviesen a uno!...

El delegado de Nikolaev era Kalafati. Vladimir Ilich me preguntó largo y tendido sobre él, porque yo lo había conocido allí, en Nikolaev, y luego, sonriendo con aire pícaro, añadió:

-Dice que, cuando lo conoció, eras algo así como un tolstoiano.

-¡Vaya! ¡Menuda tontería! -exclamé, casi indignado.

-¡Bah! ¡No pasa nada! -replicó Lenin, ya fuera para consolarme o para burlarse de mí;- entonces tenía usted, creo, dieciocho años, y ya sabe que la gente no nace marxista.

-Puede ser -respondí-, pero en lo que respecta al tolstoísmo, nunca he tenido nada que ver con eso.

En las reuniones preparatorias se prestó mucha atención a la elaboración de los estatutos; uno de los momentos más importantes en los debates sobre el esquema de organización fue aquel en que se discutieron las relaciones mutuas entre el periódico central y el comité central. Yo había venido al extranjero con la idea de que el periódico central debía "subordinarse" al comité central. Tal era la disposición de ánimo de la mayoría de los "rusos" de *Iskra*, sin que, sin embargo, esta opinión fuera muy clara ni firme.

-Eso no funcionará -me replicaba Vladimir Ilich-. La distribución de fuerzas no es así. Veamos, ¿cómo van a dirigirnos desde el fondo de Rusia? Eso no funcionará... Nosotros formamos un centro estable y seremos nosotros quienes dirijamos desde aquí.

En uno de los proyectos se establecía que el órgano central estaría obligado a publicar los artículos de los miembros del comité central.

-¿Incluso en contra del periódico central? -preguntaba Lenin.

-Por supuesto.

-¿Para qué? No tiene sentido. Una polémica entre dos miembros del órgano central podría ser útil en determinadas condiciones; pero una polémica de los "rusos" del comité central (es decir, de los miembros que residían en Rusia) contra el órgano central sería inaceptable.

-Entonces, ¿es la dictadura total del periódico central? -pregunté.

-¿Y qué hay de malo en ello? -replicó Lenin-. Así debe ser en la situación actual.

En aquella época hubo mucho revuelo en torno a la cuestión del "derecho de cooptación". En una de las reuniones, nosotros, los jóvenes, llegamos a decidir el derecho de cooptación positiva y negativa.

-Pero lo que llamáis cooptación negativa significa sencillamente lo que en buen ruso se dice “echar a la calle”, me dijo al día siguiente Vladimir Ilich, que se echó a reír. No es tan sencillo como parece. Intente, pues, llevar a cabo -¡ja, ja, ja!- una cooptación negativa en la redacción de *Iskra*.

La cuestión más grave, para Lenin, consistía en saber cómo se organizaría a partir de entonces el órgano central que debía desempeñar, en definitiva, simultáneamente, el papel de comité central. Lenin consideraba imposible mantener el antiguo consejo de los seis.

Zasúlich y Axelrod, en todas las cuestiones controvertidas, se ponían casi infaliblemente del lado de Plejánov, tras lo cual, en el mejor de los casos, nos encontrábamos tres contra tres. Ninguno de estos dos grupos habría consentido en eliminar a uno de los miembros del consejo. No quedaba, pues, más remedio que seguir el camino opuesto: ampliar el consejo. Lenin quería incorporarme como séptimo miembro, de tal manera que, al considerarse el consejo de los siete como una redacción ampliada, se formaría un grupo editorial más restringido, compuesto por Lenin, Plejánov y Márto. Vladimir Ilich me iba poniendo al corriente de este plan poco a poco, sin pronunciar, por otra parte, una sola palabra sobre la propuesta que había hecho de incorporarme a mí como séptimo miembro de la redacción, sin decirme que esta propuesta había sido aceptada por todos, salvo Plejánov, en quien el plan encontró un adversario decidido. La incorporación de un séptimo miembro significaba ya, por sí sola, a ojos de Plejánov, un aumento del grupo de *La Emancipación del Trabajo*: ¡cuatro “jóvenes” contra tres “viejos”!

Creo que ese plan fue la causa principal de la actitud de extrema antipatía que Georgui Valentinovitch mostró hacia mí. Además, para colmo de males, surgieron abiertamente pequeños malentendidos entre nosotros ante los ojos de los delegados. Todo empezó, según recuerdo, a raíz de un proyecto de periódico popular. Algunos delegados insistían en la necesidad de crear, junto a *Iskra*, un órgano que se publicara, a ser posible, en Rusia. Tal era, en particular, la idea del grupo “El Joven Obrero”. Lenin se oponía firmemente a este proyecto. Los motivos que aducía eran de diversa índole, pero el principal residía en el temor a la formación de un grupo particular que pudiera constituirse sobre la base de una “popularización” simplificada de las ideas de la socialdemocracia, antes de que el núcleo del partido hubiera tenido tiempo de consolidarse como debía. Plejánov se declaraba decididamente a favor de la creación del órgano popular, oponiéndose así a Lenin y buscando evidentemente el apoyo de los delegados regionales. Yo apoyaba a Lenin. En una de las reuniones, desarrollé esta idea -acertada o errónea, ahora ya no tiene importancia-, de que no necesitábamos un órgano popular, sino una serie de folletos y panfletos de propaganda que ayudaran a los obreros avanzados a elevarse al nivel de *Iskra*; pero que un periódico popular reduciría el papel de *Iskra* y borraría la fisonomía política del partido, rebajándolo al “economismo” y al socialismo revolucionario. Plejánov me replicó:

-¿Por qué el periódico borraría la fisonomía del partido? Por supuesto, en un órgano popular no podremos decir todo lo que tengamos que decir. En él presentaremos reivindicaciones, consignas, sin ocuparnos de cuestiones de táctica. Le diremos al obrero que hay que luchar contra el capitalismo, pero, como es lógico, no expondremos teorías sobre cómo hay que luchar contra el capitalismo.

Retomé este argumento:

-Pero -dije-, los “economistas” y los socialistas revolucionarios también dicen que hay que luchar contra el capitalismo. La discrepancia comienza precisamente cuando hay que determinar *la forma* de luchar. Si, en un órgano popular, no respondemos a esta cuestión, borramos, con ello, la diferencia entre nosotros y los socialistas revolucionarios...

Mi réplica pareció salir victoriosa. Plejánov no encontró nada que oponerle. Es evidente que este episodio no pudo mejorar nuestras relaciones.

Pronto se produjo un segundo conflicto, en una sesión de la redacción que decidió, a la espera de que el congreso resolviera la cuestión de la plantilla editorial, admitirme en las sesiones con

voz consultiva. Plejánov se oponía categóricamente. Pero Vera Ivanovna le dijo:

-Pues yo lo traeré.

Y, efectivamente, me llevó a la reunión. Este secreto entre bastidores no me fue revelado hasta mucho más tarde; me presenté en la redacción sin saber nada, sin haber intuido nada. Georgui Valentinovitch me saludó con la refinada cortesía en la que era un maestro.

Por desgracia, la redacción debía examinar, en esa misma sesión, un conflicto que había surgido entre Deutch y Blumenfeld, del que he hablado anteriormente. Deutch era administrador de *Iskra*. Blumenfeld dirigía la imprenta. En este ámbito, surgió una disputa sobre las competencias. Blumenfeld se quejaba de la intromisión de Deutch en los asuntos internos de la imprenta. Plejánov, por antigua amistad, apoyaba a Deutch y proponía limitar el derecho de Blumenfeld a intervenir en la técnica tipográfica.

Yo repliqué que era imposible dirigir una imprenta limitándose simplemente al ámbito de la ejecución técnica; que aún existían problemas de organización y administración, y que Blumenfeld debía tener autonomía en todas esas cuestiones.

Recuerdo la réplica envenenada de Plejánov:

-Sin duda, el camarada Trotsky tiene razón al decir que a la técnica se superponen diversos elementos administrativos y de otro tipo, como nos enseña la teoría del materialismo histórico; sin embargo..., etc.

Lenin y Mártoov me apoyaron, sin embargo, con cautela, y lograron que se aprobara una decisión en el sentido que yo había indicado. Esa fue la gota que colmó el vaso.

En estas dos circunstancias, Vladimir Ilich se había puesto, como hemos visto, de mi lado. Pero, al mismo tiempo, observaba con inquietud cómo se deterioraban mis relaciones con Plejánov, lo que amenazaba con comprometer definitivamente el plan de reorganización de la redacción que él había esbozado. En una de las reuniones siguientes, en la que se encontraban delegados recién llegados, Lenin, tomándome aparte, me dijo:

-En la cuestión del periódico popular, deja que sea Mártoov quien responda a Plejánov. Mártoov dejará pasar el asunto, mientras que a usted le gustaría más zanjarlo. Es mejor dejarlo pasar.

Esas expresiones de “zanjar” y “dejar pasar” se me quedaron grabadas en la memoria.

Después de una de las sesiones de redacción en el café “Landolt”, quizá tras la sesión de la que acabo de hablar, Zasúlich, con ese tono particular que adoptaba en tales circunstancias, con voz tímidamente insistente, se quejó de vernos atacar “demasiado” a los liberales. Ese era, en ella, el punto débil.

-Mirad -decía-, cómo se esfuerzan.

Su mirada evitaba a Lenin, pero era sobre todo a él a quien se dirigía. -En el último número de *La Emancipación*, Struve pone el ejemplo de Jaurès, exige que los liberales rusos no rompan con el socialismo, pues de lo contrario correrían el riesgo de sufrir el miserable destino del liberalismo alemán; quiere que se inspiren en el ejemplo de los radicales-socialistas franceses.

Lenin estaba de pie junto a la mesa, con un falso “panamá” que se había echado hacia atrás sobre la frente (la sesión había terminado y se disponía a salir).

-Hay que golpearlos con más fuerza aún -dijo, sonriendo alegremente, como para burlarse de Vera Ivanovna.

-¡Pues eso es! ¡Eso es! -exclamó ella, completamente consternada-: ¡ellos dan un paso hacia nosotros y nosotros deberíamos golpearlos!

-Exactamente. Struve les dice a sus liberales: en lugar de emplear contra nuestro socialismo los burdos métodos alemanes, hay que emplear los medios más sutiles de los franceses; hay que atraer, mimar, engañar, desviar a la manera de los radicales de izquierda franceses que coquetean con el jaoussismo.

No estoy reproduciendo, por supuesto, esta memorable conversación al pie de la letra. Pero el sentido y el espíritu de la misma se han grabado en mi memoria con la mayor claridad. No

tengo a mano en este momento material que me permita verificar mis palabras; pero no es difícil hacer esta verificación: basta con hojear los números de *La Emancipación* de la primavera de 1903, y se encontrará un artículo de Struve, dedicado a la cuestión de la actitud de los liberales frente al socialismo democrático en general, así como al jaressismo en particular. Recuerdo este artículo por lo que me contó Véra Ivanovna en la escena que acabo de relatar. Si a la fecha que figura en el número de *Emancipación* del que hablo le sumamos el tiempo necesario para que dicha publicación llegara a Ginebra, llegara a manos de Vera Ivanovna y fuera leída, es decir, tres o cuatro días, podremos establecer con bastante exactitud la fecha de la conversación que acabo de relatar, en el café “Landolt”. Fue, según recuerdo, un día de primavera (quizá a principios de verano), el sol brillaba alegremente y la risita gutural de Lenin era jovial. Recuerdo su aire tranquilamente burlón, seguro de sí mismo y “firme” -precisamente firme-, aunque Vladimir Ilich fuera entonces bastante delgado y no tal y como se le conoció en el último período de su vida. Vera Ivanovna, como siempre, rebosaba energía, volviéndose ora hacia uno, ora hacia otro. Pero nadie, me parece, se metió en la discusión, que, por cierto, no duró mucho, solo lo justo para coger los sombreros.

Zasúlich y yo volvimos juntos. Ella estaba abatida, sintiendo que la jugada de Struve se había echado a perder por completo. No pude consolarla en absoluto. Ninguno de nosotros, sin embargo, presentía entonces *hasta qué punto*, de qué manera admirable, se habían derrotado los triunfos del liberalismo ruso en aquel pequeño diálogo que tuvo lugar junto a la puerta del café “Landolt”.

*

**

Me doy cuenta de lo insuficiente que resulta lo que acabo de exponer: mi relato ha resultado más pobre de lo que imaginaba cuando emprendí este trabajo. Pero he recopilado con esmero todo lo que mi memoria había conservado, incluso lo menos significativo, pues ya no queda nadie, en la actualidad, que pueda hablar con detalle de ese periodo. Plejánov ha muerto. Zasúlich ha muerto. Mártoov ha muerto. Y Lenin ha muerto. Es dudoso que alguno de ellos haya dejado memorias. ¿Vera Ivanovna, tal vez? Pero no oímos nada al respecto. De toda la redacción de *Iskra* de aquella época, solo quedan Axelrod y Potresov. Pero ambos, dejando de lado cualquier otro motivo, participaron poco en el trabajo de la redacción y asistieron con poca frecuencia a nuestras reuniones. L. G. Deutch podría contar algo, pero él también llegó al extranjero más bien hacia el final de la época antes descrita, poco antes que yo y, además, no participó directamente en los trabajos de la redacción. Nadezhda Konstantinovna puede aportar, y esperamos que lo haga, información de gran valor. Ella se encontraba entonces en el centro de todo el trabajo de organización; era ella quien recibía a los camaradas que venían de lejos, era ella quien daba las recomendaciones y quien acompañaba a la estación a los que partían; era ella quien establecía los contactos, quien fijaba las citas, quien escribía las cartas, quien cifraba y descifraba. En su habitación casi siempre se percibía el olor del papel calentado a la lámpara. Y con frecuencia se quejaba, con su dulce insistencia, de no recibir suficientes cartas, o de que se había cometido un error en el cifrado, o de que se había escrito con tinta química de tal manera que una línea se superponía a otra, etc. Lo que es aún más importante, por supuesto, es que, en ese trabajo de organización, junto a Lenin, Nadezhda Konstantinovna podía, día tras día, observar todo lo que sucedía en él y a su alrededor. Sin embargo, espero que estas líneas no resulten superfluas, en parte porque Nadezhda Konstantinovna asistía con poca frecuencia a las reuniones de la redacción, al menos a aquellas en las que yo me encontraba. Y, por último, sobre todo, porque el observador externo percibe más fácilmente lo que no se ve en una relación constante. Sea como fuere, he contado lo que podía decir. Ahora me gustaría formular algunas reflexiones generales, me gustaría explicar por qué, en mi opinión, en la época de *la* antigua *Iskra*, tuvo que producirse una crisis decisiva en la apreciación política que Lenin debía tener de sí mismo, en la forma en que, por así decirlo, se valoraba a sí mismo; por qué

esta crisis era inevitable y por qué se volvió indispensable.

Lenin llegó al extranjero en su madurez, a la edad de treinta años. En Rusia, en los círculos de estudiantes, en los primeros grupos de la socialdemocracia, en las colonias de deportados, había ocupado el primer lugar. No podía dejar de sentir su fuerza, ya solo por el simple hecho de que todos aquellos con quienes se encontraba y con quienes trabajaba la reconocían. Partió al extranjero ya en posesión de un bagaje teórico muy importante, con una seria provisión de experiencia política y animado por esa tensión hacia la meta que constituía su verdadera naturaleza espiritual. En el extranjero, tuvo que colaborar primero con el Grupo de *la Emancipación del Trabajo* y, sobre todo, con Plejánov, el profundo y brillante comentarista de Marx, maestro de varias generaciones, teórico, pensador político, publicista y orador que se había labrado un nombre en Europa y contactos por toda Europa. Junto a Plejánov se encontraban dos grandes autoridades: Zasúlich y Axelrod. No solo su heroico pasado ponía en primer plano a Vera Ivanovna, sino que era una mente de las más penetrantes, de amplia cultura, principalmente histórica, y de una intuición psicológica poco común. A través de Zasúlich se había establecido, en su momento, el vínculo del “Grupo” con el viejo Engels. A diferencia de Plejánov y Zasúlich, que estaban más estrechamente vinculados al socialismo latino, Axelrod representaba en el “Grupo” las ideas y la experiencia de la socialdemocracia alemana. Esta diferencia de “esferas de influencia” se manifestaba incluso en los lugares de residencia. Plejánov y Zasúlich vivían sobre todo en Ginebra, Axelrod en Zúrich. Axelrod se había centrado en las cuestiones de táctica. Como es sabido, no escribió ni un solo estudio de teoría o de historia. En general, escribía poco. Pero lo que escribía trataba casi siempre de cuestiones de táctica del socialismo. En este ámbito, Axelrod mostraba originalidad y perspicacia. Según las numerosas conversaciones que mantuve con él (durante un tiempo, él y yo estuvimos muy unidos, al igual que lo estuvimos con Zasúlich), me parece claro que muchas de las cosas escritas por Plejánov sobre cuestiones de táctica fueron el resultado de un trabajo colectivo y que, en ese trabajo, la contribución de Axelrod es mucho más importante de lo que parece según los documentos impresos. El propio Axelrod le había dicho más de una vez a Plejánov, líder indiscutible y querido del “Grupo” (hasta la ruptura de 1903):

- Tú, Georgui, tienes una gran capacidad de persuasión, consigues todo lo que necesitas...

Axelrod, como es sabido, había escrito el prefacio de un manuscrito enviado desde Rusia por Lenin: *Las tareas de los socialdemócratas de Rusia*.

Con este acto, el “Grupo” adoptaba en cierto modo al joven y brillante trabajador ruso, pero al mismo tiempo demostraba que lo consideraba un discípulo. Fue precisamente en calidad de discípulo que Lenin llegó al extranjero, junto con otros dos alumnos.

No asistí a los primeros encuentros de los alumnos con los maestros, a esas conversaciones en las que se elaboró la línea esencial de *Iskra*. Sin embargo, no es difícil comprender, a la luz de las observaciones sobre el semestre que acabo de describir, y especialmente a la luz del II Congreso del partido, que la gravedad del conflicto, al margen de las cuestiones de principio que apenas comenzaban a plantearse, tenía su causa en la inexactitud del juicio emitido por los veteranos sobre el desarrollo y el significado del leninismo.

Durante el II Congreso e inmediatamente después, la indignación de Axelrod y de los demás miembros de la redacción contra Lenin iba acompañada de cierto asombro:

-¿Cómo se había atrevido a ir tan lejos?

La sorpresa aumentó aún más cuando, tras la ruptura de Plejánov con Lenin, que siguió de cerca al congreso, Lenin siguió, no obstante, liderando la batalla.

El estado de ánimo de Axelrod y los demás podría expresarse tal vez en estos términos: “¿Qué mosca le ha picado?”.

“Sin embargo, no hace tanto que llegó al extranjero -decían los veteranos-; llegó en calidad de discípulo y así es como se presentó (Axelrod insistía especialmente en este punto en lo que contaba sobre los primeros meses de *Iskra*). “¿De dónde le viene de repente esa gran seguridad?”

¿Qué es esa audacia?”, etc.

A continuación, se intentaba adivinar sus intenciones: se había preparado un terreno en Rusia, no era de extrañar que todos los medios de comunicación estuvieran en manos de Nadezhda Konstantinovna; era allí donde, poco a poco, se iba ganando la opinión de los camaradas rusos en contra del Grupo de *la Emancipación del Trabajo*. Zasúlich no estaba menos indignada que los demás, pero quizá lo entendía un poco mejor. No en vano le había dicho a Lenin que, cuando mordía, “ya no soltaba”, en lo que se distinguía de Plejánov. ¿Y quién sabe la impresión que pudo causar esa frase en su momento? ¿Acaso no se había repetido Lenin a sí mismo: “Sí, es cierto: ¿quién conocería mejor a Plejánov que Zasúlich? Muerde, tira y abandona a su presa; pero no se trata en absoluto de morder para soltar después... Hay que morder y aguantar”?

En qué medida y en qué sentido podría ser cierto que Lenin hubiera “trabajado” previamente la opinión de los camaradas en Rusia, es Nadezhda Konstantinovna quien nos lo contaría mejor que nadie. Pero al ver las cosas desde una perspectiva más amplia, y sin invocar hechos concretos, se puede decir que esa preparación de las mentes tuvo lugar. Lenin siempre pensaba en el mañana cuando establecía y afianzaba las bases del hoy. Su pensamiento creativo nunca se enfriaba y su vigilancia no se adormecía. Y cuando se convenció de que el Grupo de *Emancipación del Trabajo* no era capaz de asumir la dirección inmediata de la vanguardia proletaria para organizar la lucha, ante la revolución que se avecinaba, sacó todas las conclusiones que se imponían. Los veteranos se equivocaron, y no solo los veteranos: aquel a quien tenían ante sí ya no era simplemente un joven trabajador de espíritu notable, a quien Axelrod concedía la distinción de un prefacio amistosamente protector; sino un líder, totalmente volcado en su objetivo y que, me parece, se sentía definitivamente convertido en líder cuando, en su trabajo, se encontraba codo con codo con los veteranos, con los maestros. Había constatado que era más fuerte y más indispensable que ellos. Es cierto que también en Rusia, Lenin, según la expresión de Márto, era el primero entre sus iguales. Pero entonces se trataba únicamente de los primeros círculos socialdemócratas, de las organizaciones jóvenes. Las reputaciones en Rusia tenían aún un carácter provincial: ¡cuántos Lassalle rusos y cuántos Bebel había entonces! El Grupo de *la Emancipación del Trabajo* era otra cosa: Plejánov, Axelrod y Zasúlich se encontraban al mismo nivel que Kautsky, Lafargue, Guesde y Bebel, el verdadero Bebel alemán. Al medir sus fuerzas con las de ellos en el trabajo, Lenin se midió a sí mismo a escala europea. Fue precisamente en sus desacuerdos con Plejánov, cuando la redacción se agrupaba en dos bandos, cuando Lenin tuvo que adquirir esa firmeza en la seguridad de sí mismo sin la cual, más tarde, no habría sido Lenin.

Sin embargo, las desavenencias con los veteranos eran inevitables. No se debía a que, a primera vista, existieran dos concepciones diferentes del movimiento revolucionario. No, en aquella época aún no se había llegado a ese punto. Pero el mismo enfoque con el que se abordaban los acontecimientos políticos, las tareas de organización y, en general, todas las labores prácticas, y con el que, en consecuencia, se abordaba la próxima revolución, era profundamente distinto para uno y otro bando. Los veteranos, en aquella época, ya llevaban unos veinte años en el exilio. Para ellos, *Iskra* y *Zaria* eran ante todo empresas periodísticas. Pero para Lenin, eran el instrumento directo de la acción revolucionaria. En Plejánov, como se puso de manifiesto unos años más tarde, en 1905-1906, y de forma aún más trágica en la época de la guerra imperialista, en el fondo de Plejánov había un escéptico de la revolución; despreciaba esa tensión hacia la meta que caracterizaba a Lenin, y tenía en su repertorio más de una broma condescendiente y venenosa al respecto. Axelrod, como ya he dicho, se mantenía más cerca de los problemas de la táctica, pero su pensamiento se obstinaba en no salir del círculo de las cuestiones de preparación para la preparación. Con bastante frecuencia, analizaba con gran maestría las tendencias y los matices dentro de los diversos grupos socialistas de intelectuales revolucionarios. Era un homeópata de la política prerrevolucionaria. Sus métodos

y procedimientos tenían un carácter de laboratorio, de farmacia. Las cantidades con las que operaba era siempre infinitamente pequeñas: los grupos que estudiaba, se vía obligado a ponerlos en una balanza de precisión, frente a los pesos más minúsculos. No en vano L. G. Deutch comparaba a Axelrod con el tipo de Spinoza; y no en vano Spinoza era tallador de diamantes: ese trabajo, como es sabido, se realiza con lupa. Ahora bien, Lenin abordaba los acontecimientos y las relaciones sociales en su conjunto, acostumbraba su pensamiento a captar las masas sociales y, de ese modo, reflejaba la imagen de la revolución en marcha que tomó por sorpresa tanto a Plejánov como a Axelrod.

La llegada de la revolución fue percibida, al parecer, más directamente por Vera Ivanovna Zasúlich que por los demás veteranos. Su vivo conocimiento de la historia, libre de todo pedantismo y saturado de intuición, le ayudó mucho en este asunto. Pero ella sentía la revolución como una vieja radical. En lo más profundo de su alma, estaba convencida de que poseíamos todos los elementos de la revolución, a excepción de un liberalismo “auténtico” y seguro de sí mismo, que debería tomar la dirección del movimiento; creía que nosotros, los marxistas, con nuestra crítica prematura y nuestra forma de “perseguir” a los liberales, no podíamos sino asustarlos y que, por ello mismo, desempeñábamos, de hecho, un papel contrarrevolucionario. En la prensa, es cierto, Vera Ivánovna no decía nada al respecto. Y en las conversaciones personales, no siempre expresaba su pensamiento hasta el final. Pero, sin embargo, esa era su convicción más íntima. Y de ahí provenía su antagonismo con Paul (Axelrod), a quien consideraba un doctrinario. Efectivamente, dentro de los límites de la homeopatía táctica, Axelrod defendía, sin falta, la hegemonía revolucionaria de la socialdemocracia. Solo se negaba a trasladar ese punto de vista, a abandonar el lenguaje de los grupos y los pequeños círculos para adoptar el de las clases, en un momento en que las clases se pusieron en movimiento. Ahí es donde se abrió el abismo entre él y Lenin.

Lenin llegó al extranjero no como un marxista “en general”, no para cumplir una tarea de literatura revolucionaria “en general”, no simplemente para continuar el trabajo de veinte años del Grupo de *Emancipación del Trabajo*. No, llegó como un líder virtual; no como un líder “en general”, sino como el líder de esa revolución que se avecinaba, que él sentía, que ya palpaba. Llegó para preparar, en el menor tiempo posible, las ideas y el aparato organizativo de esa revolución. Y cuando hablo de su tensión hacia el objetivo, a la vez tenaz y disciplinada, no lo entiendo en el sentido de que él, Lenin, se hubiera esforzado por contribuir al triunfo “final”; no, eso sería una frase demasiado general, demasiado vacía, sino que lo entiendo en ese sentido concreto, directo e inmediato de que se fijó un objetivo práctico: acelerar la llegada de la revolución y asegurar su victoria. Cuando Lenin, en su labor en el extranjero, se encontró codo con codo con Plejánov, cuando desapareció entre ellos lo que los alemanes llaman con seriedad “la distancia”, no podía dejar de resultar evidente para “el discípulo” que, en la cuestión que él consideraba esencial de su época, no tenía casi nada que aprender de su maestro y que, incluso, ese maestro, vacilante por escepticismo, era capaz de obstaculizar con su autoridad la labor saludable y de arrebatarse a él, a Lenin, colaboradores más jóvenes. De ahí el cuidado vigilante que puso Lenin en ocuparse de la composición de la redacción, de ahí esa combinación de los “siete” y los “tres”, de ahí su esfuerzo por separar a Plejánov del Grupo de *la Emancipación del Trabajo* para crear una triple dirección, en la que Lenin “tendría” siempre a Plejánov, en las cuestiones de teoría revolucionaria, y a Mártoov, en cuestiones de política. Las combinaciones personales podían cambiar; pero “la anticipación” permanecía inmutable en lo esencial y, finalmente, tomó forma de carne, hueso y sangre.

En el II Congreso, Lenin se ganó a Plejánov, pero sin esperanza de retenerlo por mucho tiempo; al mismo tiempo, perdió a Mártoov, y fue para siempre. Plejánov había intuido algo en el II Congreso. No sé si esta notable frase se ha citado alguna vez en la prensa ni si es siquiera conocida en el partido; pero garantizo su autenticidad. “¡De esta pasta se hacen los Robespierre!” Y hasta algo más, ¡Georgui Valentinovitch! Respondió la historia. Pero,

evidentemente, esta revelación de la historia pronto palideció en la conciencia del propio Plejánov. Rompió con Lenin, volvió al escepticismo y a las bromas venenosas, que, por cierto, con el tiempo, perdieron su veneno.

Pero en la anticipación “escisionista”, no se trataba solo de Plejánov, ni solo de los veteranos. Con el II Congreso concluía, en cierto modo, la etapa primaria del período preparatorio. El hecho de que la organización de *Iskra* se escindiera de manera totalmente inesperada en el II Congreso, de que se dividiera en dos partes casi iguales, este hecho en sí mismo demuestra que, en la etapa primaria, aún había muchas reticencias. El partido de clase apenas estaba rompiendo la coraza del radicalismo intelectual. La corriente que llevaba a los intelectuales hacia el marxismo aún no se había interrumpido. El movimiento estudiantil, por su flanco izquierdo, influía en *Iskra*. En los círculos de la juventud intelectual, sobre todo en el extranjero, eran muy numerosos los grupos que prestaban su apoyo a *Iskra*. Todo esto era aún muy incipiente, poco maduro y, en la mayoría de los casos, inestable. Las estudiantes vinculadas a *Iskra* planteaban entonces a un conferenciante esta pregunta: “¿Tiene derecho una compañera de *Iskra* a casarse con un oficial de la marina?”. En el II Congreso solo había tres obreros; y aún así no fue fácil conseguir que asistieran. *La Iskra*, por un lado, reunía y formaba a un núcleo de revolucionarios profesionales y atraía bajo su bandera a jóvenes obreros animados por un espíritu heroico. Por otro lado, grupos considerables de intelectuales no hacían más que pasar por *la Iskra*, para mutar pronto y transformarse en “emancipadores”. *Iskra* tenía éxito no solo como órgano marxista del partido proletario en construcción, sino también, sencillamente, como publicación de lucha política, de extrema izquierda, que no se cortaba a la hora de emplear palabras violentas. Los elementos más radicales de la intelectualidad aceptaban, en su primer impulso, luchar por la libertad bajo la bandera del *Iskra*. Y, sin embargo, el espíritu progresista-pedagógico de los intelectuales, que los mantenía recelosos de las fuerzas del proletariado, espíritu que antes había encontrado su expresión en el “economismo”, había llegado ahora, y de manera bastante sincera, a adoptar el color de *Iskra*, sin cambiar nada de su propia esencia. A fin de cuentas, la brillante victoria de *Iskra* fue mucho más amplia que sus conquistas reales. No me atrevo a juzgar por el momento en qué medida Lenin se daba cuenta de ello de forma clara y completa antes del II Congreso, pero, en cualquier caso, lo veía más claro y más completo que nadie. Entre esas tendencias bastante variadas que se agrupaban bajo la bandera de *Iskra*, y que encontraban su reflejo en la propia redacción, Lenin era el único que representaba el mañana, con todas sus duras tareas, sus crueles conflictos y sus innumerables víctimas. De ahí su vigilancia y sus celos de combatiente. De ahí esa forma de plantear con claridad las cuestiones de organización, que encontró su expresión simbólica en la cuestión de la afiliación de los miembros al partido (artículo 1 de los estatutos)⁶.

Es del todo natural que en el II Congreso, que se preparaba para cosechar los frutos de las victorias espirituales de *Iskra*, fuera Lenin quien iniciara la labor de una nueva diferenciación, de una nueva selección, más exigente, más severa, para decidirse a dar tal paso, con la mitad del congreso en su contra (siendo Plejánov un aliado a medias y poco seguro, y todos los demás miembros de la redacción adversarios declarados y decididos); para decidirse, en tales condiciones, a una nueva selección, había que tener ya una fe totalmente excepcional no solo en su causa, sino en sus fuerzas.

Lenin debía esa fe a la valoración que tenía de sí mismo, contrastada por la experiencia, que resultaba de su colaboración con los “maestros” y de los primeros destellos que anunciaban las próximas tormentas del conflicto y el estruendo de la escisión.

Se necesitaba toda la poderosa determinación de Lenin hacia el objetivo para emprender una obra así y llevarla a buen término. Lenin, incansablemente, tensaba la cuerda del arco hasta el límite, hasta lo imposible, y, al mismo tiempo, la palpaba con cautela: ¿no se notaba que se

⁶ *Estatutos organizativos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia [II Congreso, 30 julio -23 agosto 1903]*, en nuestra serie *Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*.

distendía, alguna amenaza de rotura? -¡Es imposible tensarlo tanto, el arco se va a romper! - gritaban por todas partes. -No se romperá -respondía el maestro arquero-. Nuestro arco está hecho de esa materia proletaria que no se rompe; en cuanto a la cuerda del partido, hay que tensarla una y otra vez, ¡pues tendremos que lanzar muy lejos la pesada flecha!

5 de marzo de 1924

En torno a octubre

I En vísperas de octubre

Lenin había llegado a Petersburgo y tomaba la palabra en las asambleas obreras, contra la guerra y contra el Gobierno Provisional; me enteré por los periódicos estadounidenses, ya que me encontraba entonces en Canadá, en un campo de concentración, en Amherst⁷.

Los marineros alemanes que allí estaban internados⁸ manifestaron de inmediato un vivo interés por la figura de Lenin, cuyo nombre aparecía por primera vez en los despachos de las agencias. Todos esos hombres esperaban con ansiedad el fin de la guerra, que debía abrirles las puertas de la prisión. Prestaban la más extrema atención a cualquier voz que se alzara contra la guerra. Hasta ese momento, solo habían conocido a Liebknecht. Pero a menudo les habían dicho que Liebknecht se había dejado comprar. Ahora empezaban a conocer a Lenin. Les hablaba de la época de Zimmerwald y Kienthal⁹. La acción pública de Lenin devolvió a Liebknecht a muchos de ellos.

Fue al pasar por Finlandia donde encontré a los primeros diarios rusos, recién llegados: sus telegramas anunciaban la entrada de Tsereteli, Skobelev y otros “socialistas” en el Gobierno Provisional. Así, las circunstancias se presentaban de forma perfectamente clara. Tomé conocimiento de las tesis de abril de Lenin al día siguiente o al otro de mi llegada a San Petersburgo. Era precisamente lo que necesitaba la revolución. Solo más tarde leí en *Pravda* el artículo de Lenin que había enviado antes desde Suiza: *La primera etapa de la primera revolución*. Todavía se pueden, y se deben, releer con el más vivo interés y con provecho político los primeros números, tan confusos, de la *Pravda* prerrevolucionaria: sobre este fondo, la *Carta desde lejos*¹⁰ de Lenin surge con toda su fuerza concentrada. Este artículo, muy sereno, de tono teórico y explicativo, podría compararse con una enorme espiral de acero, fuertemente enrollada sobre sí misma, que luego debía desenrollarse y ensancharse, cubriendo con su desarrollo todo el contenido de la revolución.

Acordé con el camarada Kámenev mantener una conversación con la redacción de *Pravda* poco después de mi llegada. Esa primera entrevista tuvo lugar, creo, el 5 o el 6 de mayo. Le dije a Lenin que nada me alejaba de sus tesis de abril ni de toda la línea seguida por el partido desde su regreso a Rusia; se me planteaba una alternativa: o bien ingresar, a título individual, en una organización del partido, o bien intentar atraer a la élite de los “unionistas”, cuya organización contaba con hasta 3.000 obreros en San Petersburgo, con los que estaban vinculadas numerosas y valiosas fuerzas revolucionarias: Uritsky, Lunacharsky, Yoffe, Vladimirov, Manuilsky, Karajan, Yuréniev, Posern, Litkens y otros. Antonov-Ovseyenko ya se había unido al partido en aquella época; Sokólnikov también, me parece.

Lenin no se pronunciaba categóricamente ni a favor de una ni de otra solución. Ante todo, importaba orientarse de manera más concreta en medio de las circunstancias y de los hombres.

⁷ “Carta al Señor Ministro de Asuntos Exteriores de la República Rusa”, en nuestra serie [Trotsky en internet y en castellano \(Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas\)](#).

⁸ V. I. “A los camaradas que padecen en los campos de prisioneros de guerra”, en *Obras completas*, Tomo XXIV, Akal Editor, Madrid, 1977, página 385 y siguientes; entes; *Obras* alojadas en [la sección en español del MIA](#).

⁹ Nuestra serie [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional](#) y en estas escogidas: [Zimmerwald y Kienthal](#).

¹⁰ V. I., “Primera carta. La primera etapa de la primera revolución”, en *Obras completas*, Tomo XXIV, página 335 y siguientes; *Obras* alojadas en [la sección en español del MIA](#).

Lenin no excluía la posibilidad de algún tipo de cooperación con Mártoov, o en general con una parte de los mencheviques internacionalistas recién llegados del extranjero. Al mismo tiempo, había que ver cómo se resolverían las relaciones entre los “internacionalistas” en el transcurso del trabajo.

En virtud de una convención tácita, yo, por mi parte, no intentaba forzar el desarrollo natural de los acontecimientos. Nuestra política era común. En las reuniones de obreros y soldados, desde el primer día de mi llegada, me expresaba así: “Nosotros, bolcheviques e internacionalistas”; y como la conjunción “y” creaba una innecesaria incomodidad en el discurso al repetir con frecuencia estas palabras, pronto acorté la fórmula y decía: “Nosotros, bolcheviques-internacionalistas”. Así, la fusión política precedió a la de las organizaciones¹¹.

Hasta los días de julio, se me vio en la redacción de *Pravda* dos o tres veces, en los momentos más críticos. En esos primeros encuentros, y más aún tras los días de julio, Lenin daba la impresión de una concentración de todo su ser llevada al más alto grado, de un formidable recogimiento interior, bajo una apariencia de calma y de sencillez “prosaica”. El régimen de Kerensky parecía en aquel momento todopoderoso. El bolchevismo no se presentaba más que como “un puñado insignificante” de personas. El propio partido aún no era consciente de la fuerza que estaba a punto de adquirir. Y, al mismo tiempo, Lenin lo conducía con paso seguro hacia las tareas más grandes...

Los discursos que pronunció en el Primer Congreso de los Sóviets¹² provocaron en la mayoría socialista-revolucionaria y menchevique una sorpresa inquietante. Se intuía, entre ellos, de forma confusa, que aquel hombre apuntaba muy lejos. Pero ellos no veían el objetivo y los pequeños burgueses revolucionarios se preguntaban: ¿quién es? ¿Quién es? ¿Un simple maníaco? ¿O bien un proyectil histórico de una fuerza explosiva inaudita?

El discurso de Lenin en el Congreso de los Sóviets, en el que hablaba de la necesidad de detener a 50 capitalistas, quizá no fuera del todo “acertado” desde el punto de vista oratorio. Pero tuvo un significado excepcional. Los breves aplausos de los bolcheviques, relativamente pocos, acompañaron al orador, que bajó de la tribuna con el aire de un hombre que aún no lo ha dicho todo y que quizá no ha dicho las cosas tal y como le hubiera gustado... Y al mismo tiempo, un soplo extraordinario había atravesado la sala. Era el viento del futuro que todos sintieron en ese momento, mientras las miradas atónitas acompañaban a aquel hombre, de aspecto tan corriente y, sin embargo, enigmático.

¿Quién era? ¿Qué era? ¿No había dicho Plejánov, en su diario, que el primer discurso de Lenin en el territorio revolucionario de San Petersburgo era un delirio? ¿No se vinculaban casi todos los delegados elegidos por las masas a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques?

¿Y no había provocado la posición de Lenin el más vivo descontento incluso en los círculos bolcheviques?

Por un lado, Lenin exigía categóricamente una ruptura, no solo con el liberalismo burgués, sino con todos los partidarios de una “defensa nacional”. Organizaba la lucha dentro de su propio partido contra esos “viejos bolcheviques que [escribía] ya habían desempeñado más de una vez un triste papel en la historia de nuestro partido, repitiendo sin ton ni son una fórmula *aprendida de memoria*, en lugar de *estudiar* en su singular originalidad la realidad nueva y viva”.

Así, para un observador superficial, debilitaba a su partido. Pero, al mismo tiempo, declaraba ante el Congreso de los Sóviets: “No es cierto que ningún partido esté dispuesto en este momento a tomar el poder; existe un partido que está decididamente decidido a ello: es el

¹¹ N. N. Zujánov, en sus *Notas sobre la revolución*, “construye” mi línea particular, distinguiéndola de la de Lenin. Pero Zujánov se distinguió precisamente por ser “constructivista”. L. T.

¹² V. I. Lenin, “I Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y soldados de toda Rusia”, en *Obras completas*, Tomo XXVI, página 81 y siguientes, Akal Editor, Madrid, 1976; *Obras* alojadas en [la sección en español del MIA](#).

nuestro.” ¿No había una contradicción monstruosa entre la situación de un “pequeño círculo de propagandistas” que se aislaba de todos los demás y esa pretensión tan rotundamente afirmada de tomar el poder en un país inmenso, sacudido hasta sus últimas entrañas?

Y el Congreso de los Sóviets desconocía por completo lo que quería, lo que podía esperar ese hombre extraño, ese visionario frío, que escribía pequeños artículos en un periódico minúsculo.

Cuando Lenin, con una magnífica sencillez que a los verdaderamente ingenuos les parecía ingenuidad, declaró ante el congreso de los sóviets: “Nuestro partido está dispuesto a hacerse con el poder en toda su amplitud”, se produjo una carcajada general. “¡Ríanse todo lo que quieran!”; replicó Lenin. Conocía el proverbio: “El que ríe último, ríe mejor”. A Lenin le gustaba ese dicho francés, pues él, por su parte, estaba firmemente decidido a ser el último en reír.

Continuaba tranquilamente demostrando que, para empezar, habría que detener a cincuenta o cien de los millonarios más importantes y declarar al pueblo que considerábamos a todos los capitalistas como bandidos, y que Terechtchenko no valía más que Miliúkov, que solo era más tonto. ¡Ah! ¡Las ideas sencillas, espantosamente, inexorablemente ingenuas! Y ese representante de una pequeña parte del sóviet, que de vez en cuando le aplaudía con moderación, decía aún a la asamblea: “¿Tienen miedo del poder? Pues bien, nosotros estamos dispuestos a tomarlo”. La gente se reía, se reía, por supuesto, con una risa entonces casi indulgente, pero aun así un poco inquieta.

Para el texto de su segundo discurso, Lenin eligió unas palabras de una sencillez extraordinaria; citó lo que le había escrito un campesino; el hombrecillo opinaba que habría que presionar más a la burguesía, para que se desmoronara por todas partes; entonces la guerra habría terminado; pero, decía el aldeano, si se trataba con indulgencia a la burguesía, las cosas podrían estropearse....

¿Acaso esa simple cita, esa ingenua frase, era todo el programa de Lenin? ¿Cómo no quedarse desconcertado? De nuevo se oían risitas, risitas que brotaban, indulgentes y preocupadas. En efecto, si se quería considerar de forma abstracta el programa de los propagandistas, esas palabras: “apoyar, ejercer presión sobre la burguesía”, no tenían mucho peso. Sin embargo, quienes se sorprendían de ello no comprendían que Lenin había captado sin lugar a dudas el ruido sordo de la creciente presión que los nuevos tiempos ejercían sobre la burguesía, y había previsto que, bajo esa presión, esta acabaría realmente resquebrajándose “por todas las costuras”.

Lenin, en realidad, no se había equivocado cuando, en mayo, le explicaba al Sr. Maklákov que “este país de obreros y campesinos pobres estaba mil veces más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli y cien veces más a la izquierda que nosotros, los bolcheviques”.

Es en este punto donde hay que ver la fuente principal de la táctica de Lenin. Bajo la capa recién formada, pero ya bastante turbia, de la democracia, llegaba a las profundidades del “país de obreros y campesinos pobres”. Y este país estaba listo para hacer la mayor de las revoluciones. Sin embargo, aún era incapaz de manifestar esta disposición en la política.

Los partidos que hablaban, que hablan en nombre de los obreros y los campesinos, simplemente los engañaban. Millones de obreros y campesinos aún ignoraban a nuestro partido, no lo habían descubierto, no sabían que expresaba sus tendencias; y, al mismo tiempo, nuestro partido aún no comprendía todo su poder potencial; por eso se encontraba “cien veces más a la derecha” que los obreros y los campesinos. Había que proceder a la unión, había que mostrar al partido los millones de hombres que lo necesitaban, había que mostrar el partido a esos millones de hombres. Había que evitar adelantarse demasiado, pero tampoco quedarnos atrás. Era necesario dar explicaciones pacientes y perseverantes. Ahora bien, lo que había que explicar era muy sencillo:

“¡Abajo los diez ministros capitalistas!”

¿Los mencheviques no estaban de acuerdo con eso? ¡Abajo los mencheviques! ¿Se reían a carcajadas? No se reírían siempre... Y bien se reiría quien se riera el último.

Recuerdo que entonces propuse exigir al Congreso de los Sóviets que se planteara con urgencia una cuestión sobre la ofensiva que se estaba preparando en el frente.

Lenin aprobó esta idea, pero quería, evidentemente, deliberar primero con los demás miembros del comité central.

En la primera sesión del congreso, el camarada Kámenev presentó un borrador esbozado apresuradamente por Lenin, un proyecto de declaración de los bolcheviques sobre la ofensiva. No sé si se ha conservado ese documento. El texto resultó, no recuerdo por qué motivos, inaceptable para el congreso: esa fue la opinión tanto de los bolcheviques como de los internacionalistas. Posern, a quien queríamos encargar la misión de pronunciarlo, también formuló objeciones contra ese texto. Redacté otro, que fue aprobado y leído.

Esta intervención fue organizada, si no me equivoco, por Sverdlov, a quien conocí precisamente por primera vez en ese Primer Congreso de los Sóviets, donde presidía la fracción bolchevique.

A pesar de su baja estatura y su delgadez, que daban la impresión de un estado enfermizo, la figura de Sverdlov imponía respeto por su seriedad y su energía serena. Presidía con ecuanimidad, sin ruido y sin sobresaltos, como funciona un buen motor. El secreto de ese porte no residía, por supuesto, únicamente en el arte de presidir, sino en que Sverdlov veía perfectamente la composición de la sala y sabía admirablemente a qué quería llegar.

Antes de cada sesión, mantenía conversaciones privadas con los delegados, a quienes interrogaba y, en ocasiones, reprendía. Ya antes de la apertura de la sesión, se imaginaba en su conjunto el desarrollo de los debates. Pero no necesitaba conversaciones previas para saber, mejor que nadie, la actitud que adoptaría tal o cual militante sobre la cuestión planteada. El número de compañeros cuyo pensamiento político comprendía claramente era, en proporción a nuestro partido en aquella época, muy elevado. Tenía facultades innatas de organización y de combinación. Cada cuestión política se le presentaba, ante todo, en su naturaleza concreta, desde el punto de vista de la organización: veía en ella una cuestión de relaciones entre personas y grupos dentro de la organización del partido, y de relaciones entre la organización en su conjunto y las masas. En las fórmulas algebraicas, introducía inmediatamente y casi de forma automática las cifras. De ese modo, llevaba a cabo la importantísima verificación de las fórmulas políticas, en la medida en que se trataba de acción revolucionaria.

Cuando se renunció a la manifestación del 10 de junio, dado que el ambiente del Primer Congreso de los Sóviets se había caldeado al máximo y que Tsereteli amenazaba con desarmar a los obreros de Petrogrado, el camarada Kámenev y yo nos dirigimos a la redacción y allí, tras un breve intercambio de opiniones, redacté, a propuesta de Lenin, un proyecto de comunicado del Comité Central al Comité Ejecutivo.

Durante esa entrevista, Lenin pronunció unas palabras sobre Tsereteli, a propósito de su último discurso (11 de junio):

-¡Pero si era un revolucionario! ¡Cuántos años pasó en el presidio! Y ahora reniega por completo de lo que hizo...

No había en esas palabras ninguna intención política: era solo una reflexión rápida sobre la triste suerte de un hombre que en otro tiempo había sido un gran revolucionario. El tono era de cierta compasión, de cierto resentimiento, pero la expresión fue breve y seca: pues nada le resultaba más odioso a Lenin que el más mínimo matiz de sentimentalismo o de razonamiento psicológico.

El 4 o 5 de julio vi a Lenin (¿y a Zinóviev?), según recuerdo, en el Palacio de Táurida. La ofensiva había sido repelida. La furia contra los bolcheviques, entre los gobernantes, alcanzaba su punto álgido.

-Ahora nos van a fusilar a todos -decía Lenin-. Sería el mejor momento para ellos.

Su idea dominante era entonces que habría que tocar la retirada y volver, en la medida indispensable, a la acción clandestina. Fue uno de los bruscos giros de la estrategia de Lenin, que se motivaba, como siempre, por una rápida valoración de las circunstancias.

Más tarde, en la época del III Congreso de la Internacional Comunista, Vladimir Ilich dijo un día:

-En julio cometimos bastantes errores...

Con ello quería decir que la acción militar había sido prematura, que la manifestación había adoptado formas demasiado agresivas que no guardaban proporción con nuestras fuerzas, en relación con la inmensidad del país.

Por eso nos resulta aún más notable la serena decisión con la que, los días 4 y 5 de julio, definió las respectivas posiciones de la revolución y de sus adversarios y, poniéndose en el lugar de estos últimos, concluyó que, “para ellos”, era el momento adecuado para fusilarnos.

Por suerte, nuestros enemigos eran entonces incapaces de actuar con tanta coherencia y resolución. Se limitaron a la preparación química, a las maquinaciones de Perévertzev. Sin embargo, es muy probable que, si hubieran logrado, en los primeros días que siguieron a la manifestación de julio, apoderarse de Lenin, lo habrían tratado (o, más exactamente, sus oficiales lo habrían tratado) de la manera que, menos de dos años después, emplearon los oficiales alemanes con Liebknecht y Rosa Luxemburg.

En la reunión a la que acabamos de referirnos, no se decidió claramente si desaparecer o retirarse a la acción clandestina. La revuelta de Kornílov se ponía gradualmente en marcha. Por mi parte, permanecí a la vista del público durante dos o tres días más. Tomé la palabra, en varias reuniones del partido y de organizaciones, sobre este tema: “¿Qué hacer?”. El furioso ímpetu desatado contra los bolcheviques parecía insuperable. Los mencheviques intentaban, por todos los medios, sacar partido de una situación que no se había creado sin su colaboración.

Recuerdo que tuve ocasión de hablar en la biblioteca del Palacio de Táurida, en una reunión de representantes sindicales. La sala estaba compuesta por unas pocas decenas de hombres como mucho, es decir, por “altos cargos”. Los mencheviques dominaban. Demostré la necesidad de que los sindicatos protestaran contra la acusación de que los bolcheviques estaban vinculados al militarismo alemán. Recuerdo con cierta confusión los avatares de aquella reunión, pero recuerdo claramente dos o tres rostros sarcásticos que realmente pedían a gritos una bofetada...

Sin embargo, el terror se acentuaba. Se producían detenciones. Durante varios días permanecí escondido en la vivienda del camarada Larin. Después, empecé a salir, hice una aparición en el palacio de Táurida y pronto fui detenido.

No fui puesto en libertad hasta el momento de la plena revuelta de Kornílov y cuando la marea del bolchevismo comenzó a crecer con fuerza. En aquella época, los “unionistas” ya habían entrado en el partido. Sverdlov me propuso ver a Lenin, que aún se ocultaba. No recuerdo quién me llevó al piso obrero de “conspiración” donde debía encontrarme con Vladimir Ilich; tal vez fue Rajia quien me llevó allí. Allí también llegó Kalinin, a quien Lenin, en mi presencia, siguió interrogando largamente sobre el estado de ánimo de los obreros, preguntándole si estos irían a luchar, si llegarían hasta el final, si se podía tomar el poder, etc.

¿Cuál era entonces el estado de ánimo de Lenin? Si se quiere caracterizarlo en dos palabras, habría que decir que consistía en una impaciencia reprimida y una profunda inquietud. Veía claramente que había llegado el momento de jugársela a todo o nada y, al mismo tiempo, le parecía, no sin razón, que en las esferas superiores del partido no se sabían discernir todas las conclusiones que se imponían. La conducta del comité central le parecía demasiado pasiva y expectante.

Lenin no consideraba posible para sí mismo volver abiertamente a la acción, pues temía, con razón, que, si lo arrestaban, esa medida fijara e incluso reforzara la actitud expectante de los

principales militantes del partido: lo que, inevitablemente, nos habría llevado a dejar escapar una situación excepcionalmente revolucionaria.

Por eso, la vigilancia recelosa de Vladimir Ilich, su susceptibilidad ante cualquier síntoma de espíritu conciliador, ante cualquier indicio de indecisión y dilación, se agudizaron en aquellos días y semanas hasta el último grado. Exigía que se organizara inmediatamente una conspiración en toda regla: había que sorprender al enemigo por sorpresa y arrebatarle el poder; después, ya se vería... Sin embargo, esto debe contarse con más detalle.

El biógrafo deberá evaluar con el mayor rigor el hecho mismo del regreso de Lenin a Rusia y el contacto que estableció con las masas obreras.

Salvo un breve intervalo, que tuvo lugar en 1905, Lenin había pasado más de quince años en el exilio. Su sentido de la realidad, su percepción íntima del trabajador vivo, tal y como es en la vida, lejos de debilitarse durante ese largo período, se había fortalecido, por el contrario, en el trabajo del pensamiento teórico y de la imaginación creativa. A partir de los encuentros y las observaciones que la ocasión le brindaba, desentrañaba y reconstruía la imagen del conjunto.

Sin embargo, fue como emigrado como vivió el período durante el cual maduró y creció definitivamente para cumplir su papel histórico. Cuando llegó a San Petersburgo, traía consigo generalizaciones ya hechas, en las que se resumía toda la experiencia social, teórica y práctica de su vida. Apenas pisó suelo ruso, proclamó la consigna de la revolución social. Pero fue solo entonces, en la prueba a la que se sometieron las vivas masas trabajadoras, despertadas en Rusia, cuando comenzó la verificación de toda la suma de pensamientos acumulados, revisados y fijados durante tantos años.

Las fórmulas resistieron esa prueba. Es más, fue aquí, en Rusia, en Petrogrado, donde se llenaron de su contenido concreto, cotidiano e irrefutable, y donde, en consecuencia, adquirieron una fuerza irresistible.

A partir de entonces, ya no se trataba de reconstruir, a partir de modelos más o menos improvisados, la perspectiva del conjunto. Era ese mismo conjunto el que se afirmaba con fuerza a través de todas las voces de la revolución.

Lenin demostró entonces, y tal vez sintió él mismo por primera vez plenamente, hasta qué punto era capaz de escuchar el clamor aún caótico de la masa que despertaba. Con qué desprecio profundamente orgánico observaba los correteos de ratones de los partidos dirigentes de la Revolución de Febrero, esas oleadas de una “poderosa” opinión pública que, por rebotes, se reflejaban de un periódico a otro; con qué desdén sorprendía la miopía, la vanidad, la verborrea, ¡todo lo que caracterizaba a la Rusia oficial de febrero!

Bajo los decorados democráticos que cubrían la escena, oía crecer el estruendo de acontecimientos de otra envergadura. Cuando los escépticos le señalaban las grandes dificultades de su empresa, la movilización de la opinión pública burguesa, la presencia de las fuerzas elementales de la pequeña burguesía, apretaba los dientes y sus pómulos se agudizaban bajo la piel de las mejillas. Eso significaba que se contenía para no decirles a los escépticos, sin rodeos y con franqueza, lo que pensaba de ellos.

Veía y comprendía las dificultades tan bien o mejor que nadie, pero tenía la sensación clara, física, como de algo palpable, de las gigantescas fuerzas históricas que se habían acumulado y que, ahora, daban un formidable impulso para derribar todos los obstáculos.

Veía, oía y sentía ante todo al obrero ruso, esa clase obrera cuyo número había aumentado considerablemente, que aún no había olvidado la experiencia de 1905, que había pasado por la escuela de la guerra, que había conocido sus ilusiones, que había sufrido las hipocresías y las imposturas de la defensa nacional, y que ahora estaba dispuesta a soportar los mayores sacrificios y a arriesgarse a esfuerzos inauditos.

Sentía el alma del soldado, del soldado aturdido por tres años de una carnicería diabólica (sin razón ni objetivo), del soldado despertado por el estruendo de la revolución y que se

disponía a vengarse de todas las estúpidas inmoluciones, de todas las humillaciones, de todas las afrentas, mediante una explosión de odio furioso que no perdonaría nada.

Oía y sentía al mujik que aún arrastraba los grilletes de una servidumbre multiseular y que, ahora, gracias a la violenta sacudida de la guerra, había vislumbrado por primera vez la posibilidad de vengarse de todos los opresores, los esclavistas, los señores: una venganza espantosa, implacable.

El mujik seguía pisoteando el suelo, sin saber qué decidir, dudando entre la vana verborrea de Chernov y su “truco” particular, que consistía en una gran revuelta agraria.

El soldado seguía en vilo, ora sobre un pie, ora sobre el otro, vacilando entre el patriotismo y los frenesíes de la deserción.

Los obreros terminaban de escuchar, pero ya con desconfianza, con cierta hostilidad, las últimas diatribas de Tsérételli.

Ya rugía impaciente el vapor en las calderas de los buques de guerra de Kronstadt. El marinero, que llevaba en su interior los odios obreros, afilados como puntas de acero, y la obtusa ira de oso del mujik, el marinero, que se había quemado en el fuego de la espantosa masacre, ya arrojaba por la borda a quienes encarnaban a sus ojos todas las formas de opresión, la de clase, la de la burocracia y la de la autoridad militar.

La Revolución de Febrero avanzaba a toda velocidad. Los harapos que quedaban del régimen de legalidad zarista eran recogidos por una coalición de salvadores; se estiraban, se cosían juntos y acababan formando un fino velo de legalidad democrática.

Pero, por debajo, todo hervía y retumbaba, todos los rencores del pasado buscaban su salida: y era el odio hacia el guardia en el campo, el comisario de barrio, el jefe de policía, el jefe del catastro, el sargento de policía, el fabricante, el usurero, el propietario, el parásito, el hombre “de manos blancas”, el insultador, el tirano: así se preparaba la mayor de las erupciones revolucionarias que ha conocido la historia.

Esto es lo que oyó y vio Lenin, esto es lo que sintió físicamente, con una claridad irresistible, con una certeza absoluta, cuando, tras una larga ausencia, entró en contacto con el país sacudido por los espasmos de la revolución.

“¡Imbéciles, fanfarrones, cretinos!, ¿creéis que la historia se hace en los salones donde pequeños advenedizos demócratas tratan familiarmente a los liberales con título nobiliario, donde los de ayer sin importancia, pequeños abogados de provincia, aprenden a besar con vehemencia las delicadas manos de Sus Altezas? ¡Imbéciles! ¡Fanfarrones! ¡Cretinos!

“La historia se hace en las trincheras donde el soldado, poseído por la pesadilla, por la embriaguez de la guerra, clava su bayoneta en el vientre del oficial y, a continuación, agarrado a los topes de un vagón, huye hacia su pueblo natal para prenderle fuego, para colocar “el gallo rojo” en el tejado del propietario.

“¿Esta barbarie no es de vuestro agrado? No os ofendáis (responde la historia): la muchacha más bella del mundo solo puede dar lo que tiene. Lo que ocurre es simplemente consecuencia de lo que ha precedido. ¿Os imagináis en serio que la historia se hace en vuestras “comisiones de contacto”? ¡Tonterías, palabrería infantil, fantasmagoría, cretinismo!

“La historia (¡aprendedlo!) ha elegido esta vez como laboratorio de sus preparativos el palacio de Kshesínskaya, de la bailarina, ex amante del ex zar. Y desde allí, desde ese edificio que simboliza la antigua Rusia, prepara la liquidación de toda vuestra lujuria, de toda la disolución crapulosa de vuestro Petrogrado monárquico, burocrático, aristocrático, burgués. Hacia este palacio de la antigua bailarina imperial convergen las multitudes ennegrecidas por el hollín, los delegados de las fábricas, los diputados venidos a pie desde las trincheras, hombres grises, de complexión débil, cubiertos de piojos; y es desde aquí desde donde difunden por el país la nueva palabra, las palabras fatídicas...”

Los lamentables ministros de la revolución deliberaban y se preguntaban cómo hacer para devolver el palacio a su legítima propietaria. Los periodistas burgueses, socialrevolucionarios

y mencheviques rechinaban con sus dientes con caries, se quejaban de que Lenin, desde lo alto del balcón de Kchesínskaya, lanzara las consignas de la convulsión social. Pero esos tardíos esfuerzos ni siquiera lograban aumentar el odio que Lenin sentía por la antigua Rusia ni dar más vigor a su voluntad de represalias: tanto uno como otro habían alcanzado su límite último.

El Lenin que se erguía en el balcón de Kchesínskaya era el mismo que, dos meses más tarde, se escondería en un pajar y que, unas semanas después, ocuparía el cargo de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Lenin veía al mismo tiempo que en el seno del partido se producía una cierta resistencia conservadora (al principio más psicológica que política) ante el inmenso salto que había que arriesgar.

Lenin observaba con inquietud las divergencias que se manifestaban cada vez más entre la disposición de ciertos dirigentes del partido y el estado de ánimo de las masas obreras. Ni por un minuto consideró suficiente que el comité central hubiera adoptado la fórmula de la insurrección armada. Sabía lo difícil que es pasar de las palabras a los hechos. Con toda su energía, por todos los medios de que disponía, se esforzaba en someter al partido a la presión de las masas y al comité central del partido a la presión de las bases.

Hacia venir a su refugio a compañeros, recababa información, la verificaba, procedía a interrogatorios, organizaba los careos, lanzaba por vías indirectas y transversales sus consignas en el partido, las lanzaba hacia abajo, en profundidad, para poner a los dirigentes ante la necesidad de actuar y de ir hasta el final.

Si queremos comprender la conducta de Lenin durante este período, hay que ver claramente lo siguiente: Vladimir Ilich tenía una fe inquebrantable en la voluntad revolucionaria de las masas, creía que la revolución podía ser hecha por las masas; pero no tenía la misma confianza en el estado mayor del partido.

Y, sin embargo, comprendía con toda claridad que no había tiempo que perder. Es imposible mantener a voluntad una situación revolucionaria hasta el momento en que el partido esté listo para aprovecharla. Lo hemos visto recientemente, con el ejemplo de Alemania. Hace poco se ha podido oír expresar la opinión de que, si no hubiéramos tomado el poder en octubre, lo habríamos tomado dos o tres meses más tarde. ¡Grave error! Si no hubiéramos tomado el poder en octubre, nunca lo habríamos tomado. Nuestra fuerza en vísperas de octubre residía en una afluencia constante de masas que creían que nuestro partido, que *este partido*, haría lo que los demás no habían hecho. Si, en ese momento, las masas hubieran percibido en nosotros vacilaciones, dilaciones, si hubieran constatado que nuestros actos no se correspondían con nuestras palabras, nos habrían abandonado en dos o tres meses, del mismo modo que acababan de alejarse de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques. La burguesía habría disfrutado de un respiro. Habría aprovechado para firmar la paz. La relación de fuerzas se habría modificado radicalmente, y el golpe de estado proletario habría quedado relegado a un futuro indeterminado. Eso es precisamente lo que Lenin comprendía, lo que intuía, lo que percibía. De ahí procedían su inquietud, su ansiedad, su desconfianza; de ahí la furiosa presión que ejerció y que resultó beneficiosa para la revolución.

Las disensiones en el seno del partido, que estallaron con fuerza durante los días de octubre, ya se habían manifestado anteriormente, en varias etapas de la revolución.

La primera escaramuza, en la que se cuestionaron ante todo los principios, pero en la que la discusión se mantuvo aún en el ámbito tranquilo de la teoría, tuvo lugar inmediatamente después de la llegada de Lenin, en torno a sus tesis.

El segundo enfrentamiento, que fue un choque sordo, se produjo con motivo de la manifestación armada del 20 de abril.

La tercera colisión, a propósito del intento de manifestación armada del 10 de junio; los “moderados” consideraban que Lenin quería ponerlos en aprietos con una demostración armada, mostrándoles una perspectiva de insurrección.

El conflicto que siguió fue más grave: estalló tras los días de julio. Los desacuerdos salieron a la luz en la prensa.

La siguiente etapa en el desarrollo de la lucha interna estuvo marcada por la cuestión del “pre-Parlamento”.

En aquella ocasión, dos grupos se enfrentaron abiertamente en el partido. ¿Se levantó acta de la sesión? ¿Se conservó? No lo sé. Pero los debates revistieron sin duda un interés extraordinario. Las dos tendencias, la que quería la toma del poder y la que abogaba por un papel de oposición en la Asamblea Constituyente, se definieron entonces con una a plenitud. Los que querían el boicot del “pre-Parlamento” quedaron en minoría, pero su número no estaba muy lejos de la mayoría.

A los debates que se produjeron en la fracción y a la decisión que se tomó, Lenin respondió pronto, desde su refugio, mediante una carta al comité central.

Esta carta, en la que Lenin, en términos más que enérgicos, se solidarizaba con los boicoteadores de “la Duma de Bulygin”, es decir, de Kerensky-Tsereteli, esta carta no la encuentro en la segunda parte del tomo XIV de las Obras

¿Se ha conservado este documento de gran valor?

Las discrepancias alcanzaron su punto álgido en vísperas de octubre, cuando se planteó la cuestión de adoptar definitivamente la línea que conducía al levantamiento y fijar la fecha de la insurrección.

Y finalmente, tras el golpe de estado del 25 de octubre, las diferencias se agravaron aún más en torno a la cuestión de la coalición con los demás partidos socialistas.

Sería sumamente interesante reconstruir con todo detalle el papel de Lenin en vísperas del 20 de abril, del 10 de junio y de los días de julio.

-En julio cometimos tonterías -decía más tarde Lenin; lo decía en conversaciones privadas y recuerdo que lo repitió en una conferencia organizada por la delegación alemana sobre los acontecimientos de marzo de 1921 en Alemania.

¿En qué consistían, pues, esas “tonterías”?

En un experimento enérgico o demasiado enérgico, en una operación de reconocimiento llevada a cabo de forma activa o demasiado activa.

Era necesario llevar a cabo de vez en cuando esos reconocimientos, sin los cuales se habría podido perder el contacto con las masas. Pero se sabe, por otra parte, que un reconocimiento activo se transforma a veces, de buena o de mala gana, en una batalla general.

Eso es precisamente lo que estuvo a punto de ocurrir en julio. Afortunadamente, se hizo la retirada a tiempo. Y el enemigo, en aquellos días, no tuvo la osadía de aprovechar sus ventajas hasta el final. No fue por casualidad que le faltara audacia: el régimen de Kerensky era, en su esencia misma, un régimen de vacilaciones; y la cobardía del “kerensquismo” paralizaba tanto más la aventura de Kornílov cuanto más temor le inspiraba.

II El golpe de estado. La revolución

La apertura del II Congreso de los Sóviets se fijó, a instancias nuestras, para el final de la “Conferencia Democrática”, es decir, el 25 de octubre.

Debido al estado de ánimo que se manifestaba, debido a la exaltación que crecía hora a hora, no solo en los barrios obreros sino también en los cuarteles, nos pareció más acorde con nuestros designios concentrar la atención de la guarnición de Petrogrado precisamente en esa fecha, elegida como el día en que el Congreso de los Sóviets debía decidir sobre la cuestión del poder, mientras que los obreros y las tropas debían apoyar al congreso, tras haberse preparado debidamente para ello.

Nuestra estrategia, en el fondo, era la de la ofensiva: marchábamos al asalto del poder, pero el tema de nuestra agitación era que, dado que nuestros enemigos se preparaban para disolver el Congreso de los Sóviets, había que darles una respuesta implacable.

Todo este plan se basaba en la fuerza de la oleada revolucionaria que tendía, en todas partes, a alcanzar el mismo nivel y no daba al adversario ningún respiro. Los regimientos más rezagados mantendrían, en el peor de los casos para nosotros, la neutralidad.

En esas condiciones, el más mínimo gesto del gobierno dirigido contra el Sóviet de Petrogrado debía asegurarnos, de un plumazo, una preponderancia decisiva.

Lenin temía, sin embargo, que el adversario tuviera tiempo de traer tropas contrarrevolucionarias, sin duda poco numerosas, pero decididas, y de iniciar la acción aprovechando contra nosotros las ventajas de la sorpresa. Al tomar por sorpresa al partido y a los sóviets, al detener a quienes encabezaban el movimiento en Petrogrado, el adversario podía decapitar la revolución y, a continuación, debilitarla gradualmente.

-¡No hay que esperar más, es imposible posponerlo! -repetía Lenin.

En estas condiciones tuvo lugar, a finales de septiembre o principios de octubre, la famosa sesión nocturna del comité central, en la vivienda de los Sujánov.

Lenin acudió a ella, decidido a conseguir esta vez una resolución que no dejara lugar a dudas, vacilaciones, contratiempos, pasividad ni dilaciones.

Sin embargo, antes de enfrentarse a los adversarios de la insurrección armada, ejerció primero presión sobre aquellos que condicionaban el levantamiento al II Congreso de los Sóviets.

Alguien le informó de lo que yo había dicho: “Hemos fijado el levantamiento para el 25 de octubre”.

Efectivamente, había repetido varias veces esa frase, utilizándola contra aquellos camaradas que señalaban el camino de la revolución en el sentido de un “pre-Parlamento” y de una “imponente” oposición bolchevique en la Asamblea Constituyente.

“Si el Congreso de los Sóviets, que es mayoritariamente bolchevique [decía], no toma el poder, el bolchevismo tendrá que pagar las consecuencias. Entonces, con toda probabilidad, no se convocará la Asamblea Constituyente. Al convocar, después de todo lo que ha pasado, el Congreso de los Sóviets, donde nuestra mayoría está asegurada de antemano, para el 25 de octubre, nos comprometemos con ello públicamente a tomar el poder el 25 de octubre a más tardar”.

Vladimir Ilich se opuso violentamente a esa fecha. La cuestión del II Congreso de los Sóviets, decía, no le interesaba en absoluto: ¿qué importancia podía tener? ¿Podría siquiera celebrarse el congreso? ¿Y qué podría hacer, suponiendo que se reuniera? Había que arrebatar el poder y no complicarse con el Congreso de los Sóviets; era ridículo, era absurdo avisar al enemigo del día de nuestro levantamiento. En el mejor de los casos, la fecha del 25 de octubre podía servirnos para ocultar nuestras intenciones, pero era indispensable desencadenar la insurrección antes y con independencia del Congreso de los Sóviets. El partido debía hacerse con el poder por las armas, y luego ya se vería cómo hablar con el Congreso de los Sóviets. ¡Había que pasar a la acción inmediatamente!

Al igual que en los días de julio, cuando Lenin esperaba firmemente que “ellos” nos fusilaran, ahora también imaginaba todos los detalles de la situación del enemigo y concluía que, desde el punto de vista de la burguesía, lo mejor sería sorprendernos con las armas, desorganizar la revolución y, a continuación, derrotarla por partes. Al igual que en julio, Lenin sobreestimaba la perspicacia y la resolución del enemigo, y tal vez incluso sus posibilidades materiales. En gran medida, exageraba a propósito, con un objetivo táctico absolutamente acertado: al sobreestimar al enemigo, se proponía incitar al partido a redoblar sus esfuerzos en el ataque.

Sin embargo, el partido no podía hacerse con el poder por su cuenta, independientemente del sóviet y a sus espaldas. Habría sido un error cuyas consecuencias se habrían manifestado incluso en la conducta de los obreros y podrían haber resultado extremadamente lamentables por parte de la guarnición. Los soldados conocían el Sóviet de Diputados, conocían su sección. Solo conocían al partido a través del sóviet. Y si la insurrección se hubiera llevado a cabo a espaldas del sóviet, sin relación con él, sin estar respaldada por su autoridad, sin afirmarse, clara y nítidamente, a la vista de todos, como el resultado de la lucha por el poder de los sóviets, eso podría haber causado un peligroso malestar en la guarnición. Tampoco hay que olvidar que, en Petrogrado, junto al sóviet local, seguía existiendo el antiguo Comité Ejecutivo Central Panruso, al frente del cual se encontraban socialistas-revolucionarios y mencheviques. A este Comité solo se le podía oponer el Congreso de los Sóviets.

Al final, se perfilaron tres grupos en el comité central: los adversarios de la toma del poder, a quienes la lógica de la situación obligó a renunciar a la consigna “todo el poder a los sóviets”; Lenin, que exigía la organización inmediata de la insurrección, independientemente de los sóviets; y el último grupo, que reunía al resto, y que consideraba necesario vincular estrechamente la insurrección con el II Congreso de los Sóviets y, por consiguiente, hacer que coincidieran ambos.

“En cualquier caso [insistía Lenin], la toma del poder debe preceder al Congreso de los Sóviets; de lo contrario, os aplastarán y no lograréis convocar ningún congreso”.

Finalmente, se propuso una resolución según la cual la insurrección debía tener lugar el 15 de octubre, a más tardar. En cuanto a la fecha, casi no hubo debates, según recuerdo. Todos comprendían que el día fijado solo tenía un valor aproximado, que servía para orientarnos, y que, según los acontecimientos, se podría adelantar o retrasar un poco. Pero solo podía tratarse de días, nada más. La propia necesidad de una fecha lo más cercana posible era absolutamente evidente.

Los principales debates en las sesiones del comité central tuvieron, por supuesto, como objetivo luchar contra aquellos miembros del comité que se oponían a la insurrección armada en general. No me encargaré de reproducir los tres o cuatro discursos que pronunció Lenin durante esta última sesión sobre los siguientes puntos: ¿Había que tomar el poder? ¿Era el momento de tomarlo? ¿Podríamos conservarlo si lo tomábamos?

Sobre los mismos temas, Lenin, en aquella época y más tarde, escribió varios artículos y folletos. El desarrollo de las ideas en sus discursos durante la sesión fue, por supuesto, el mismo. Pero lo que es intraducible, lo que no se puede reproducir, es el espíritu de esas improvisaciones vehementes, apasionadas, todas impregnadas del deseo de transmitir a los opositores, a los indecisos, a los vacilantes, su pensamiento, su voluntad, su seguridad, su valor. Porque, al fin y al cabo, ¡lo que le decidía entonces era el destino mismo de la revolución!...

La sesión terminó a altas horas de la noche. Todos se sentían más o menos como un hombre que acaba de someterse a una operación quirúrgica. Una parte de los que habían asistido a esa reunión, y yo entre ellos, pasamos el resto de la noche en la vivienda de los Sujánov.

El curso posterior de los acontecimientos, como se sabe, nos fue de gran ayuda. El intento que se había hecho de destituir a la guarnición de Petrogrado condujo a la creación del Comité Militar Revolucionario. Así tuvimos la posibilidad de legitimar la preparación de la insurrección mediante la autoridad del sóviet y de vincular nuestra causa a una cuestión que afectaba en su propia existencia a toda la guarnición de Petrogrado.

En el intervalo de tiempo que transcurre entre la sesión del comité central antes descrita y el 25 de octubre, no recuerdo haber tenido más que una sola entrevista con Vladimir Ilich; y aún así, este recuerdo es confuso. ¿Cuándo tuvo lugar? Sin duda, entre el 15 y el 20 de octubre. Recuerdo que sentía gran curiosidad por saber qué pensaba Lenin del carácter “defensivo” de un discurso que había pronunciado en una sesión del Sóviet de Petrogrado: había declarado que los rumores que circulaban sobre una insurrección armada, preparada por nosotros para el 22

de octubre (“jornadas del Sóviet de Petrogrado”), eran falsos, y había advertido que ante cualquier ataque responderíamos con un contraataque resuelto y llevaríamos las cosas hasta el final. Recuerdo que el estado de ánimo de Vladimir Ilich, durante esa entrevista, era más tranquilo y seguro, diría incluso menos receloso. No solo no encontró nada que objetar al tono aparentemente defensivo de mi discurso, sino que lo consideró totalmente adecuado para adormecer la vigilancia del enemigo.

Sin embargo, de vez en cuando negaba con la cabeza y preguntaba:

-Pero, ¿seguro que no sabrán advertirnos? ¿No nos caerán encima por sorpresa?

Le demostré que todo funcionaría casi automáticamente.

Durante esa conversación, o al menos durante una parte de la misma, el camarada Stalin estaba, me parece, presente. Es posible, por otra parte, que esté confundiendo aquí dos entrevistas. En general, debo decir que, en lo que respecta a los últimos días que precedieron al golpe de estado, mis recuerdos están como comprimidos en mi memoria y que es muy difícil extraer algo de ellos, desplegarlos y volver a colocarlos en su sitio.

Tenía que volver a ver a Lenin el 25 de octubre, el mismo día del gran acontecimiento, en Smolny. ¿A qué hora? No tengo ni idea; probablemente hacia el atardecer. Vladimir Ilich, lo recuerdo muy bien, comenzó con una pregunta ansiosa sobre las negociaciones que manteníamos con el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Petrogrado, en relación con el destino de la guarnición. Según los periódicos, las negociaciones se acercaban a un desenlace favorable.

-¿Se encaminan hacia un compromiso? -preguntó Lenin, y su mirada nos escudriñaba hasta el alma.

Respondí que habíamos difundido a propósito esa noticia tranquilizadora en los periódicos, que no era más que una artimaña de guerra en el momento en que se iniciaba la batalla general.

-¡Ah! ¡Eso está *muy bien!* -exclamó Lenin con voz cantarina y alegre y, recuperando todo su entusiasmo, se puso a pasear por la habitación frotándose las manos.

-¡Eso está *muy bien!*

En general, a Ilich le gustaban las estratagemas. Engañar al enemigo, tomarle el pelo, ¿no es eso lo más delicioso que se pueda imaginar?

Pero, en el caso presente, la astucia tenía una importancia muy especial: significaba que ya habíamos entrado de lleno en el meollo de la acción decisiva. Me refiero a que las operaciones militares ya estaban muy avanzadas: por el momento controlábamos en la ciudad un buen número de puntos importantes.

Vladimir Ilich vio (o quizá se lo mostré yo) un cartel recién impreso el día anterior, que amenazaba con la ejecución sumaria a cualquiera que intentara cometer un saqueo durante el golpe de estado.

En un primer momento, Lenin se quedó como desconcertado, incluso me pareció que le invadía la duda. Pero luego dijo:

-¡Bien, es justo!

Se abalanzaba con avidez sobre todos esos pequeños detalles del gran asunto. Para él, eran pruebas indiscutibles de que esta vez se avanzaba, de que se había cruzado el Rubicón, de que ya no había vuelta atrás.

Recuerdo la enorme impresión que causó en Lenin el hecho de que yo hubiera llamado, mediante una orden escrita, a una compañía del regimiento Pavlovsky para garantizar la publicación de nuestro periódico del partido y de los sóviets.

-¿Y entonces, la compañía salió?

-Perfectamente.

-¿Los periódicos están en maquetación?

-Sí, todo va bien.

Lenin estaba encantado, lo que se manifestaba en exclamaciones y risas: se frotaba las manos. Luego, se encerró en sí mismo, reflexionó y dijo:

-Vaya, también se pueden hacer las cosas de esta manera... ¡siempre y cuando tomemos el poder!...

Comprendí que solo en aquel momento admitía definitivamente la idea de renunciar a la toma del poder mediante una conspiración.

Hasta el último momento, temía que el enemigo se interpusiera en nuestro movimiento y nos sorprendiera.

No fue hasta esa noche, el 25 de octubre, cuando se tranquilizó y sancionó definitivamente el camino por el que se habían encaminado los acontecimientos. Digo “se tranquilizó”, pero fue para volver a preocuparse de inmediato por toda una serie de cuestiones, grandes y pequeñas, concretas y meticulosas, relacionadas con el desarrollo del levantamiento:

-Escuchad, ¿y si hicierais esto? ¿No sería bueno emprender aquello? ¿Y si recurrimos a aquellos?...

Esas interminables preguntas y propuestas no tenían, en apariencia, ningún vínculo entre sí, pero todas surgían del mismo intenso trabajo interior que abarcaba toda la extensión del levantamiento.

Hay que saber dosificar las fuerzas en los acontecimientos de una revolución. Cuando la marea sube imparable, cuando las fuerzas de la insurrección crecen automáticamente, mientras que las de la reacción, fatalmente, se fragmentan y se dispersan, es grande la tentación de entregarse al elemento, de dejarse llevar por la corriente. Un éxito repentino desarma tanto como una derrota.

No perder el hilo de los acontecimientos; tras cada nuevo éxito, decirse a uno mismo: aún no se ha logrado nada, nada está garantizado; cinco minutos antes de la victoria decisiva, dirigir las operaciones con tanta vigilancia, energía e intensidad como cinco minutos antes del inicio de las hostilidades; cinco minutos después de la victoria, incluso antes de que resuenen los primeros vítores, decirse: la conquista aún no está asegurada, no hay que perder ni un instante; tal es el proceder, tal es la forma de actuar, tal es el método de Lenin, tal es la esencia orgánica de su carácter político, de su espíritu revolucionario.

*

**

Ya he contado en otra ocasión cómo Dan, dirigiéndose sin duda a la sesión de la fracción menchevique del II Congreso de los Sóviets, reconoció a Lenin disfrazado, entre nosotros, que estábamos sentados ante una mesita en una habitación de paso. Este tema incluso ha sido representado en un cuadro que, por lo demás, a juzgar por las fotografías que he visto, no tiene nada que ver con la realidad. Tal es, por lo demás, el destino de la pintura histórica, y no solo de este arte. No recuerdo en qué ocasión, pero mucho más tarde, le dije a Vladimir Ilich:

-Habría que escribir una nota sobre este encuentro; ¡de lo contrario, más adelante se dirán chistes al respecto!

Hizo un gesto de cómica desesperación:

-¡Qué más da! Se dirán chistes, tantos como se quiera...

El II Congreso de los Sóviets celebraba su primera sesión en el Instituto Smolny. Lenin no apareció por allí. Se quedó apartado en una de las habitaciones del instituto donde, si no recuerdo mal, no había ningún mueble, o casi ningún mueble. Luego vino alguien a extender mantas en el suelo y tiró allí dos almohadas. Allí descansamos, Vladimir Ilich y yo, tumbados uno al lado del otro. Pero al cabo de unos minutos me llamaron:

-Dan ha tomado la palabra, hay que responderle.

Después de responder a Dan, volví y me acosté de nuevo junto a Vladimir Ilich, quien, por supuesto, no pensaba en absoluto en dormir. ¡Ni hablar! Cada cinco o diez minutos, alguien acudía corriendo desde la sala de sesiones para informarnos de lo que allí ocurría. Además,

llegaban mensajeros de la ciudad, donde, bajo la dirección de Antonov-Ovseyenko, continuaba el asedio al Palacio de Invierno, que terminó con un asalto.

Lo que se produjo a continuación, sin duda, fue a la mañana siguiente, a la que apenas una noche de insomnio separaba del día anterior. Vladimir Ilich parecía cansado. Sonriendo, dijo:

-El paso de la vida clandestina y del régimen de Perevertzev al poder es demasiado brusco... *Es schwiendelt* (me da vueltas la cabeza), añadió, no sé por qué, en alemán, y con la mano describió un movimiento circular alrededor de su cabeza.

Tras este comentario, el único más o menos personal que le oí con motivo de la conquista del poder, pasamos simplemente a la tramitación de los asuntos del día.

III Brest-Litovsk

Habíamos iniciado las negociaciones de paz con la esperanza de conmover a las masas obreras de Alemania y Austria-Hungría, así como a las de los países de la Entente. Para alcanzar este objetivo, era necesario alargar las negociaciones lo más posible, a fin de dar a los obreros europeos tiempo para comprender adecuadamente el hecho mismo de la revolución soviética y, en particular, su política de paz.

Tras la primera suspensión de las negociaciones, Lenin me propuso que me trasladara a Brest-Litovsk. La perspectiva de negociar con el barón Kühlmann y el general Hoffmann no tenía en sí misma nada de atractivo; pero, “para alargar las negociaciones, hacía falta alguien que las alargara”, como decía Lenin. En el Instituto Smolny mantuvimos un breve intercambio de opiniones sobre la línea general de las negociaciones. La cuestión de firmar o no firmar quedó, por el momento, en suspenso: no se podía saber cómo transcurrirían las conferencias, qué efecto tendrían en Europa, qué nueva situación se derivaría de ellas. Y no renunciábamos, por supuesto, a la esperanza de un rápido desarrollo revolucionario.

No podíamos continuar la guerra, para mí era absolutamente evidente. Cuando crucé la línea de las trincheras por primera vez, de camino a Brest-Litovsk, nuestros compañeros, a pesar de todas las advertencias y exhortaciones que se les habían dirigido, no lograron organizar una manifestación más o menos significativa para protestar contra las exigencias excesivas de Alemania: las trincheras estaban casi vacías, nadie se atrevió a decir una palabra, ni siquiera en forma condicional, sobre una prolongación de la guerra. ¡La paz, la paz a cualquier precio!...

Más tarde, cuando regresé a Brest-Litovsk, intenté convencer al representante del grupo militar en el Comité Ejecutivo Panruso para que apoyara a nuestra delegación con un discurso “patriótico”.

-Imposible -respondió-, absolutamente imposible; ya no podríamos volver a las trincheras; no nos entenderían; perderíamos toda influencia...

Así pues, sobre la imposibilidad de una guerra revolucionaria, no hubo ni una pizca de desacuerdo entre Vladimir Ilich y yo.

Pero se planteaba otra cuestión: ¿podrían los alemanes continuar la guerra, podrían lanzar una ofensiva contra la revolución, que declaraba poner fin a las hostilidades? ¿Cómo podíamos conocer, sondear la opinión de la masa de soldados alemanes? ¿Qué impresión habían causado la Revolución de Febrero y la de Octubre en esa masa? La huelga de enero en Alemania parecía indicar cierto desmoronamiento. ¿Cuál era su alcance? ¿No habría que intentar someter a la clase obrera y al ejército alemanes a una prueba: por un lado, la revolución obrera declarando la guerra terminada; por otro, el gobierno de los Hohenzollern dando la orden de lanzar una ofensiva contra esa revolución?

-Ciertamente, es muy tentador -replicó Lenin-, y sin duda quedaría algo de una prueba semejante. Pero es arriesgado, muy arriesgado. Y si el militarismo alemán, lo cual es muy probable, se ve lo suficientemente fuerte como para lanzar el ataque contra nosotros, ¿qué

pasará? Imposible arriesgarse: en estos momentos no hay nada en el mundo más importante que nuestra revolución.

La disolución de la Asamblea Constituyente, al principio, perjudicó mucho nuestra situación internacional. Sin embargo, los alemanes pudieron temer al principio que un acuerdo entre nosotros y “los patriotas” de la Asamblea Constituyente diera lugar a un intento de continuar la guerra. Una aberración semejante habría perdido definitivamente la revolución y el país; pero solo se habría percibido más tarde y, mientras tanto, los alemanes habrían tenido que realizar un nuevo esfuerzo. Ahora bien, la disolución de la Asamblea Constituyente mostraba a los alemanes que estábamos realmente dispuestos a poner fin a la guerra a cualquier precio. El tono de Kühlmann se volvió de inmediato más insolente.

¿Y qué impresión podía causar esa misma disolución de la Asamblea Constituyente en el proletariado de los Aliados? No era difícil responder a eso: la prensa de la Entente presentaba el régimen soviético como una simple agencia de los Hohenzollern. Y he aquí que los bolcheviques disolvían la Asamblea Constituyente “democrática” para concluir con los Hohenzollern una paz humillante y esclavizante, mientras Bélgica y el norte de Francia estaban ocupadas por los ejércitos alemanes. Estaba claro que la burguesía de la Entente lograría sembrar entre las masas obreras la mayor perplejidad. Y eso podía facilitar, por otra parte, una intervención militar contra nosotros. Se sabía que, incluso en Alemania, entre la oposición socialdemócrata, circulaban con insistencia leyendas que decían que los bolcheviques habían sido comprados por el gobierno alemán y que lo que estaba ocurriendo en Brest-Litovsk no era más que una comedia, cuyos papeles se habían repartido de antemano.

Esta versión debía parecer aún más aceptable en Francia e Inglaterra. Consideraba, pues, que antes de firmar la paz era absolutamente necesario dar a los obreros de Europa una prueba contundente del odio mortal que nos separaba de los dirigentes de Alemania. Fue precisamente bajo la influencia de estos motivos que, estando en Brest-Litovsk, se me ocurrió la idea de una demostración “instructiva” que se traduciría en la fórmula: terminamos la guerra, pero no firmamos la paz. Consulté a los demás miembros de la delegación, quienes me dieron su consentimiento, y se lo escribí a Vladimir Ilich.

Él respondió: “Cuando vuelvas, lo hablaremos”. Quizás, con esa respuesta, quisiera expresar que no estaba de acuerdo con mi propuesta. En la actualidad, no lo recuerdo, no tengo la carta a mano y no estoy seguro de que se haya conservado. Cuando regresé a Smolny, Vladimir Ilich y yo mantuvimos largas conversaciones.

-Todo esto es muy tentador, e incluso no se podría desear nada mejor si el general Hoffmann fuera incapaz de hacer avanzar sus tropas contra nosotros. Pero hay pocas esperanzas de que sea así. El general encontrará para su ofensiva regimientos compuestos especialmente por campesinos ricos bávaros, ¿y se necesitan tantos para derrotarnos? Usted mismo dice que las trincheras están vacías. ¿Y si los alemanes reanudan la guerra de todos modos?

-Entonces nos veremos obligados a firmar la paz, pero quedará claro para todos que no teníamos otra salida. Eso bastará para desmontar la leyenda que apunta a una supuesta relación secreta entre nosotros y los Hohenzollern.

-Ciertamente, eso tiene sus ventajas. Pero es demasiado arriesgado. En estos momentos, no hay nada en el mundo más importante que nuestra revolución; hay que ponerla a salvo a toda costa.

A las principales dificultades de la cuestión se sumaron complicaciones extremas en el seno del partido. En los círculos del partido, o al menos entre los elementos dirigentes, la opinión dominante, intransigente, era que había que rechazar las condiciones de Brest-Litovsk y negarse a firmar la paz. Las crónicas que publicaban nuestros periódicos sobre las negociaciones alimentaban y agravaban este estado de ánimo, que encontró su expresión más viva en el grupo del comunismo de izquierda, el cual lanzó la consigna de la guerra revolucionaria. Esta circunstancia, como es lógico, inquietaba mucho a Lenin.

-Si el comité central decide aceptar las condiciones alemanas únicamente bajo la presión de un ultimátum verbal -le decía yo-, corremos el riesgo de provocar una escisión en el partido. Es imprescindible revelar la verdadera situación tanto a nuestro partido como a los trabajadores de Europa... Si rompemos con los de izquierda, el partido se desviará hacia la derecha: pues, al fin y al cabo, no cabe duda de que todos los camaradas que se habían posicionado claramente en contra del golpe de estado de octubre y se pronunciaban a favor del bloque de los partidos socialistas se han convertido en partidarios sin reservas de la paz de Brest-Litovsk. Ahora bien, nuestra tarea no consiste solo en concluir la paz; entre los comunistas de izquierda, hay muchos que desempeñaron un papel de militantes de lo más activos en el período de octubre, etc.

-Todo eso es indiscutible -respondía Vladimir Ilich-. Pero lo que se decide en este momento es el destino de la revolución. Restableceremos el equilibrio en el partido. Ante todo, hay que salvar la revolución y solo se puede salvarla firmando la paz. Es mejor una escisión que el peligro de ver la revolución aplastada por la fuerza militar. Las excentricidades pasarán, y después -si es que llegan incluso a provocar una escisión, lo cual no es absolutamente inevitable-, volverán al partido. Pero si los alemanes nos aplastan, nadie nos traerá de vuelta [al poder]... En fin, supongamos que se acepta su plan. Nos hemos negado a firmar la paz. Y entonces, los alemanes pasan a la ofensiva. ¿Qué hacen ustedes en ese caso?

-Firmamos la paz bajo la amenaza de las bayonetas. Entonces, el panorama se perfila claramente para la clase obrera de todo el mundo.

-¿Y entonces no apoyarán la consigna de la guerra revolucionaria?

-Jamás.

-Si el asunto se presenta así, la experiencia puede ser ya mucho menos peligrosa. Corremos el riesgo de perder Estonia o Letonia. Algunos camaradas estonios vinieron a verme y me contaron cómo habían emprendido con bastante éxito la construcción socialista en las colonias agrícolas. Será muy lamentable sacrificar la Estonia socialista -añadió Lenin en tono irónico-, pero habrá que hacerlo, habrá que llegar a ese compromiso, creo, por la buena causa de la paz.

-Pero suponiendo que se firme la paz de inmediato, ¿eso elimina la posibilidad de una intervención militar alemana en Estonia o Letonia?

-Admitámoslo, pero es una simple posibilidad, mientras que en el otro caso es una cuasi-certeza. Yo, en cualquier caso, me pronunciaré a favor de la firma inmediata: es más seguro.

Lenin, ante mi plan, temía sobre todo que, en caso de que los alemanes retomaran la ofensiva, no lográramos firmar la paz con la suficiente rapidez, es decir, que el militarismo alemán no nos dejara tiempo para ello: “Esta peste se propaga rápidamente”, repitió más de una vez Vladimir Ilich.

En las conferencias en las que se deliberó sobre la cuestión de la paz, Lenin se pronunció con gran firmeza contra la izquierda y, con mucha cautela y calma, contra mi propuesta. Sin embargo, la aceptó a regañadientes, en la medida en que el partido se oponía evidentemente a la firma, en la medida en que una resolución transitoria debía servir al partido de puente que lo llevaría a firmar el tratado.

La conferencia de los bolcheviques más destacados (es decir, los delegados al III Congreso de los Sóviets) demostró sin lugar a dudas que nuestro partido, que apenas salía del fuego de octubre, necesitaba comprobar mediante la acción la situación internacional. Si no hubiera habido una fórmula transitoria, la mayoría se habría pronunciado a favor de la guerra revolucionaria.

Quizá no sea irrelevante señalar que los socialistas revolucionarios de izquierda no se pronunciaron en absoluto, en un primer momento, en contra de la paz de Brest-Litovsk. Al menos Spiridonova estaba, en un principio, decidida a firmar:

-El mujik ya no quiere la guerra -decía- y aceptará cualquier paz.

-Firmad la paz inmediatamente -me decía a mi regreso de Brest- y abolid el monopolio del trigo.

Posteriormente, los socialistas revolucionarios de izquierda se dividieron a favor de la fórmula transitoria: cesar la guerra sin firmar la paz; pero la consideraban como un paso hacia la guerra revolucionaria “en caso de necesidad”.

Se sabe que la delegación alemana respondió a nuestra declaración de tal manera que cabía creer que Alemania no tenía intención de reanudar las hostilidades. Habíamos llegado a esa conclusión cuando regresamos a Moscú.

-¿Pero no nos estarán engañando? -preguntó Lenin.

Con un gesto, le hicimos entender que no nos parecía probable.

-Entonces, está bien -dijo Lenin-. Si es así, tanto mejor: se salvan las apariencias y ya estamos fuera de la guerra¹³.

Sin embargo, dos días antes de la fecha que se nos había fijado como plazo límite, recibimos del general Samoilo, que se había quedado en Brest, un telegrama en el que se decía que los alemanes, según la declaración del general Hoffmann, se consideraban, a partir del 18 de febrero, en estado de guerra con nosotros y que, por consiguiente, le habían invitado a él, a Samoilo, a abandonar Brest-Litovsk. Este telegrama fue entregado directamente a Vladimir Ilich. Yo me encontraba entonces en su despacho. Estábamos conversando con Karelin y también con no recuerdo qué camarada de los socialistas-revolucionarios de izquierda.

Tras tomar conocimiento del telegrama, Lenin me lo pasó sin decir palabra. Recuerdo su mirada, que me hizo sentir de inmediato que el telegrama traía una gran y mala noticia. Lenin se apresuró a terminar la conversación con los socialistas-revolucionarios para examinar la nueva situación.

-Así pues, nos han engañado. Han ganado cinco días... Esta bestia no deja escapar nada. Ahora, pues, solo queda firmar según las condiciones anteriores, si es que los alemanes acceden a mantenerlas.

Le respondí diciendo que había que darle tiempo a Hoffmann para que lanzara efectivamente su ofensiva.

-Pero entonces, ¿eso significa que entregaremos Dvinsk, que perderemos mucha artillería, etc.?

-Ciertamente, hay que hacer nuevos sacrificios. Pero es necesario que el soldado alemán entre efectivamente, luchando, en territorio soviético. Es necesario que la noticia sea conocida por el obrero alemán, por un lado, y por los obreros ingleses y franceses, por otro.

-No -replicó Lenin-. No se trata, por supuesto, de Dvinsk; pero, en este momento, no hay ni una hora que perder. La prueba está hecha. Hoffmann quiere y puede hacer la guerra. Es imposible aplazarlo: ya nos han quitado cinco días que yo contaba con utilizar. Y esa bestia se mueve con rapidez.

El comité central tomó una decisión, que incluía el envío de un telegrama en el que se decía que accedíamos inmediatamente a firmar el tratado de Brest-Litovsk. El telegrama fue enviado.

-Me parece -le dije a Vladimir Ilich en una conversación privada-, que desde el punto de vista político sería acorde con la situación que presentara mi dimisión como Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores.

-¿Por qué? Son procedimientos parlamentarios que no tenemos por qué introducir aquí.

-Pero mi dimisión supondrá para los alemanes un cambio radical en nuestra política y aumentará la confianza que deben tener en nuestra verdadera intención de firmar esta vez la paz y de cumplir sus condiciones.

-Es posible -dijo Lenin, en tono meditativo-. Ese es un motivo político de peso.

No recuerdo en qué momento recibimos la noticia de una incursión del ejército alemán en Finlandia y de las operaciones emprendidas para aplastar a los obreros finlandeses. Recuerdo

¹³ Los diálogos reproducidos en este capítulo son, por supuesto, solo aproximados; pero recuerdo palabra por palabra la frase sobre “las apariencias”.

que me topé con Lenin en el pasillo, no lejos de su despacho. Estaba extremadamente conmovido. Nunca lo había visto así ni lo he vuelto a ver desde entonces en un estado semejante.

-Sí -dijo-, probablemente nos veremos obligados a luchar, aunque no tengamos los medios para ello. Esta vez, creo que no hay otra salida...

Tal fue la primera reacción de Lenin tras leer el telegrama que anunciaba el aplastamiento de la revolución en Finlandia. Pero diez minutos o un cuarto de hora más tarde, cuando entré en su despacho, me dijo:

-No, es imposible cambiar nuestra política. Nuestra acción no salvaría a la Finlandia revolucionaria y seguramente nos perdería a nosotros. Daremos toda la ayuda posible a los obreros finlandeses, pero sin abandonar el terreno de la paz. No sé si eso nos salvará ahora. Pero, en cualquier caso, es el único camino en el que la salvación aún es posible.

Y, efectivamente, la salvación se encontró en ese camino.

*

**

La decisión de no firmar la paz no se debió, como a veces se escribe ahora, a esa razón abstracta de que sería imposible llegar a un acuerdo con los imperialistas. Basta con consultar el folleto del camarada Ovsianikov: en él se pueden ver las votaciones que Lenin exigió sobre esta cuestión; son de lo más reveladoras; se constata que los partidarios de la fórmula de ensayo por tanteo, “ni guerra, ni paz”, respondieron afirmativamente cuando se les preguntó si teníamos derecho, como partido revolucionario, a firmar en determinadas condiciones una paz “infame”. En realidad, decíamos: si hay tan solo veinticinco posibilidades entre cien de que los Hohenzollern no se decidan a hacernos la guerra, o no puedan hacerlo, hay que arriesgarse a la experiencia.

Tres años más tarde, corrimos otro riesgo (esta vez por iniciativa de Lenin); tanteamos con la punta de la bayoneta a los burgueses y terratenientes de Polonia. Fuimos rechazados. ¿En qué se diferenciaba esto de lo que habíamos hecho en Brest-Litovsk? En principio, en nada; pero sí había una diferencia en el grado de riesgo.

Recuerdo que el camarada Rádek escribió un día que la potencia del pensamiento táctico de Lenin se manifestó de la forma más brillante en la ofensiva llevada a cabo tras la firma de Brest, hasta la marcha sobre Varsovia. Ahora todos sabemos que esa marcha sobre Varsovia fue un error que nos costó muy caro. No solo nos condujo a la paz de Riga, que nos separaría geográficamente de Alemania, sino que tuvo como consecuencia inmediata, entre otros resultados, contribuir considerablemente al fortalecimiento de la Europa burguesa. El significado contrarrevolucionario del Tratado de Riga para el destino de Europa puede entenderse más claramente si recordamos tan solo las circunstancias de 1923 y si imaginamos que hubiéramos tenido entonces una frontera común con Alemania. Demasiados indicios apuntan a que el desarrollo de los acontecimientos en Alemania habría sido, en ese caso, completamente diferente. Además, es indudable que, incluso en Polonia, el movimiento revolucionario habría avanzado de manera mucho más satisfactoria sin nuestra intervención militar, que fue seguida de una derrota.

El propio Lenin, por lo que yo sé, concedía una enorme importancia al “error” de Varsovia. Y, sin embargo, Rádek, en su valoración del poder del pensamiento táctico de Lenin, tiene toda la razón. Ciertamente, tras el intento que se hizo de “poner a prueba” a las masas trabajadoras de Polonia, intento que no dio los resultados esperados; tras la derrota que se nos infligió (y que necesariamente se nos tenía que infligir, pues, dada la calma que reinaba entonces en Polonia, nuestra marcha sobre Varsovia no era más que una incursión de partisanos); tras la derrota que nos obligó a firmar la paz de Riga, no es difícil concluir que los adversarios de la campaña tenían razón y que habría sido mejor detenerse a tiempo y conservar la frontera con Alemania. Pero todo esto no quedó claro hasta más tarde. Lo que resulta significativo para Lenin en la idea de la marcha sobre Varsovia es la audacia de su concepción. El riesgo era grande, pero la

importancia del objetivo prevalecía sobre la magnitud del peligro. El posible fracaso no constituía un peligro para la propia existencia de la República Soviética; como mucho, habría supuesto su debilitamiento.

Podemos dejar al historiador del futuro la tarea de valorar si valía la pena arriesgarse a un empeoramiento de las condiciones de la paz de Brest-Litovsk con el único fin de hacer una demostración ante los obreros europeos. Pero es absolutamente evidente que, una vez realizada esa demostración, nos vimos obligados a firmar la paz que se nos imponía. Y aquí, la claridad de la posición de Lenin y su poderosa presión salvaron la situación.

-¿Y si, a pesar de todo, los alemanes pasan a la ofensiva? ¿Y si marchan sobre Moscú?

-Nos retiraremos hacia el este, hacia los Urales, declarando que estamos dispuestos a firmar la paz. La cuenca de Kuznetsk es rica en carbón. Crearemos una República de los Urales-Kuznets, aprovechando la industria de la región, utilizando el carbón de Kuznets, apoyándonos en el proletariado de los Urales y en los obreros de Moscú y Petrogrado que hayamos podido traer con nosotros. Resistiremos. En caso de necesidad, nos retiraremos aún más al este, más allá de los Urales. Retrocederemos hasta Kamchatka, pero resistiremos. Las circunstancias internacionales cambiarán aún decenas de veces y podremos, desde nuestra República de los Urales-Kuznets, volver a Moscú y a Petrogrado. Pero si ahora nos empantanamos inútilmente en una guerra revolucionaria, si dejamos que degüellen a la élite de la clase obrera y de nuestro partido, está claro que entonces nunca volveremos.

Durante ese periodo, la República de los Urales-Kuznets ocupó un lugar destacado en el razonamiento de Lenin. A veces dejaba a los opositores verdaderamente desconcertados lanzándoles esta pregunta:

-¿Pero saben que en la cuenca de Kuznets tenemos enormes yacimientos de carbón? Si los unimos al mineral de los Urales y al trigo de Siberia, tenemos una base de reservas.

El opositor, que no siempre se imaginaba con claridad dónde se encontraba Kuznetsk ni qué relación podía haber entre sus riquezas en carbón y, por otra parte, el bolchevismo consecuente y la guerra revolucionaria, abría mucho los ojos o estallaba en carcajadas por la sorpresa, creyendo que Ilich bromeaba o intentaba engañar. En realidad, Lenin no bromeaba en absoluto, sino que, fiel a sí mismo, sondeaba los datos de la situación hasta sus consecuencias más extremas, hasta sus peores resultados prácticos. Esta concepción de una República del Ural-Kuznets le era orgánicamente necesaria para reafirmarse a sí mismo y para reafirmar a los demás en la convicción de que aún no se había perdido nada y de que no había razón alguna para ceder a la estrategia de la desesperación.

Sabemos que no quedamos reducidos a la República del Ural-Kuznets, y por suerte. Pero se puede afirmar que esa república que nunca existió salvó a la República de los Sóviets.

En cualquier caso, para comprender y apreciar la táctica de Lenin en Brest-Litovsk, hay que vincularla a su táctica de octubre. Ser adversario de octubre y partidario de Brest sería expresar, en uno y otro caso, ideas de capitulación. El fondo del asunto radica en que Lenin, con motivo de la capitulación de Brest-Litovsk, desplegó la misma inagotable energía revolucionaria que había asegurado al partido su victoria de octubre. Es precisamente esta combinación natural y orgánica de octubre y Brest, de un impulso gigantesco con una valiente prudencia, de vigor con acierto de juicio, lo que da la medida del método y la fuerza de Lenin.

IV La disolución de la Asamblea Constituyente

En los primeros días, si no en las primeras horas que siguieron al golpe de estado, Lenin planteó la cuestión de la Asamblea Constituyente.

-Hay que aplazarla -declaró-, hay que prorrogar las elecciones. Hay que ampliar el derecho electoral, dando la posibilidad de votar a los jóvenes de dieciocho años. Hay que dar la

posibilidad de revisar las listas de candidatos. Nuestras propias listas no valen nada: hay en ellas una gran cantidad de intelectuales de pacotilla, y necesitamos obreros y campesinos. La gente de Kornílov, los cadetes, deben ser declarados fuera de la ley.

Le respondieron:

-No es conveniente aplazarlo ahora. Se interpretará como una liquidación de la Asamblea Constituyente, sobre todo porque nosotros mismos hemos acusado al Gobierno Provisional de dar largas a la asamblea.

-¡Tonterías! -replicaba Lenin-. Lo que importa son los hechos, no las palabras. Para el Gobierno Provisional, la Asamblea Constituyente suponía o podía suponer un paso adelante; para el poder soviético, sobre todo con las listas actuales, sería inevitablemente un paso atrás. ¿Por qué les parece inconveniente aplazarlo? Y si la Asamblea Constituyente está compuesta por cadetes, mencheviques y socialistas revolucionarios, ¿será conveniente?

-Pero en ese momento seremos más fuertes -le respondían-; por ahora, aún somos demasiado débiles. En la provincia no se sabe casi nada del poder soviético. Y si ahora llega la noticia de que hemos aplazado la Asamblea Constituyente, eso nos debilitará aún más.

Sverdlov se pronunciaba en contra del aplazamiento con especial energía, pues estaba más vinculado que nosotros con la provincia.

Lenin se quedó solo en su postura. Sacudía la cabeza con aire descontento y repetía:

-¡Es un error, es evidentemente un error que puede costarnos caro! Ojalá no le cueste a la revolución su cabeza...

Pero cuando se tomó la decisión de no aplazarla, Lenin centró toda su atención en las medidas organizativas que requerían los preparativos de la asamblea.

Mientras tanto, quedó claro que estaríamos en minoría, incluso con el apoyo de los socialistas revolucionarios de izquierda, que se presentaban en listas comunes con los de derecha y que fueron completamente “engañados”.

-Por supuesto, hay que disolver la Asamblea Constituyente -decía Lenin-, pero ¿qué hacemos con los socialistas revolucionarios de izquierda?

Sin embargo, el viejo Natanson nos consoló. Vino a “consultarnos” y lo primero que nos dijo fue:

-Creo, sin embargo, que habrá que disolver por la fuerza la Asamblea Constituyente.

-¡Bravo! -exclamó Lenin-; ¡lo bien dicho, bien dicho está! Pero ¿estarán los suyos de acuerdo con nosotros en esto?

-Algunos de los nuestros aún dudan, pero creo que al final aceptarán -respondió Natanson.

Los socialistas revolucionarios de izquierda estaban entonces de luna de miel con su radicalismo extremo: efectivamente, aceptaron.

Natanson hizo una propuesta:

-Si actuáramos así -dijo-, ¿unimos las fracciones que tenemos, ustedes y nosotros, en la Asamblea Constituyente con el Comité Ejecutivo Central, y formamos así una Convención?

-¿Por qué? -replicó Lenin con evidente desánimo-. ¿Para imitar a la Revolución Francesa? Al disolver la Asamblea Constituyente, consolidamos el sistema soviético. Con su plan, todo se complicaría: no tendríamos ni una cosa ni la otra.

Natanson intentó demostrar que, siguiendo su plan, podríamos apropiarnos de parte de la autoridad de la Asamblea Constituyente, pero pronto se rindió.

Lenin se dedicó entonces a resolver de una vez por todas la cuestión de la Asamblea Constituyente.

-El error es evidente -decía-: ya hemos conquistado el poder y, sin embargo, nos hemos metido en tal situación que ahora nos vemos obligados a tomar medidas de guerra para reconquistarlo.

Dirigió los preparativos con esmerado cuidado, examinando todos los detalles y sometiendo para ello a un apasionado interrogatorio a Uritsky, que había sido nombrado, para gran disgusto

de Lenin, comisario de la Asamblea Constituyente. Entre otras cosas, Lenin ordenó traer a Petrogrado un regimiento letón compuesto principalmente por obreros.

-El mujik podría flaquear -dijo-; aquí necesitamos la decisión proletaria.

Los diputados bolcheviques de la Asamblea Constituyente, que llegaban de todos los rincones de Rusia, fueron distribuidos, bajo la presión de Lenin y la dirección de Sverdlov, por las fábricas, las plantas industriales y las diversas formaciones del ejército. Constituían un elemento importante en el aparato organizativo de “la revolución complementaria” del 5 de enero. En cuanto a los diputados socialistas-revolucionarios, consideraban incompatible con la dignidad de los elegidos del pueblo la participación en la lucha: “El pueblo nos ha elegido, le corresponde a él defendernos”. En realidad, estos pequeños burgueses de provincia no sabían en absoluto cómo comportarse; y, en su mayoría, simplemente tenían miedo. Pero prepararon cuidadosamente el ceremonial de la primera sesión. Trajeron velas por si los bolcheviques cortaban la electricidad y una gran cantidad de bocadillos por si les obligaban a ayunar. Así fue como la democracia marchó a la batalla contra la dictadura, fuertemente armada con bocadillos y velas. Al pueblo ni siquiera se le ocurrió apoyar a unos hombres que se consideraban sus representantes y que, en realidad, no eran más que las sombras de un período revolucionario ya pasado.

Durante la disolución de la Asamblea Constituyente, me encontraba en Brest-Litovsk. Pero cuando poco después regresé a Petrogrado para consultar, Lenin me dijo sobre la disolución de la asamblea:

-Sin duda, fue muy arriesgado por nuestra parte no aplazar la convocatoria, fue muy, muy imprudente. Pero, al fin y al cabo, mejor así. La disolución de la Asamblea Constituyente por parte del poder soviético es una liquidación completa y abierta de la forma democrática en nombre de la dictadura revolucionaria. De ahora en adelante, la lección quedará grabada.

Así es como se manifestaba la generalización teórica con el empleo de un regimiento de cazadores letones.

En aquella época, sin duda, debieron formarse definitivamente en la conciencia de Lenin las ideas que formuló más tarde, durante el Primer Congreso de la Internacional Comunista, en sus notables tesis sobre la democracia¹⁴.

La crítica de la democracia formal tiene, como es sabido, una larga historia. El carácter intermedio de la revolución de 1848 había sido explicado tanto por nosotros como por nuestros predecesores como un naufragio de la democracia política¹⁵. Esta fue sustituida por la democracia “social”. Pero la sociedad burguesa supo obligar a esta última a ocupar la posición que la democracia pura ya no tenía fuerzas para mantener. La historia política atravesó un período de estancamiento en el que la democracia social, alimentándose de la crítica a la democracia pura, cumplió de hecho con las obligaciones de esta última y se impregnó por completo de sus vicios.

Ocurrió lo que había sucedido muchas veces en la historia: la oposición se vio llamada a resolver, en un sentido conservador, problemas que ya superaban las fuerzas comprometidas del día anterior. Tras haber sido la condición temporal para la preparación de la dictadura proletaria, la democracia se convirtió en el criterio supremo, la última instancia de control, el inviolable Santo de los Santos, es decir, la hipocresía superior de la sociedad burguesa. Así ocurrió también entre nosotros. Golpeada mortalmente en sus intereses materiales en octubre, la burguesía intentó resucitar una vez más en enero, bajo la apariencia del fantasma sagrado de

¹⁴ *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, páginas 25-33 en el formato pdf de su 2ª edición, en nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*.

¹⁵ Ver, por ejemplo, “*La burguesía y la contrarrevolución*”, de Carlos Marx, y los numerosos textos de Engels y Marx de 1848 que se van incorporando a nuestra serie *Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional*.

la Asamblea Constituyente. A continuación, el desarrollo victorioso de la revolución proletaria, que había dispersado abierta y brutalmente a la Asamblea Constituyente, asestó a la democracia formal el golpe benéfico del que nunca se recuperaría. Por eso tenía razón Lenin cuando decía:

-¡Al fin y al cabo, las cosas han salido mejor así!

*

**

En esa Asamblea Constituyente de socialistas revolucionarios, la república de febrero encontró la ocasión de morir por segunda vez.

Sobre el fondo de las impresiones generales que me quedan de la Rusia oficial de febrero, del Sóviet de Petrogrado, compuesto entonces por mencheviques y socialistas-revolucionarios, se perfila nítidamente, aún hoy como si fuera ayer, la fisonomía de un delegado socialista-revolucionario. Quién era, de dónde venía, no lo sabía y sigo sin saberlo. Sin duda, de provincia. Tenía el aspecto de un joven maestro de escuela, de origen eclesiástico: debía de haber sido un buen seminarista. Nariz chata, casi sin bigote, rostro simplón, con pómulos marcados, con gafas. Fue en la sesión en la que los ministros socialistas se presentaron por primera vez ante el sóviet. Chernov, con un discurso prolijo, difuso, sentimental, coqueto y nauseabundo, explicaba por qué él y los demás habían entrado en ese gobierno y cuáles serían las felices consecuencias de esa decisión. Recuerdo una frase aburrida que el orador repitió decenas de veces:

—Ustedes nos han *empujado* al gobierno, les toca a ustedes ponernos *en evidencia*.

El seminarista contemplaba al orador con una llama de adoración concentrada en los ojos. Así debe sentirse y así debe mirar el fiel peregrino que tiene la felicidad de visitar un famoso santuario y el honor de escuchar el sermón de un santo *starets*¹⁶.

El discurso fluía interminablemente; por momentos, entre el público cansado se levantaba un ligero murmullo. Pero, en mi seminarista, las fuentes de la veneración y el entusiasmo parecían inagotables.

-¡Así debe de ser nuestra revolución, o más bien *la de ellos!*, me decía a mí mismo en aquella sesión del sóviet de 1917, la primera a la que asistía.

Al final del discurso de Chernov, se desató una tormenta de aplausos. Solo en un pequeño rincón, unos pocos bolcheviques intercambiaban entre ellos expresiones de descontento. Este grupo se desmarcó del resto cuando apoyó unánimemente la crítica que hice al ministerialismo de defensa nacional de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios. El piadoso seminarista estaba asustado, alarmado en grado sumo. No se indignaba: en aquella época, aún no se atrevía a sentir indignación contra un emigrado que acababa de regresar al país. Pero no podía comprender cómo se podía alzar la voz contra un acontecimiento tan feliz y tan maravilloso en todos los aspectos como la entrada de Chernov en el Gobierno Provisional. Estaba sentado a unos pasos de mí y en su rostro, que yo consultaba como un barómetro, el espanto y el asombro luchaban con el respeto que aún no le había abandonado. Ese rostro quedó grabado para siempre en mi memoria como la figura misma de la Revolución de Febrero, en lo mejor, lo simplista, lo ingenuo y lo mediocre que tuvo, en su componente de pequeña burguesía y de seminario; pues esa revolución tenía otro aspecto, mucho más feo: el de Dan y Chernov.

No fue en vano ni por casualidad que Chernov se convirtiera en presidente de la Asamblea Constituyente. Había sido elevado a esa altura por la Rusia de febrero, perezosamente revolucionaria, que aún se parecía a Oblómov¹⁷ y que era, por un lado, ¡oh, tan cándida! Y, por otro lado, ¡ah, tan pícaro!... Medio despierto, el mujik levantaba y empujaba hacia lo alto a los Chernov, por medio de seminaristas devotos. Y Chernov aceptaba ese mandato no sin gracia

¹⁶ En algunos monasterios de Rusia, “anciano” que goza de una influencia especial y al que a menudo se considera un hacedor de milagros. (Nota del T.).

¹⁷ Personaje famoso de una novela de Gontchárov; arquetipo del indolente y soñador en la antigua sociedad rusa. (Nota del T.)

“rusa” y tampoco sin picardía igualmente “rusa”. Porque Chernov (y a eso es a lo que quiero llegar) es también, a su manera, un tipo nacional. Digo “también” porque, hace cuatro años, tuve ocasión de hablar del carácter “nacional” de Lenin. La yuxtaposición, o al menos la aproximación indirecta, de estas dos figuras puede parecer inapropiada. Y, de hecho, sería grosera, indecente, si se tratara de las personalidades. Pero aquí hablo de los “elementos” nacionales, tal y como se han encarnado y reflejado.

Chernov es el epígono de la vieja tradición de los intelectuales revolucionarios; Lenin es su culminación y su prescripción completa y definitiva.

En la vieja sociedad intelectual se encontraba el noble “arrepentido”, que disertaba profusamente sobre el deber de servir al pueblo; el seminarista reverente, que desde la vivienda de su tía beata entreabría la ventana al mundo del pensamiento crítico; el mujik instruido, cuya elección vacilaba entre la socialización de la tierra y la parcelación según las fórmulas de Stolypin; el obrero aislado que se había codeado con los señores estudiantes, se había distanciado de los suyos y no había podido vincularse a los demás.

De todo ello hay algo en el género de Chernov, de voz melosa, de carácter y espíritu informes, intermedios, en constante transición. Del viejo idealismo intelectual de la época de Sofía Perovskaya, casi no ha quedado nada en el mundo de Chernov. En cambio, se ha añadido algo de la nueva Rusia industrial y mercantil, sobre todo algo de lo que expresa el dicho de los comerciantes: “Quien no miente, no vende”.

Herzen fue en su época un fenómeno maravilloso e inmenso en el desarrollo de la opinión pública rusa. Pero dejemos que Herzen se asiente durante medio siglo; eliminemos de él los colores brillantes del talento; supongamos que se ha convertido en su propio epígono; situémoslo ante el telón de fondo de 1905-1917: y tendremos lo esencial del mundo de Chernov.

En cuanto a Chernyshevsky, no se deja descomponer tan fácilmente, pero hay en Chernov un elemento de caricatura de Chernyshevsky.

El vínculo de nuestro “socialista-revolucionario” con Mijáilovsky parece mucho más inmediato, pues en este último ya predominaban la supervivencia y el epigonismo.

Bajo el chernovismo, como bajo toda la superficie de nuestro desarrollo, aparece el elemento campesino, pero en su interferencia con la semintelectualidad de las ciudades y los pueblos, de la pequeña burguesía poco avanzada o bien de la intelectualidad demasiado avanzada y ya fuertemente viciada.

El auge extremo del chernovismo fue necesariamente efímero. En febrero se produjo una primera sacudida: el soldado, el obrero y el mujik se despiertan; poco a poco, el movimiento pasa a los voluntarios del ejército, a los seminaristas, a los estudiantes, a los abogados; se hace sentir en las comisiones mixtas y en todo tipo de instituciones que se inventan entonces; eleva por fin a los Chernov e a las alturas democráticas, mientras que... en los bajos fondos se produce un desplazamiento: y las alturas democráticas quedan suspendidas en el aire.

He aquí por qué todo el espíritu del mundo de Chernov (entre febrero y octubre) se resume en este conjuro: “¡Detente, momento: eres demasiado bello!”.

Pero el momento no se detenía. El soldado “se enloquecía”, el mujik se detenía, resistía, y el propio seminarista comenzaba a perder los piadosos sentimientos que febrero le había inspirado; a raíz de lo cual, los Chernov, con los faldones al viento, descendían, resbalaban sin gracia alguna desde esas alturas imaginarias hacia los charcos de barro de la realidad verdadera.

También hay un trasfondo campesino en la base del leninismo, en la medida en que existe bajo el proletariado ruso y bajo toda nuestra historia. Por suerte, en nuestra historia no hay solo pasividad o espíritu de Oblómov; también hay movimiento. En el propio campesino no hay solo prejuicios; también hay juicio.

Todo lo que es actividad, valor, odio a la inercia y a la opresión, desprecio por los caracteres débiles, en una palabra, todos los elementos que determinan el movimiento, que se han formado

y acumulado en los cambios de las capas sociales, en la dinámica de la lucha de clases, todo eso ha encontrado su expresión en el bolchevismo.

El trasfondo campesino se refracta a través del proletariado, a través de la fuerza dinámica de nuestra historia, y no solo de la nuestra: Lenin da su expresión plena a esta refracción. Precisamente en este sentido, Lenin es la expresión intelectual y capital del elemento nacional, mientras que el chernovismo refleja el mismo trasfondo nacional, pero no desde el lado de la cabeza, ni mucho menos.

El episodio tragicómico del 5 de enero de 1918 (disolución de la Asamblea Constituyente) fue el último choque que se produjo entre los principios del leninismo y el chernovismo. Pero allí solo se trató realmente de un “principio”; pues, en la práctica, no hubo ningún choque; lo que ocurrió fue una pequeña y lamentable manifestación de la retaguardia de la “democracia” que bajaba del escenario, armada con sus velas y sus bocadillos. Todas las ficciones se desinflaron, los decorados baratos se derrumbaron, la enfática fuerza moral se manifestó como una tonta impotencia. *¡Se acabó! ¡Finis!*

V El trabajo del gobierno

Se ha conquistado el poder en San Petersburgo. Hay que formar un gobierno.

-¿Cómo llamarlo? -piensa Lenin en voz alta-. ¡Sobre todo, nada de ministros! El título es abyecto, se ha arrastrado por todas partes.

-Podríamos poner: comisarios -dije entonces-; pero ahora hay demasiados comisarios... Quizá “altos comisarios”... No, “alto comisario” suena mal. ¿Y si dijéramos “comisarios del pueblo”?

-¿Comisarios del pueblo? Bueno, me parece que podría valer. ¿Y el gobierno, en su conjunto?

-¿Consejo de Comisarios del Pueblo?

-Consejo de Comisarios del Pueblo -repetió Lenin-, ¡pero si es perfecto!: huele a revolución. De esta última frase la recuerdo con precisión literal¹⁸.

Entre bastidores continuaban las penosas negociaciones con el Vikjel (Comité Ejecutivo Panruso de Ferroviarios), con los socialistas revolucionarios de izquierda y con otros. Sobre este tema, sin embargo, poco puedo decir. Solo recuerdo la vehemente indignación que provocaron en Lenin las insolentes pretensiones del Comité Panruso de Ferroviarios y su no menor indignación hacia aquellos de nosotros a quienes esas exigencias imponían. Sin embargo, continuábamos las negociaciones, ya que aún había que contar con ese comité durante algún tiempo.

Por iniciativa del camarada Kámenev, se derogó la ley promulgada por Kerensky, que instituía la pena de muerte para los soldados. No recuerdo exactamente ante qué institución hizo Kámenev esta propuesta; probablemente fue ante el Comité Militar Revolucionario y, al parecer, ya en la mañana del 25 de octubre. Recuerdo que fue en mi presencia y que no puse ninguna objeción. Lenin estaba ausente. Sin duda, esto ocurrió antes de su llegada a Smolny. Cuando tuvo conocimiento de este primer acto legislativo, su indignación no tuvo límites.

-Tonterías, tonterías -repetía-. ¿Acaso se cree que se puede hacer una revolución sin fusilar? ¿De verdad pensáis acabar con todos los enemigos desarmándoos? ¿Qué otras medidas represivas nos quedan? ¿El encarcelamiento? ¿Quién se dejará intimidar por eso durante una guerra civil, cuando cada uno de los adversarios tiene la esperanza de vencer?

¹⁸ El camarada Miliutin contó este episodio de forma un poco diferente; pero mi versión me parece más acertada. En cualquier caso, las palabras de Lenin: “Esto huele a revolución” se pronunciaron cuando propuse llamar al gobierno Consejo de Comisarios del Pueblo.

Kámenev intentaba demostrar que solo se trataba de abolir la pena de muerte, con la que Kerensky quería castigar sobre todo a los soldados desertores. Pero Lenin se mostró inflexible. Para él era evidente que ese decreto ponía de manifiesto una actitud insuficientemente meditada ante las inmensas dificultades que se nos avecinaban.

-Es un error -repetía-, es una debilidad inadmisibles, una ilusión pacifista, etc.

Propuso revocar inmediatamente ese decreto. Se le objetó la impresión extremadamente nefasta que ese gesto provocaría. Alguien dijo:

-Es mejor recurrir a las ejecuciones cuando resulte evidente que no hay otra salida.

Finalmente, se admitió esta solución.

En los primeros días que siguieron a la revolución, los periódicos burgueses, socialrevolucionarios y mencheviques formaban un coro bastante bien afinado: un coro de lobos, chacales y perros rabiosos. Solo el *Novoye Vremya* se esforzaba en adoptar el tono de la "lealtad" y adoptaba una actitud de perro azotado.

-¿No vamos a amordazar a toda esta chusma?, preguntaba constantemente Vladimir Ilich. ¡Dios me perdone, pero esto es lo que se llama dictadura!

Los periódicos se habían apoderado de las palabras: "Roba al ladrón", y las explotaban de todas las formas posibles: en artículos de fondo, en crónicas, en verso.

-Se aferran a lo de "roba al ladrón", dijo un día Lenin con una desesperación cómica.

-Pero ¿de quién son esas palabras? -pregunté-. ¿Será una invención?

-¡No! De hecho, lo dije un día -respondió Lenin-; lo dije para olvidarlo enseguida; pero ellos han hecho de ello todo un programa.

Y, como buen humorista, hizo un gesto de desánimo.

Todos los que tienen la más mínima idea de quién era Lenin saben que una de sus mayores capacidades era la de distinguir siempre el fondo de la forma. Pero no está de más subrayar cuánto valoraba la forma, conociendo el poder que ejerce lo formal sobre las mentes y, por ello mismo, transformando lo material en sustancial. Desde el momento en que fue destituido el Gobierno Provisional, Lenin actuó sistemáticamente, tanto en los asuntos grandes como en los pequeños, en nombre del gobierno. Aún no contábamos con ningún mecanismo gubernamental; no existía comunicación con la provincia; los funcionarios saboteaban; el Comité Panruso de Ferroviarios obstaculizaba nuestras comunicaciones telegráficas con Moscú; no había dinero y no había ejército. Pero Lenin, en todas partes y en todo momento, procedía mediante resoluciones, decretos y órdenes dictadas en nombre del gobierno. Huelga decir que él era el último en inclinarse supersticiosamente ante fórmulas mágicas. Era demasiado consciente de que nuestra fuerza residía en el nuevo aparato estatal que se estaba formando desde abajo, en los barrios de Petrogrado. Pero para llevar a cabo al mismo tiempo el trabajo de arriba (el que procedía de las cancillerías abandonadas o saboteadas) y el trabajo de abajo, se necesitaba ese tono de obstinación en las formas, ese tono de un gobierno que aún hoy se agita en el vacío, pero que, mañana o pasado mañana, se convertirá en una fuerza y que, por consiguiente, se manifiesta ya hoy como la fuerza que debe ser. Ese formalismo era igualmente necesario para disciplinar a nuestra propia cofradía. Por encima de la tormenta de los elementos, por encima de las improvisaciones revolucionarias de los grupos proletarios más avanzados, el mecanismo gubernamental tendía poco a poco sus hilos.

El despacho de Lenin y el mío se encontraban en los dos extremos opuestos del Instituto Smolny. El pasillo que nos unía, o más bien que nos separaba, era tan largo que Vladimir Ilich, en broma, propuso establecer la comunicación mediante ciclistas. Nos comunicábamos por teléfono: con frecuencia acudían a mi despacho marineros que me traían esas notables notitas de Lenin, dos o tres frases contundentes escritas en un trocito de papel, cada una con sangría, las palabras más importantes subrayadas con dos o tres trazos de pluma, y todo ello rematado por una pregunta también con sangría. Varias veces al día recorría el interminable pasillo, que parecía un hormiguero, para acudir al despacho de Vladimir Ilich, a las conferencias. Las

cuestiones relativas a la lucha revolucionaria ocupaban el centro de las preocupaciones. En lo que respecta al Ministerio de Asuntos Exteriores, me encomendé por completo a los camaradas Markin y Zalkind. Por mi parte, me limité a redactar algunas notas con fines de agitación y a recibir a un pequeño número de personas.

La ofensiva alemana nos planteó las tareas más difíciles, cuando no teníamos ningún medio para resolver los problemas, ni siquiera la capacidad elemental para encontrar esos medios o crearlos. Comenzamos con un llamamiento. Redacté un borrador titulado: “La patria socialista en peligro”¹⁹, borrador que se debatió conjuntamente con los socialistas revolucionarios de izquierda. A estos, en su calidad de nuevos adeptos al internacionalismo, les resultaba incómodo el título. Lenin, por el contrario, lo aprobó con entusiasmo:

-Esto muestra de un plumazo nuestro cambio de actitud de 180 grados con respecto a la defensa nacional. Es precisamente lo que hace falta.

En uno de los últimos párrafos del proyecto se hablaba del exterminio in situ de cualquiera que se atreviera a ayudar al enemigo. El socialista-revolucionario de izquierda Steinberg, a quien no sé qué viento caprichoso había arrojado a la revolución e incluso empujado hasta el Consejo de Comisarios del Pueblo, se rebeló contra esta feroz amenaza que, según él, perjudicaba la “elocuencia” del llamamiento.

-¡Al contrario!, exclamó Lenin, ¡precisamente ahí reside la verdadera elocuencia revolucionaria! (Y al pronunciar la palabra “elocuencia”, la acentuaba con ironía.) ¿Se imaginan que saldremos victoriosos de la lucha sin el terror revolucionario más despiadado?

Era la época en que Lenin aprovechaba cualquier ocasión para inculcar la idea del terror inevitable. Todas las manifestaciones de “bonachonía”, de candor cordial, de blandura (y de todo eso había de sobra) le indignaban, aunque no por sí mismas, a decir verdad. Pero le demostraban que la propia élite de la clase obrera no veía claramente los formidables problemas que debían resolverse con actos de energía igualmente formidables.

-Están amenazados -decía refiriéndose a nuestros enemigos- con perderlo todo. Y, sin embargo, cuentan con cientos de miles de hombres que han pasado por la escuela de la guerra, que están hartos, son temerarios, están dispuestos a todo: oficiales, junkers, hijos de burgueses y terratenientes, policías, campesinos especuladores. Y esos “revolucionarios” (perdón por la expresión) se imaginan que podremos hacer la revolución como gente buena, con amabilidad. ¿A qué escuela han ido? ¿Y qué entienden por dictadura? ¿Y qué es esa dictadura de memos?

Se podían escuchar esas diatribas diez veces al día, y siempre iban dirigidas a alguno de los hombres presentes, sospechoso de “pacifismo”. Lenin, cuando se hablaba delante de él de revolución o de dictadura, sobre todo en las sesiones del Consejo de Comisarios del Pueblo, o ante socialistas revolucionarios de izquierda, o comunistas vacilantes, nunca perdía ocasión de exclamar:

-Pero, ¿dónde veis nuestra dictadura? ¡Mostrádmela! ¿Eso es una dictadura? ¡Pero si son gachas para gatos!

Le gustaba mucho esa expresión de “gachas”, que significa desperdicio.

-Si no somos capaces de fusilar a un saboteador de la Guardia Blanca, ¿dónde la ven ustedes, a esa gran revolución? ¡Lean lo que esos granujas de burgueses escriben en sus periódicos! ¿Dónde está la dictadura ahí? Yo solo veo palabrería y gachas...

Esas palabras expresaban el verdadero estado de ánimo de Lenin, pero, al mismo tiempo, estaban profundamente calculadas: de acuerdo con su método, Lenin inculcaba en las mentes la conciencia de la necesidad de medidas excepcionalmente rigurosas para la salvación de la revolución.

La impotencia del nuevo aparato gubernamental se puso de manifiesto en el momento en que los alemanes lanzaron su ofensiva.

¹⁹ “La patria socialista en peligro”, en nuestra serie [Trotsky en internet y en castellano \(Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas\)](#).

-Ayer todavía estábamos firmemente en la silla -decía Lenin en privado-, pero hoy nos aferramos a la crin de la bestia. ¡Eso nos enseñará! Esta lección debe poner fin a la maldita indolencia de los auténticos Oblómov que somos. ¡Pon orden en tus asuntos, dedícate como es debido a tu trabajo si no quieres seguir siendo un esclavo! Será para nosotros una gran lección, si... si tan solo los alemanes y los blancos no logran desmontarnos.

-Oye -me preguntó un día Vladimir Ilich sin rodeos-, si los guardias blancos nos matan a ti y a mí, ¿crees que Bujarin y Sverdlov podrán salir airoso?

-¡Bah! Quizá no nos maten -respondí en tono de broma.

-¡Caramba! Nunca se sabe -dijo Lenin, y se echó a reír. La conversación quedó ahí.

En una de las salas del Smolny, el estado mayor celebraba una sesión. De todas las instituciones, era la menos ordenada. Nunca se podía entender de quién procedían las decisiones, quién tenía el mando y sobre qué. Fue entonces cuando se planteó por primera vez, a grandes rasgos, la cuestión de los especialistas militares. Ya teníamos, en este punto, cierta experiencia, adquirida en la lucha contra el general Krasnov²⁰; entonces habíamos confiado el mando de nuestras fuerzas al coronel Muraviev²¹, quien, a su vez, encargó al coronel Walden la dirección de las operaciones en Pulkovo. Muraviev había estado constantemente acompañado por cuatro marineros y un soldado que tenían instrucciones de vigilar y mantener siempre la mano en la culata del revólver. Tal fue el embrión del sistema de comisarios del ejército. Esta experiencia tuvo su relativa utilidad cuando se creó el Consejo Superior del Ejército.

-Sin militares serios y experimentados, nunca saldremos de este caos -le decía a Vladimir Ilich después de cada una de nuestras visitas al estado mayor.

-Parece que tiene razón. Pero ¿y si nos traicionaran?

-Pondremos un comisario junto a cada uno.

-Mejor aún, pondremos a dos -exclamó Lenin-, y que tengan mano dura. No puede ser que nos falten comunistas que sean hombres de mano dura.

Así fue como se instituyó el Consejo Superior del Ejército.²²

La cuestión del traslado del gobierno a Moscú provocó muchas fricciones. Se decía que eso era abandonar Petrogrado, que había sentado las bases de la revolución de octubre. Los obreros no lo entenderían. ¡Smolny ya se había convertido en sinónimo del poder de los sóviets, y ahora se proponía liquidar el Smolny! Y se decían muchas otras cosas. Lenin se enfurecía literalmente al replicar a estas consideraciones:

-¡¿Se puede con semejantes tonterías sentimentales oscurecer la cuestión del destino de la revolución?! Si, de un salto, los alemanes se apoderan de Petrogrado y nos pillan allí, la revolución está perdida. Si, por el contrario, el gobierno se encuentra en Moscú, la caída de Petrogrado no será más que un golpe doloroso, pero no decisivo. ¿Cómo no lo ven? ¿Cómo no lo comprenden? Y hay más: en las condiciones actuales, en Petrogrado, si permanecemos en ella aumentamos el peligro, parece que estamos invitando a los alemanes a apoderarse de la capital. Pero si el gobierno se encuentra en Moscú, la tentación de tomar Petrogrado debe disminuir mucho: ¿qué gran interés tiene ocupar una ciudad revolucionaria hambrienta, si esa ocupación no decide el destino de la revolución y de la paz? ¿Qué tonterías nos cuentan sobre el significado simbólico de Smolny? Smolny es Smolny porque estamos allí. Y cuando estemos en el Kremlin, todo su simbolismo pasará con nosotros al Kremlin.

²⁰ El general cosaco Krasnov, monárquico, marchó sobre Petrogrado con Kerensky el 26 de octubre. Derrotado y hecho prisionero bajo palabra, se escapó y participó activamente en la guerra civil en la región del Don. (Nota del T.)

²¹ El coronel Muraviev, simpatizante del Partido Socialista-Revolucionario, dirigió las primeras operaciones de la Guardia Roja. Ante la contrarrevolución socialista-revolucionaria en los Urales, intentó pasarse al enemigo; pero, al ser descubierto, se pegó un tiro en la cabeza en 1918. (Nota del T.)

²² Sobre la construcción del Ejército Rojo, es indispensable la voluminosa obra de Trotsky: *Escritos militares. Cómo se armó la revolución*. (En tres volúmenes), en estas mismas OELT-EIS.

Finalmente, la oposición fue derrotada. El gobierno se trasladó a Moscú. Yo permanecí algún tiempo más en Petrogrado, en calidad, creo, de presidente del Comité Militar Revolucionario de la capital. A mi llegada a Moscú, encontré a Vladimir Ilich en el Kremlin, en el edificio conocido como el “cuerpo de caballería”. No había menos “confusión”, es decir, desorden y caos, aquí que en Smolny. Vladimir Ilich reprendía con bonhomía a los moscovitas, tan imbuidos del espíritu provinciano, y, poco a poco, paso a paso, tomaba las riendas.

El gobierno, que se renovaba parcialmente con bastante frecuencia, desplegaba entonces una actividad febril en la publicación de sus decretos. Cada sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo, en ese primer período, ofrecía el espectáculo de una gran improvisación legislativa. Había que empezar todo desde cero, construirlo todo desde la nada. Era imposible encontrar “precedentes”; la historia no disponía de ninguno. Incluso resultaba difícil buscar simples informaciones, por falta de tiempo. Las cuestiones se planteaban únicamente según el orden de la urgencia revolucionaria, es decir, según el orden del caos más inverosímil. Los problemas más grandes se entremezclaban de manera fantástica con los más pequeños. Cuestiones prácticas de segundo orden conducían a complejas cuestiones de principio. Los decretos no se concordaban entre sí, ni mucho menos, y Lenin ironizó más de una vez, incluso en público, sobre la falta de coordinación de nuestra labor legislativa. Pero, al fin y al cabo, estas contradicciones, aunque muy graves desde el punto de vista de las necesidades prácticas del momento, se diluían en el trabajo del pensamiento revolucionario que, al sentar las bases de la ley, trazaba nuevos caminos hacia un mundo nuevo de relaciones humanas.²³

Huelga decir que la dirección de todo este trabajo correspondía a Lenin. Presidía incansablemente, durante cinco o seis horas seguidas, el Consejo de Comisarios del Pueblo (cuyas sesiones fueron, en el primer período, diarias), pasando de un tema a otro, dirigiendo los debates, limitando estrictamente el tiempo de intervención, que controlaba con un reloj de bolsillo, sustituido más tarde por un cronómetro presidencial.

Por regla general, las cuestiones se planteaban sin un examen previo y, como ya hemos dicho, siempre eran de máxima urgencia. Muy a menudo, ni los miembros del consejo ni el presidente conocían el fondo de la cuestión hasta el momento en que se iniciaban los debates, que siempre eran muy breves, ya que el ponente solo disponía de cinco o diez minutos. No obstante, el presidente iba descubriendo, a tientas, la línea a seguir. Cuando la asistencia era numerosa y había muchos técnicos o caras desconocidas, Vladimir Ilich recurría a su gesto favorito: con la mano derecha en forma de visera sobre la frente, observaba al ponente y a la asistencia a través de los dedos; y observaba con una mirada penetrante y sagaz, descubriendo pronto lo que necesitaba.

En una estrecha tira de papel, con una letra minúscula (¡ahorro!), anotaba los nombres de los oradores, sin perder de vista su reloj, que, de vez en cuando, aparecía sobre la mesa para recordar al orador que era hora de terminar.

Y al mismo tiempo, el presidente anotaba rápidamente en el papel conclusiones y resoluciones basadas en los argumentos que le habían parecido más significativos del debate.

Además, por lo general, Lenin, para ahorrar tiempo, enviaba a tal o cual miembro de la reunión breves notas solicitando información. Esas notas deberían haber constituido una amplia y muy interesante documentación epistolar sobre la técnica de la legislación soviética. Lamentablemente, la mayoría se han perdido, ya que la respuesta solía escribirse en el reverso del papel y todo era, de inmediato, meticulosamente destruido por el presidente.

En un momento dado, Lenin daba lectura a su proyecto de resolución, siempre redactado en un estilo de una rigidez premeditada, de una angulosidad pedagógica (para subrayar, resaltar, evitar la confusión de los hechos); tras lo cual, los debates cesaban o se encaminaban hacia

²³ Nuestra serie [La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 \(decretos revolucionarios et alii\)](#).

propuestas prácticas y aclaraciones. El proyecto de Lenin se convertía siempre en la base del decreto.

Para dirigir este trabajo se requería, además de muchas otras cualidades indispensables, una inmensa imaginación creativa.

Esta palabra puede parecer a primera vista inadecuada, pero expresa la verdad misma. La imaginación puede ser de diversa índole: es tan necesaria para el ingeniero constructor como para el novelista desenfrenado. Uno de los aspectos más valiosos de la imaginación reside en la facultad de representarse a las personas, las cosas y los fenómenos tal y como son en la realidad, aun cuando nunca se les haya visto. Combinar observaciones, datos dispersos, captados al vuelo, utilizando toda la experiencia que se tiene de la vida y los principios teóricos; combinar observaciones, datos dispersos, captados al vuelo; elaborarlos, unirlos en un todo, completarlos según ciertas leyes de correspondencia aún no formuladas y reconstruir así, en toda su realidad concreta, un ámbito determinado de la existencia humana: esa es la imaginación que necesita el legislador, el administrador, el líder, sobre todo en una época de revolución. La fuerza de Lenin era, en gran medida, la de la imaginación realista.

La tensión perpetua de Lenin hacia el objetivo era siempre concreta; de lo contrario, por otra parte, no habría sido la expresión de una voluntad claramente definida y dirigida. El propio Lenin, al parecer, expresó por primera vez en *Iskra* esta idea de que, en la complejidad de la concatenación de los actos políticos, hay que saber discernir, en un momento dado, el eslabón central para agarrarlo e imprimir la dirección deseada al movimiento de toda la cadena.

Más tarde, Lenin volvió más de una vez sobre esta idea, y muy a menudo empleó la imagen de la cadena y el eslabón.

Este método pasó en él, por así decirlo, de la esfera de lo consciente a la del subconsciente, convirtiéndose en cierto modo en una segunda naturaleza.

En los momentos más críticos, cuando se trataba de un giro táctico más o menos arriesgado y en el que la responsabilidad estaba especialmente en juego, Lenin parecía descartar, barrer todo lo que era accesorio, secundario, todo lo que podía aplazarse.

Esto no significa que se contentara con captar un problema central, en sus rasgos esenciales, desinteresándose de los detalles.

Al contrario, cuando consideraba una tarea urgente, planteaba el problema en toda su realidad concreta, abordándolo desde diversos ángulos, meditando sobre los detalles (y a veces sobre detalles de tercer orden), buscando la ocasión de dar nuevos impulsos, refrescando la memoria, provocando la acción, subrayando y verificando los valores, ejerciendo una presión continua. Pero todo ello estaba subordinado a la importancia del “eslabón” que consideraba el elemento más eficaz, el único decisivo en un momento dado.

Al hacerlo, no solo rechazaba todo lo que, directa o indirectamente, contradecía la tarea central; también descartaba lo que simplemente podía distraer la atención o debilitar la energía. En los momentos más críticos, se volvía como sordo y mudo ante todo lo que traspasaba los límites del problema en el que estaba absorto. El mero hecho de plantear en ese momento preguntas que pudieran parecer indiferentes o neutras le daba la sensación de un peligro del que se apartaba por instinto.

Una vez superada afortunadamente la etapa crítica, Lenin solía exclamar, refiriéndose a tal o cual asunto:

-Pero nos hemos olvidado por completo de hacer esto...

-Pero hemos dejado escapar tal oportunidad, al pensar solo en las principales...

Y a veces le respondían:

-Pero esa cuestión se planteó, esa propuesta se hizo; ¡solo que usted no quiso escuchar nada!

-¿Es posible? -respondía él-, no lo recuerdo en absoluto.

Al hablar así, estallaba en una risa pícaro, un poco “avergonzada”, y hacía un gesto con la mano, de arriba abajo, que le era propio y que significaba: “No se puede hacer todo”. Este

“defecto” suyo no era, por otra parte, más que la otra cara de su capacidad (llevada al más alto grado) para reunir todas sus fuerzas interiores, capacidad que precisamente lo convirtió en uno de los más grandes revolucionarios conocidos de la historia.

En las tesis de Lenin sobre la paz, redactadas a principios de enero de 1918, se habla de la necesidad “para el éxito del socialismo en Rusia de un cierto intervalo de tiempo, *de unos meses al menos*”²⁴.

Estas palabras parecen hoy completamente incomprensibles: ¿no es un lapsus, no se trata en realidad de unos años o de unas décadas?

No, no es un error de pluma. Probablemente se puedan encontrar muchas otras declaraciones análogas de Lenin. Recuerdo muy bien que, en el primer período, en Smolny, Lenin repetía invariablemente, en las sesiones del Consejo de Comisarios del Pueblo, que en seis meses se instauraría el socialismo y que nos convertiríamos en uno de los estados más poderosos. Los socialistas revolucionarios de izquierda, y no solo ellos, levantaban la cabeza con aire sorprendido e interrogativo, se miraban entre sí, pero guardaban silencio. Así aplicaba Lenin su sistema de persuasión. Acostumbraba a todos sus colaboradores a considerar de ahora en adelante todas las cuestiones desde el punto de vista de la construcción socialista, no desde la perspectiva del “objetivo final”, sino desde la del objetivo inmediato, de las tareas de hoy y de mañana.

Y recurría, en esa brusca transición, a su método tan particular, tan singular, que consistía en doblar la caña primero en un sentido y luego en el otro: ayer se había dicho que el socialismo era “el objetivo final”; hoy había que pensar, hablar y actuar de manera que se asegurara el triunfo del socialismo en unos meses.

¿Era esto solo un procedimiento pedagógico? No, no únicamente. A la perseverancia pedagógica de Lenin hay que añadir su poderoso idealismo, su voluntad concentrada que, en el brusco giro de dos épocas, acertaba las etapas y reducía los plazos.

Creía en lo que decía.

Y ese fantástico plazo de seis meses asignado al socialismo era tan propio del espíritu de Lenin como de su forma realista de abordar cada problema de la actualidad. Una profunda e inquebrantable confianza en las poderosas posibilidades del desarrollo humano, por las que se puede y se debe pagar con cualquier sacrificio y cualquier sufrimiento, fue siempre el motor principal del espíritu del líder.

En las condiciones más penosas, en el transcurso de los trabajos cotidianos más agotadores, en medio de las dificultades de abastecimiento y de todas las demás tareas, en el ojo del huracán de la guerra civil, Lenin trabajaba con esmerada dedicación en la elaboración de la Constitución soviética, tratando de encontrar un equilibrio entre las necesidades prácticas de segundo o tercer orden, en el mecanismo del estado, y las tareas esenciales, marcadas por los principios de la dictadura proletaria en un país campesino.

La Comisión Constitucional decidió, no se sabe por qué, revisar la “Declaración de los Derechos de los Trabajadores” elaborada por Lenin, con el fin de “armonizarla” con el texto de la constitución. Cuando llegué a Moscú desde el frente, recibí de la comisión, entre otros documentos, el proyecto de la “Declaración” revisada, o, al menos, algunas partes de dicho proyecto.

Tomé conocimiento de los materiales en el despacho de Lenin, ante él y en presencia de Sverdlov. En aquel momento se estaba preparando el V Congreso de los Sóviets.

-Por cierto, ¿por qué se revisa esta “Declaración”? -le pregunté a Sverdlov, que dirigía los trabajos de la Comisión Constitucional.

Vladimir Ilich, interesado, levantó la cabeza.

²⁴ V. I. Lenin, *Obras completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 118 y siguientes, la cita de la tesis 5, página 119; *Obras completas* hospedadas en la [sección en español del MIA](#).

-Bueno, la cuestión es que la comisión ha considerado que la “Declaración” no se ajusta en todos los puntos a la Constitución y que algunas formulaciones carecen de precisión -respondió Iakov Mijáilovich.

-En mi opinión, se ha equivocado -repliqué-. La “Declaración” había sido aprobada, se ha convertido en un documento histórico; ¿por qué se quiere revisarla?

-Es totalmente cierto -prosiguió Vladimir Ilich-, y mi opinión es que nos equivocamos al meternos en esto. Que ese bebé despeinado y manchado viva tal y como es; haga lo que haga uno es el hijo de la revolución... Dudo que le vaya a ir mejor pasando por las manos de un peluquero.

Sverdlov intentó al principio, “por deber”, defender la decisión de su comisión; pero pronto se puso de acuerdo con nosotros. Comprendí que Vladimir Ilich, que se había visto obligado más de una vez a combatir tal o cual propuesta de la comisión, no había querido entablar la lucha en torno al texto de la “Declaración de Derechos”, de la que era autor. Pero estaba encantado con el apoyo de un tercero que intervino en el último momento. Los tres acordamos no modificar la “Declaración”, y el maravilloso bebé, con su melena revuelta, se libró de los cuidados del peluquero...

El estudio de la legislación soviética en su desarrollo, de las principales etapas que la marcan, de los giros que ha dado con la propia revolución, así como de las relaciones entre clases que en ella se expresan, es una tarea de la mayor importancia, pues las deducciones que se imponen pueden y deben tener un valor de enseñanza práctica de primer orden para el proletariado de otros países.

La recopilación de los decretos soviéticos constituye, en cierto sentido, una parte (y no de las menos importantes) de las obras completas de Lenin.

VI Los checoslovacos y los socialistas revolucionarios de izquierda

La primavera de 1918 fue muy penosa. Por momentos, parecía que todo se desmoronaba, se deslizaba, se desintegraba; no sabíamos a qué aferrarnos, en qué apoyarnos. Por un lado, era absolutamente evidente que el país habría caído en una lenta y prolongada descomposición si no hubiera tenido lugar la revolución de octubre. Pero, por otro lado, en la primavera de 1918, uno llegaba involuntariamente a preguntarse si este país agotado, arruinado, desesperado tendría suficiente savia vital para sostener el nuevo régimen. No había provisiones. No había ejército. El aparato gubernamental apenas comenzaba a constituirse. Por todas partes supuraban, como úlceras, las conspiraciones. El cuerpo de checoslovacos se mantenía en nuestro territorio como una potencia independiente del estado. No podíamos oponerle nada, o casi nada.

Durante una de esas terribles horas de 1918, Vladimir Ilich me dijo una vez:

-Hoy he recibido a una delegación de obreros. Y he aquí que uno de ellos, ante una de mis palabras²⁵, me responde: “Se ve bien que usted también, camarada Lenin, se pone del lado de los capitalistas...” Sabe usted, era la primera vez que me interpelaban así. Lo confieso, me quedé tan desconcertado que al principio no supe qué responder. Si ese obrero no tenía malas intenciones, si no era un menchevique, se trata de un síntoma muy alarmante.

Al contarme este incidente, Lenin me pareció más afligido, más atormentado de lo que lo estuvo más tarde, cuando recibimos de nuestros frentes de guerra la siniestra noticia de la caída de Kazán o la del peligro inminente de Petrogrado. Y es comprensible: Kazán e incluso Petrogrado, una vez perdidas, podían reconquistarse; mientras que la confianza de la clase obrera constituye el capital mismo del partido.

²⁵ Lamento mucho no recordar por qué motivo había venido esta delegación.

-Tengo la impresión -le dije entonces a Vladimir Ilich- de que el país, al salir de enfermedades muy graves, necesita una alimentación más abundante y sustanciosa, calma y cuidados constantes para salir de la convalecencia y recuperar la salud; bastaría un pequeño golpe para derribarlo por completo.

-Esa es también mi impresión -respondió Vladimir Ilich-. ¡Una anemia espantosa! En este momento, el más mínimo golpe es peligroso.

Sin embargo, la historia de los checoslovacos amenazaba con ser precisamente ese golpe fatal. El cuerpo de los checoslovacos formaba como un tumor en la carne blanda de Rusia, en nuestras provincias del sudeste; no se le oponía resistencia alguna; al contrario, se engrosaba con socialistas-revolucionarios y políticos aún más peligrosos, todos del partido blanco.

Es cierto que, en todas partes, los bolcheviques estaban en el poder; pero la inconsistencia mórbida de la provincia seguía siendo muy grande. Y eso no tiene nada de sorprendente. La revolución de octubre solo se había producido realmente en Petrogrado y Moscú. En la mayoría de las ciudades de provincia, octubre, al igual que febrero, se había conocido por telégrafo. El ascenso de unos y el descenso de otros se producían siguiendo el modelo de lo que había sido el entorno social, y la falta de resistencia por parte de los antiguos gobernantes tenía como consecuencia la propia debilidad de la revolución.

La aparición en escena de los batallones checoslovacos modificó la situación, primero en nuestro desfavor, pero finalmente en nuestro beneficio. Los blancos encontraron una base militar, un núcleo de cristalización. En respuesta, comenzó la verdadera cristalización revolucionaria de los rojos. Se puede afirmar que, gracias a la aparición de los checoslovacos y solo gracias a ella, la región del Volga llevó a cabo por fin su revolución de octubre. Pero eso no se hizo en un día.

El 3 de julio, Vladimir Ilich me llamó por teléfono al Comisariado de Guerra.

-¿Sabe usted lo que ha pasado? -me preguntó con voz ahogada que denotaba una fuerte emoción.

-No; ¿qué ha pasado?

-Los socialistas revolucionarios de izquierda han lanzado una bomba contra Mirbach²⁶ Dicen que está gravemente herido. Venga rápido al Kremlin, hay que reunirse.

Unos instantes después, me encontraba en el despacho de Lenin. Me comunicó los hechos mientras pedía por teléfono nuevos detalles.

-¡Vaya! -exclamé, tratando de asimilar esta noticia nada habitual. No podemos quejarnos de la monotonía de la vida.

-¡Sí! -respondió Lenin con una risa inquieta-. ¡Ahí la tenemos, la contorsión de ese monstruo de la pequeña burguesía!...

Y la ironía con la que pronunciaba esas palabras reflejaba bastante bien lo que Engels había expresado al hablar del "*rabiat gewordene Kleinbürger*" (de "la rabia repentina del pequeño burgués").

Al mismo tiempo, se produjeron apresuradas conversaciones telefónicas (preguntas breves, respuestas breves) con el Comisariado de Asuntos Exteriores, la Cheka y otras instituciones. El pensamiento de Lenin trabajaba, como siempre en los momentos críticos, simultáneamente en dos planos: mientras el marxista enriquecía su experiencia histórica, juzgando con interés la última de las "contorsiones", de las "fluctuaciones" del radicalismo pequeñoburgués, el jefe de la revolución tendía incansablemente los hilos de su investigación e indicaba las primeras medidas a tomar. Se anunciaba un motín en las tropas de la Cheka.

-¡Ojalá este asunto de los socialistas revolucionarios no sea el hueso de cereza que nos haga caer!...

²⁶ Mirbach era embajador de Alemania en Moscú. (Nota del T.)

-Justo en eso estaba pensando -respondió Lenin-. ¿Acaso el destino del pequeño burgués indeciso e impulsivo no se reduce a servir de hueso de cereza que los guardias blancos nos arrojarán a los pies?... En este momento, hay que influir, cueste lo que cueste, en la redacción del informe que los alemanes envían a Berlín. El motivo de la intervención militar es más que suficiente, sobre todo si pensamos que Mirbach sin duda ha dado a conocer nuestra debilidad y ha señalado las posibles consecuencias del más mínimo enfrentamiento...

Pronto llegó Sverdlov, tal y como siempre se le veía.

-Bueno -me dijo tendiéndome la mano con aire burlón-, vamos a vernos obligados a transformar el Consejo de Comisarios en un nuevo Comité Militar Revolucionario...

Sin embargo, Lenin seguía recabando información. No recuerdo si fue entonces o un poco más tarde cuando nos enteramos de la muerte de Mirbach. Había que ir a la embajada a expresar “condolencias”. Se decidió que irían Lenin, Sverdlov y también, creo, Chicherin. Se discutió si yo debía acompañarlos. Tras un breve intercambio de opiniones, me eximieron de esa tarea.

-¿Y cómo vamos a decirlo? -comentó Vladimir Ilich, sacudiendo la cabeza-. Lo he hablado con Rádek. Tenía la intención de decir “Mitleid” (condolencias); parece que hay que decir: “Beileid”²⁷.

Se rió un poco, muy poco, muy bajo, se vistió y le dijo a Sverdlov en tono firme:

-¡Vamos!

Y su rostro se transformó, se volvió gris como la piedra. A Ilich le resultaba duro hacer esa visita a la embajada de los Hohenzollern, expresar sus condolencias con motivo de la muerte del conde Mirbach. Probablemente fue una de las emociones más duras, uno de los momentos más difíciles de toda su vida.

Es en días como esos cuando se juzga a las personas. Sverdlov estuvo verdaderamente incomparable: seguro de sí mismo, valiente, firme, ingenioso; el mejor tipo de bolchevique. Lenin terminó de descubrir y apreciar a Sverdlov precisamente en esos meses difíciles. Cuántas veces Vladimir Ilich, al llamar por teléfono a Sverdlov para pedirle que tomara tal o cual medida urgente, le oía responder: “¡Ya!”, lo que significaba que la medida ya se había tomado. A menudo bromeábamos con ello, decíamos: “Por lo que respecta a Sverdlov, sin duda ya está hecho.”

-Y, sin embargo, al principio no estábamos de acuerdo en admitirlo en el comité central -contaba Lenin un día-; ¡así de poco conocíamos a este hombre! Hubo famosas discusiones sobre este tema, pero, desde abajo, en el congreso, nos corrigieron y con toda razón²⁸.

La rebelión de los socialistas revolucionarios de izquierda nos había privado de una alianza política; pero, en definitiva, en lugar de debilitarnos, nos fortaleció. Nuestro partido se unió más estrechamente. En las instituciones, en el ejército, se comprendió mejor la importancia de las células comunistas. El gobierno siguió con mayor firmeza su camino.

El levantamiento de los checoslovacos tuvo sin duda el mismo efecto: sacó al partido del abatimiento en el que se encontraba desde la paz de Brest-Litovsk. Fue entonces el período en que se sucedieron las movilizaciones en el partido, movilizaciones dirigidas hacia el frente oriental. El primer grupo, del que aún formaban parte socialistas revolucionarios de izquierda, fue enviado por Lenin y por mí. Ya se perfilaba, aunque de forma bastante vaga al principio, la organización de las futuras secciones políticas. Sin embargo, seguíamos recibiendo malas

²⁷ Esta palabra tiene el mismo significado, con un matiz más reservado. (Nota del T.)

²⁸ A este respecto: se suele llamar constantemente a Sverdlov el primer presidente del Comité Central Ejecutivo desde octubre. Esto es inexacto. El primer presidente fue, aunque por poco tiempo, el camarada Kámenev. Sverdlov lo sustituyó, por iniciativa de Lenin, en una época en que se agravaba dentro del partido la lucha iniciada a raíz de ciertos intentos de llegar a un acuerdo con los partidos socialistas. En las notas del tomo XIV de las Obras de Lenin se dice que la sustitución de Kámenev por Sverdlov se produjo debido a la partida del primero hacia Brest-Litovsk. Esta explicación no se ajusta a los hechos. La nueva elección se debió, como se ha dicho anteriormente, al recrudecimiento de la lucha en el seno del partido. Lo recuerdo con mayor claridad aún porque el comité central me encargó que propusiera a la fracción del Comité Central Ejecutivo la elección de Sverdlov como presidente.

noticias del Volga. La traición de Muraviov y el levantamiento de los socialistas revolucionarios de izquierda habían sumido, por un tiempo, al frente oriental en un nuevo caos. El peligro se agravó de golpe. Y fue entonces cuando comenzó una transformación radical.

-Hay que movilizar a todo el mundo y todo lo que sea posible, y enviarlo todo al frente -decía Lenin-. Hay que destacar del cordón del ejército a todo aquel que sea más o menos capaz de luchar y enviarlo al Volga.

Recordaré aquí que se llamaba “cordón” a una delgada línea de tropas que se había establecido en el oeste, frente a la región ocupada por los alemanes.

-¿Pero y los alemanes?, se le replicaba a Lenin.

-Los alemanes no se moverán; tienen otras cosas que hacer; además, a ellos mismos les interesa que acabemos con los checoslovacos.

Se adoptó este plan y así se constituyó el grueso del futuro V Ejército. Fue entonces cuando se decidió que yo partiría hacia el Volga. Me ocupé de la formación de un tren, lo cual, en aquella época, no era tarea fácil. El propio Vladimir Ilich intervenía en todos los trámites, me enviaba billetes, llamaba por teléfono continuamente.

-¿Tiene un coche resistente? Coja uno del garaje del Kremlin.

Y media hora más tarde:

-¿Va a coger un avión? Hay que tener uno, puede ser útil.

—Habrá aviones en el ejército —respondí—, y los usaré si es necesario.

Y otra media hora más tarde:

-Sin embargo, opino que debería llevar usted un avión en su tren; ¡nunca se sabe lo que puede pasar!

Y así sucesivamente.

Nuestros regimientos y destacamentos, formados a toda prisa, principalmente con lo que quedaba del antiguo ejército disperso, se desmoronaron, como es sabido, de forma bastante lamentable, desde el primer enfrentamiento con los checoslovacos.

-Para remediar esta terrible inestabilidad, necesitamos un fuerte cinturón de defensa, formado por comunistas y, en general, por hombres combativos -le decía a Lenin antes de partir-. Hay que *obligar* a los hombres a luchar. Si esperamos a que el mujik termine de despertar, será demasiado tarde.

-Es cierto -respondía Ilich-, pero me temo que el propio cinturón defensivo se doble. El hombre ruso es demasiado bueno; no es capaz de tomar con determinación medidas de terror revolucionario. Sin embargo, es indispensable intentarlo.²⁹

Me encontraba en Sviajsk cuando me enteré del atentado contra Lenin y del asesinato de Uritsky. En aquellos días trágicos, la revolución atravesaba una crisis interna. Se despojaba de su “bondad”. La espada del partido recibía por fin su temple. El espíritu de resolución se afirmaba y, cuando era necesario, se mostraba una rigurosidad despiadada. En el frente, las secciones políticas, junto con los destacamentos de defensa y los tribunales, daban estructura al cuerpo flácido del joven ejército. El cambio no tardó en manifestarse. Recuperamos Kazán y Simbirsk. En Kazán, recibí de Lenin, que empezaba a recuperarse de su herida, un telegrama de felicitación con motivo de las primeras victorias obtenidas en el Volga.

Poco después, hice una breve estancia en Moscú; junto con Sverdlov, me dirigí a Gorki, a casa de Vladimir Ilich, quien se estaba recuperando rápidamente pero aún no había retomado su trabajo en Moscú.

Lo encontramos de excelente humor. Nos pidió detalles exhaustivos sobre la organización del ejército, sobre su disposición, sobre el papel de los comunistas, sobre el perfeccionamiento de la disciplina. Y repetía alegremente:

²⁹ En estas mismas obras escogidas puede descargarse *Terrorismo y comunismo. (El anti-Kautsky)*.

-Así es, eso está bien, es perfecto. La consolidación del ejército se notará en todo el país: tendremos más disciplina, se percibirán mejor las responsabilidades...

A partir de los meses de otoño, en efecto, la transformación fue grande. Ya no quedaba nada de esa impotencia pálida que había caracterizado la primavera. Algo se había desplazado, fortalecido; y es notable que, aquella vez, la revolución se salvara no gracias a un nuevo respiro, sino, por el contrario, a un peligro de los más graves: el peligro hizo brotar en el proletariado las fuentes secretas de la energía revolucionaria.

Cuando Sverdlov y yo nos subimos al coche, Lenin, radiante y lleno de vida, se asomaba al balcón. Solo lo había visto tan alegre el 25 de octubre, en Smolny, cuando se enteró de los primeros éxitos militares de la insurrección.

Procedimos a la liquidación política de los socialistas revolucionarios de izquierda. Limpiamos el Volga. Lenin se recuperó de sus heridas. La revolución crecía en fuerza y en valor.

VII Lenin en la tribuna

Desde octubre, los fotógrafos han “captado” a Lenin en numerosas ocasiones; también ha sido “filmado”. Su voz ha sido grabada en discos de fonógrafo. Sus discursos han sido transcritos y publicados. Así, poseemos todos los elementos de Vladimir Ilich. Pero solo tenemos elementos. La personalidad viva solo se encuentra en su combinación siempre dinámica, que no se presta a la repetición.

Cuando intento imaginarme, despertar en mí la primera impresión que daba Lenin en la tribuna, veo a un hombre de complexión robusta, con un cuerpo de gran flexibilidad; oigo una voz uniforme, fluida, muy rápida, que se entona ligeramente, que no se detiene, cuyo discurso no tiene pausas, o casi ninguna, ni, al principio, una entonación particular.

Por lo general, las primeras frases expresan ideas generales; el tono es el de un hombre que tantea a su audiencia; el cuerpo del orador parece no haber encontrado aún su equilibrio; los gestos carecen de precisión; la mirada está absorta en el pensamiento interior; el rostro es más bien hosco y como un poco contrariado; la idea busca la forma de llegar a la audiencia.

Este periodo preliminar dura más o menos tiempo, según la composición del público, según el tema tratado, según el estado de ánimo del orador.

Pero he aquí que entra en la línea, en la rutina. El tema comienza a perfilarse. El orador inclina hacia delante la parte superior del cuerpo, metiendo los pulgares en las aberturas del chaleco. De repente, con este doble gesto, la cabeza y los brazos se inclinan hacia delante. La cabeza no parece muy grande en este cuerpo de baja estatura, pero de complexión fuerte, bien equilibrado, rítmico. Lo que parece enorme es la frente, son las protuberancias desnudas del cráneo. Los brazos son muy móviles, pero sin nerviosismo, sin movimientos innecesarios. La muñeca es ancha, los dedos son cortos, la mano es plebeya, vigorosa. En esta mano se encuentran los rasgos de bonhomía valiente que se aprecian en toda la complexión y que inspiran confianza.

Para que esto se perciba, sin embargo, es necesario que el orador haya tenido tiempo de iluminarse desde dentro, lo que ocurre cuando ha adivinado la malicia del adversario o cuando él mismo ha logrado hacerle caer en su trampa.

Entonces, desde abajo, de la poderosa protuberancia de la frente y el cráneo, se desmarcan los ojos de Lenin, de los que algo ha quedado en una fotografía bastante acertada de 1919.

El oyente, incluso el más indiferente, al captar esa mirada, se ponía en guardia y esperaba lo que vendría después. Los pómulos angulosos se iluminaban y se suavizaban, en esos momentos, con una indulgencia sagaz, tras la cual se adivinaba un gran conocimiento de los hombres, de las relaciones sociales, de la situación, un conocimiento que llegaba hasta lo más profundo. La

parte inferior del rostro, con vello rojizo y canoso, permanecía en cierto modo en la sombra. La voz se suavizaba, adquiría una gran flexibilidad y, por momentos, se volvía maliciosamente insinuante.

Pero he aquí que el orador introduce en su discurso la supuesta objeción de un detractor o alguna frase maliciosa, extraída de un artículo del enemigo. Antes incluso de haber diseccionado el pensamiento del adversario, le hace comprender a uno que la objeción carece de fundamento, que es superficial, que es falsa. Saca los pulgares de las aberturas del chaleco, echa el cuerpo ligeramente hacia atrás, retrocede a pequeños pasos, como para darse espacio donde tomar impulso, y, a veces con ironía, a veces con aire desesperado, encoge sus robustos hombros y abre los brazos y las manos, separando los pulgares de forma expresiva.

Condena al adversario, se burla de él o lo pone en la picota -según el hombre con el que se enfrenta y según la ocasión- incluso antes de haberlo refutado.

El oyente está, por así decirlo, prevenido; sabe qué tipo de pruebas debe esperar y en qué sentido debe preparar su pensamiento.

A continuación, comienza la ofensiva lógica. La mano izquierda vuelve a colocarse, bien en el escote del chaleco, bien, más a menudo, en el bolsillo del pantalón. La derecha sigue el movimiento de la demostración y marca su ritmo. En los momentos en que es necesario, la izquierda acude en ayuda de la derecha. El orador se lanza hacia el público, llega al borde de la tribuna, se inclina hacia delante y, con movimientos redondeados de los brazos, trabaja su propio material verbal. Esto significa que Lenin ha llegado a la expresión de su pensamiento central, al punto esencial de todo su discurso.

Si hay adversarios entre el público, de vez en cuando se alzan exclamaciones hostiles y críticas contra el orador. En nueve de cada diez casos, las interrupciones quedan sin respuesta. El orador dirá lo que tiene que decir, a quienes considere oportuno dirigirse y de la manera que le parezca necesaria. No le gusta desviarse del tema para replicar a uno u otro. Las ocurrencias rápidas, en el transcurso del discurso, no son fruto de su pensamiento concentrado. Solo su voz, tras las interrupciones hostiles, se vuelve más áspera, el discurso más compacto, más apresurado, el pensamiento más agudo, el gesto más brusco.

Solo se hace eco de la exclamación de un adversario cuando esta responde al desarrollo general de su pensamiento, cuando puede ayudarlo a alcanzar más rápidamente la deducción necesaria. Pero entonces sus réplicas son absolutamente imprevistas por su sorprendente sencillez, que deja a uno atónito al instante. Pone al descubierto una situación allí donde se esperaba que la ocultara.

Esto es lo que experimentaron más de una vez los mencheviques en el primer período de la revolución, cuando acusaban al bolchevismo de violar la democracia y cuando esas acusaciones aún conservaban su frescura.

“¡Nos han suprimido los periódicos! -¡Por supuesto, pero aún no todos, por desgracia! Pronto los suprimiremos todos (*Aplausos atronadores*). La dictadura del proletariado cortará de raíz esta propaganda, impedirá este vergonzoso tráfico de opio burgués (*Aplausos atronadores*)”.

El orador se ha enderezado. Las dos manos están en los bolsillos. No hay en ello ni el más mínimo atisbo de pose, no hay en la voz modulaciones oratorias; en cambio, hay en todo el cuerpo, en la actitud de la cabeza, en los labios apretados, en los pómulos, en el timbre imperceptiblemente ronco de la voz, una seguridad inquebrantable en la rectitud de sus actos, en la justicia de su causa. “Si queréis luchar, luchemos, pero como es debido”.

Cuando el orador ya no arremete contra el enemigo, sino contra los suyos, eso se nota tanto en el tono como en los gestos. El ataque más furioso conserva, en este caso, el carácter de un procedimiento para hacer “razonar” a la gente. A veces, la voz del orador se detiene, se quiebra en una nota alta: esto ocurre cuando denuncia con violencia a alguno de los suyos, cuando quiere avergonzar, cuando demuestra que el oponente no entiende absolutamente nada del asunto y que ha sido incapaz de aportar “el más mínimo” motivo, de dar “el más pequeño”

fundamento a sus objeciones. En esos “ni el más mínimo”, en esos “ni el más pequeño”, la voz alcanza a veces el tono de falsete, y es entonces cuando se quiebra en el aire; y, llegada a ese punto, la diatriba más airada adquiere un matiz repentino de bonhomía.

El orador ha meditado de antemano su idea hasta el final, hasta la última deducción práctica; la idea, sí, pero no la forma de exponerla, no la forma, salvo, sin embargo, algunas expresiones, algunas “palabras” particularmente concisas, precisas, sabrosas, que luego pasan a formar parte de la vida política del partido y del país, como moneda de curso legal que circula por todas partes. La construcción de las frases es habitualmente pesada, recargada; una proposición se superpone a otra, o bien se clava en punta en otra. Para los taquígrafos, este tipo de construcción es una dura prueba, y no menos penosa después para los redactores. Pero, a través de estas frases densas, el pensamiento tenso y autoritario se abre paso con seguridad y vigor.

¿Es cierto, sin embargo, que quien habla es un marxista profundamente instruido, un teórico de las ciencias económicas, un hombre de inmensa erudición? Parecería, se diría, al menos en ciertos momentos, que nos encontramos más bien ante un extraordinario autodidacta que ha llegado por sí solo, gracias a sus facultades naturales, a comprender todas estas cosas, que se ha metido todo eso en la cabeza, sin instrumentación científica, sin ninguna terminología rigurosa, exponiendo todo lo que sabe a su manera. ¿De dónde viene esto? De que el orador, tras haber meditado la cuestión por su cuenta, la ha reflexionado de nuevo situándose en el punto de vista de la masa, aplicando a su pensamiento la experiencia de las multitudes, despojando por completo su exposición de todo el andamiaje teórico que le había servido para construir su discurso.

A veces, sin embargo, el orador asciende precipitadamente por la escalera de sus ideas, saltándose los peldaños: actúa así cuando la conclusión a la que debe llegar le parece ya demasiado clara, demasiado evidente, cuando resulta prácticamente demasiado urgente alcanzarla; cuando hay que llevar a los oyentes hasta ella lo más rápido posible.

Pero he aquí que ha sentido que no se le podía seguir, que el vínculo entre él y el público se estaba distendiendo. Inmediatamente, se recompone, da un salto hacia atrás y reanuda su ascenso, pero, esta vez, con un paso más tranquilo, más mesurado. Su propia voz cambia, ya no se percibe en ella el exceso de intensidad del principio; se envuelve en matices persuasivos.

Este retroceso, este vaivén perjudica, por supuesto, a la construcción del discurso. Pero ¿se hace un discurso por el simple placer de construirlo bien? ¿Se necesita, en un discurso, otra lógica que no sea la que determinará la acción?

Y cuando el orador vuelve a llegar a su conclusión, acompañado ahora de todos sus oyentes, sin haber abandonado a nadie por el camino, se tiene en la sala como la sensación física de su éxito, se experimenta la alegría agradecida que marca la completa satisfacción del pensamiento colectivo.

Solo queda insistir dos o tres veces para señalar bien la conclusión, para darle vigor, para dotarla de una expresión sencilla, brillante, evocadora, para grabarla en la memoria; después, podemos concedernos, a nosotros mismos y a los demás, una pausa para recuperar el aliento; se bromea, se ríe; mientras tanto, el pensamiento colectivo asimila aún mejor la adquisición que acaba de hacerse.

El humor oratorio de Lenin es tan sencillo como sus otros recursos, si es que aquí se puede hablar de recursos. Pero en los discursos de Lenin no se encontrará lo que se llama “ingenio” y menos aún “pullas”; tiene el chiste sabroso, inteligible para las masas, popular en el verdadero sentido de la palabra. Si las circunstancias políticas no inspiran especial inquietud, si el público se compone en su mayoría de “fieles”, el orador no se resiste a cierto “juego de palabras”. El público escucha con agrado tal broma maliciosamente ingenua, tal “ataque” agradablemente despiadado; se percibe claramente que no se trata solo de hacer juegos de palabras y reír, sino que todo ello conduce al mismo objetivo.

Cuando el orador recurre a la broma, la parte inferior del rostro se vuelve más prominente, sobre todo la boca, cuya risa es contagiosa. Los rasgos de la frente y el cráneo parecen difuminarse; la mirada, dejando de entrecerrarse, se ilumina de alegría; el risueño se acentúa; la vigorosa tensión del pensamiento viril se suaviza en buen humor, en risueña bonhomía.

En los discursos de Lenin, como en todas sus labores, el rasgo que se manifiesta esencialmente es la tensión hacia el objetivo. El orador no se preocupa por construir una arenga; solo busca conducir hacia una conclusión que llame a la acción.

Se dirige a sus oyentes de diversas maneras; les explica las cosas, trata de convencerlos, reprende, bromea, y vuelve a persuadir, y vuelve a explicar. Lo que da unidad a su discurso no es un plan previamente establecido, sino un objetivo práctico, claramente definido, rigurosamente marcado para el día de hoy; es una idea cuya punta debe penetrar y alojarse en la mente de la audiencia.

A este fin esencial se subordina el humor de Lenin. Su broma es utilitaria. La más mínima “palabra” mordaz tiene un destino práctico: hay que azotar a unos, hay que refrenar a otros. Entonces entran en juego expresiones que a menudo han permanecido en el vocabulario de nuestra política. Antes de llegar al momento de lanzar su comentario, el orador traza unos círculos preparatorios, como si buscara el punto donde colocarlo. Cuando lo ha encontrado, ajusta la punta del clavo, se aparta un poco para ver mejor y, con un gran gesto, asesta el primer golpe de martillo sobre el tejado que quiere perforar: un primer golpe, luego otro, y muchos más, hasta que el clavo queda bien clavado, de tal manera que a menudo resulta muy difícil arrancarlo después, cuando ya no se necesita. Entonces Lenin, con otra broma, tendrá que martillar la cabeza del clavo, de derecha y de izquierda, para sacudirlo; y cuando lo haya arrancado, para tirarlo a la chatarra de los archivos, será un gran disgusto para aquellos que ya se habían acostumbrado a ese adorno ahora inútil.

Pero he aquí que el discurso llega a su fin. Se han hecho los últimos cálculos, las conclusiones están claramente marcadas. El orador tiene el aspecto de un obrero que sale agotado de su tarea, pero que está feliz de haberla llevado a buen término. Se pasa la mano, de vez en cuando, por la cabeza calva donde aparecen gotitas de sudor. La voz ya no tiene la misma vehemencia, se apaga, es la brasa que termina de consumirse. Es posible terminar. Pero no hay que esperar ese aire de bravura que suele coronar los discursos y sin el cual, al parecer, no se podría bajar de la tribuna. Un final brillante es indispensable para los demás; Lenin no lo necesita. No remata sus arengas como un profesional: termina su trabajo y pone punto final. “Si comprendemos esto, si hacemos aquello, sin duda venceremos...”. Esa es a menudo su frase de conclusión. O bien: “Esto es todo lo que quería decir...” y nada más. Y esta última palabra, que se ajusta por completo a la naturaleza de la elocuencia de Lenin y a la naturaleza del propio Lenin, no desanima en absoluto al público. Al contrario, tras esta conclusión “sin efecto”, “grisácea”, la multitud parece captar de nuevo, mediante una chispa de pensamiento, todo lo que Lenin acaba de transmitir con sus palabras, y es entonces cuando estallan las tormentas de reconocimiento y entusiasmo que llamamos aplausos.

Pero, mientras recoge sus papeles en un montón, Lenin abandona rápidamente la tribuna para evitar lo inevitable. Con la cabeza ligeramente encogida entre los hombros, la barbilla inclinada hacia el pecho, los ojos ocultos bajo las cejas, mientras los bigotes se le erizan, con aire casi enfadado, sobre el labio superior curvado en un mohín de descontento. Las salvas de aplausos y aclamaciones se amplían, como olas que rompen unas sobre otras: “¡Viva... Lenin... líder... Ilich...!” Bajo el resplandor de las lámparas eléctricas, brilla al pasar el cráneo de este hombre único, azotado por todas partes por las olas irresistibles. Y cuando, al parecer, el torbellino de entusiasmos ha alcanzado su furia máxima, de repente, a través del estruendo, el retumbar y el chapoteo, se eleva una voz joven, vibrante, alegre, como el grito de una sirena que atraviesa la tormenta: *¡Viva Ilich!* Y entonces, desde las últimas y temblorosas profundidades del alma colectiva, del amor y del entusiasmo populares, se eleva en respuesta,

como un formidable ciclón, un clamor general, indefinible, indivisible, que sacude las bóvedas:
¡Viva Lenin!

VIII El filisteo y el revolucionario

En una de las numerosas antologías dedicadas a Lenin, he encontrado un artículo del escritor inglés Wells, titulado: “El soñador del Kremlin”.

Los editores de la antología señalan que “ni siquiera mentes avanzadas, como la de Wells, han sido capaces de comprender el sentido de la revolución proletaria que se está produciendo en Rusia”.

No parece que esto sea motivo suficiente para incluir un artículo de Wells en un volumen dedicado al líder de esta revolución. Pero no quiero poner pegas a los editores en este punto: por mi parte, he leído, no sin interés, algunas de las páginas de Wells; no sin interés, digo, pero ya veremos más adelante que el autor no tiene absolutamente nada que ver con ello.

Recuerdo claramente la época en que Wells visitó Moscú. Fue durante el invierno de hambruna y frío de 1920-1921. Se percibía en todo el ambiente el presentimiento, la inquietud por las complicaciones que traería consigo la primavera. La hambrienta Moscú estaba sepultada bajo montañas de nieve. La política económica estaba a las puertas de un cambio brusco.

Recuerdo muy bien la impresión que le causó a Vladimir Ilich su conversación con Wells:

-¡Qué burgués! ¡Qué filisteo! -repetía, levantando los brazos por encima de su escritorio, riendo y suspirando, con esa risa y esos suspiros que expresaban en él una cierta vergüenza secreta que sentía por los demás.

-¡Ah! ¡Qué filisteo! -repetía, reviviendo su conversación.

Cuando me decía eso, era justo en el momento en que iba a comenzar la sesión del buró político; y, en definitiva, Lenin se limitó a repetir varias veces la valoración sobre Wells que acabo de dar. Pero eso bastaba con creces.

No había leído mucho a Wells, a decir verdad, y nunca lo había visto. Pero de ese socialista de salón de la Sociedad Fabiana, de ese literato de gran fantasía y utopía, que venía a echar un vistazo a las experiencias del comunismo, me hacía una idea bastante clara. Y la exclamación de Lenin, y sobre todo el tono con que fue pronunciada, completaban sin dificultad mi impresión.

Y he aquí que un artículo de Wells, introducido por vías casi providenciales en la recopilación sobre Lenin, despertaba en mi memoria ese grito: “¡Qué filisteo!”; llenándolo de un contenido vivo. Porque si Lenin está prácticamente ausente del artículo de Wells sobre Lenin, en cambio, allí se encuentra a Wells en persona.

Empecemos por el principio, por esa queja de Wells que le sirve de introducción: el pobre se vio obligado (¡fíjense en eso!) a realizar largos trámites para conseguir una entrevista con Lenin; y eso le “enervó enormemente”. ¿Y por qué, si se me permite preguntar? ¿Acaso Lenin había recurrido a Wells? ¿Se había comprometido a recibirlo? ¿Acaso tenía tiempo que perder?

Al contrario, en aquellos días difíciles, cada minuto de su tiempo estaba ocupado y contado; no le resultaba fácil encontrar una hora para recibir a Wells. Incluso un extranjero debería haberlo comprendido sin dificultad.

Pero, por desgracia, Wells, en su calidad de ilustre extranjero, y a pesar de todo su “socialismo” de inglés muy conservador y de corte imperialista, estaba imbuido de la seguridad de que, al visitar a Lenin, le hacía un gran honor al líder, así como a su país bárbaro.

Desde la primera línea hasta la última, se percibe claramente esa presunción poco justificada.

La descripción psicológica de Lenin comienza, como era de esperar, con un gran descubrimiento, con una revelación. Sepan que Lenin “no es en absoluto un hombre de letras”.

Y, en efecto, ¿quién podría decidir sobre ello mejor que Wells, profesional de la literatura?

“¡Los breves y violentos panfletos que aparecen en Moscú bajo su firma (!) están llenos de consideraciones erróneas sobre la psicología de los obreros occidentales! Expresan muy poco el verdadero fondo del pensamiento de Lenin”.

El honorable caballero, por supuesto, ignora que Lenin es autor de un gran número de obras de importancia capital sobre la cuestión agraria, las teorías económicas, la sociología y la filosofía.

Wells solo conoce una serie de “panfletos breves y virulentos”; señala que aparecen “bajo la firma de Lenin”, dando a entender con ello que están escritos por otros. En cuanto al “verdadero fondo del pensamiento de Lenin”, no se encuentra en las decenas de tomos de los que es autor, sino en la conversación de una hora a la que accedió generosamente el ilustre y erudito viajero de Gran Bretaña.

Al menos cabía esperar de Wells que supiera describir de forma interesante el aspecto de Lenin, y si hubiera dado un poco de relieve a su retrato, le habríamos perdonado todas las trivialidades inspiradas por su socialismo de la Fabian Society. Pero no hay ni rastro de ello en el artículo.

“Lenin tiene un rostro agradable, moreno (!), cuya expresión cambia constantemente; tiene una sonrisa vivaz...”

“Lenin se parece muy poco a sus fotografías...”

“Gesticulaba un poco durante la conversación...”

Más allá de estas fórmulas banales de un reportero acostumbrado a llenar las columnas de los periódicos burgueses, Wells no supo decir nada más.

Además, descubrió que la frente de Lenin recuerda al cráneo alargado y ligeramente asimétrico de Arthur Balfour, y que Lenin, en conjunto, “es un hombre muy bajito: cuando se sienta en el borde de la silla, sus pies apenas tocan el suelo”.

En cuanto al cráneo de Arthur Balfour, no podemos decir nada de ese venerable objeto y admitimos de buen grado que es alargado. Pero, por lo demás, ¡qué indecente impropiedad de términos! Lenin tenía el pelo rubio rojizo; por lo tanto, es imposible atribuirle una tez “morena”. Era de estatura media, quizá incluso ligeramente por debajo de la media; pero que diera la impresión de ser un “hombrecillo” que, estando sentado, apenas llegaba al suelo, eso solo pudo parecerle a Wells al llegar, como un Gulliver de la civilización, al norte poblado de comunistas liliputienses.

Wells también señaló que Lenin, durante los silencios de la conversación, tiene la costumbre de levantar con un dedo uno de sus párpados:

“Este hábito [observa el perspicaz escritor] proviene quizá de un defecto de la vista”.

Conocemos ese gesto. Lenin lo hacía cuando tenía delante a un extranjero, a un hombre con el que no sentía nada en común: Lenin lanzaba entonces una mirada penetrante al personaje a través de los dedos de una mano colocada a modo de visera frente a la frente. El “defecto de visión” de Lenin consistía en que leía entonces en los pensamientos de su interlocutor, que discernía su suficiencia enfática y estrecha de miras, su presunción y su ignorancia de “civilizado”, y que luego, todo imbuido de esa imagen, movía la cabeza de un lado a otro y repetía: “¡Qué filisteo! ¡Qué monstruo de la pequeña burguesía!”.

El camarada Rothstein asistía a la entrevista y Wells, de paso, hace un descubrimiento admirable: según él, la presencia de este testigo “caracteriza la situación actual en Rusia”; Rothstein, escuchen esto y prepárense, controla a Lenin, en nombre del Comisariado de Asuntos Exteriores, debido a la excesiva sinceridad de Lenin y a su imprudencia de soñador. ¿Qué decir de esta observación, que no tiene precio? Al entrar en el Kremlin, Wells traía consigo, en su mente, toda la basura periodística removida por la burguesía internacional; su ojo perspicaz (¡sin “defecto”, por supuesto!) descubría en el despacho de Lenin todo lo que había extraído de la lectura del *Times* o de cualquier otro pozo de chismes devotos y graciosos.

Pero, ¿en qué consistió esa conversación? A este respecto, Wells apenas nos transmite lugares comunes sin valor, que nos muestran cuán lamentable e indigente es el reflejo del pensamiento de Lenin en unos cráneos cuya simetría, por cierto, no tenemos por qué cuestionar.

Wells había llegado con la idea de que “tendría que debatir con un marxista doctrinario convencido, pero la realidad fue muy diferente”. Esto no debería sorprendernos. Ya sabemos que “el fondo del pensamiento de Lenin” no se reveló en esos más de treinta años de actividad política y literaria, sino en una conversación con un valiente burgués inglés. “Me habían asegurado [continúa Wells] que a Lenin le gustaba dar lecciones, pero conmigo se abstuvo de hacerlo.” ¿Y cómo, en efecto, dar una lección a un caballero tan imbuido del elevado sentido de su dignidad? En general, no es cierto que a Lenin le gustara dar lecciones. Lo que es cierto es que sabía hablar de una manera muy instructiva. Pero solo hablaba así cuando consideraba que su interlocutor era capaz de aprender algo. En ese caso, no escatimaba ni su tiempo ni sus esfuerzos. Pero ante el maravilloso Gulliver que se encontraba, por gracia del azar, en el despacho del “hombrecillo”, Lenin, tras dos o tres minutos de conversación, debió de llegar a esa convicción que debe inspirar la entrada del Infierno: “Abandonad toda esperanza...”

Se habló de las grandes ciudades. Wells, en Rusia, había tenido por primera vez, como él mismo confiesa, esa notable idea de que el aspecto de las grandes ciudades depende sobre todo del tráfico de las tiendas y los mercados. Compartió este descubrimiento con su interlocutor. Lenin “reconoció” que, bajo el régimen comunista, las ciudades debían reducirse considerablemente en extensión. Wells “señaló” a Lenin que la restauración de las ciudades exigiría un trabajo formidable, y que muchos de los edificios más grandes de Petrogrado solo conservarían el valor de monumentos históricos. Lenin se mostró de acuerdo con esta incomparable conclusión de Wells.

“Me parece [añade este último] que le resultó agradable conversar con un hombre que comprendía las inevitables consecuencias del colectivismo, consecuencias que escapan a la comprensión de muchos de sus seguidores”.

Aquí tienen la altura del nivel de Wells.

Considera como resultado de su extraordinaria perspicacia este descubrimiento: que, bajo el régimen comunista, las enormes concentraciones urbanas de hoy en día deben desaparecer y que muchos de los monstruos de la arquitectura capitalista actual solo tendrán valor como monumentos históricos (si es que no merecen el honor de ser destruidos).

¿Cómo, en efecto, unos pobres comunistas (esos “fastidiosos fanáticos de la lucha de clases”, como los llama Wells) llegarían a tales descubrimientos que, es cierto, se explicaron hace mucho tiempo, en un comentario divulgativo añadido al antiguo programa de la socialdemocracia alemana? No diremos (no hay que aplastar a la gente) que todo esto era conocido por los utopistas clásicos del socialismo.

Espero que ahora comprendan por qué Wells, durante la conversación, “no se percató en absoluto” de esa famosa risa de Lenin de la que tanto le habían hablado: es evidente que Lenin no tenía en absoluto ganas de reír. Me temo incluso que su movimiento reflejo lo llevó a un extremo muy distinto al de la risa. Pero Ilich debió entonces recurrir a su mano tan ágil e inteligente, que siempre sabía ocultar a tiempo ante un interlocutor demasiado absorto en sí mismo un bostezo descortés.

Como ya hemos visto, Lenin no dio ninguna lección a Wells, por razones que consideramos del todo satisfactorias. En cambio, Wells no hizo más que insistir en instruir a Lenin. Se esforzó por hacerle comprender esa idea absolutamente nueva de que, para el éxito del socialismo, “no bastaba con reconstruir el aspecto material de la existencia, sino que había que transformar la psicología de todo el pueblo”. Le hizo saber a Lenin que “los rusos, por naturaleza, eran individualistas y comerciantes”. Le explicó que el comunismo “iba demasiado rápido” y que destruía antes de poder construir, y otras verdades por el estilo.

“Esto nos llevó [cuenta Wells] al punto esencial en el que nos encontramos separados, es decir, que establecimos una diferencia entre el colectivismo evolutivo y el marxismo”.

Por colectivismo evolutivo hay que entender una mezcla al gusto de la Sociedad Fabiana, en la que entran el liberalismo, la filantropía, una legislación social lo más austera posible en sus medios y reflexiones dominicales sobre un futuro mejor.

El propio Wells formula la esencia de su colectivismo evolutivo de la siguiente manera:

“Creo que, mediante un sistema de educación social debidamente establecido, el capitalismo actual puede civilizarse y transformarse en un régimen colectivo”.

El propio Wells se abstiene de decirnos quién se encargará de aplicar “un sistema de educación” y a quién se aplicará regularmente dicho sistema: ¿debemos pensar que los lores de cráneo alargado impondrán su sistema al proletariado inglés, o bien, por el contrario, que el proletariado pisoteará los cráneos de los lores? ¡Oh, no, lo que sea, menos esta última solución! ¿Para qué servirían los miembros cultos de la Sociedad Fabiana, hombres de pensamiento, de imaginación desinteresada, caballeros y damas, el señor Wells y la señora Snowden, si no es para civilizar la sociedad capitalista produciendo, de manera regular y sistemática, lo que se esconde bajo sus cráneos? ¿Para qué, si no es para transformar esta sociedad en un Estado colectivista de una manera tan progresiva, tan razonable y tan feliz que ni siquiera la dinastía real de Gran Bretaña se diera cuenta?

Esto es lo que Wells le explicaba a Lenin; y Lenin debió de escuchar todo eso.

“Para mí [comenta Wells con indulgencia], fue verdaderamente un descanso (!) conversar con ese extraordinario hombrecillo”.

¿Pero y para Lenin? ¡Menuda prueba de paciencia! A puerta cerrada, sin duda, profirió algunas palabras rusas muy expresivas y sumamente sabrosas. Se abstuvo de traducirlas al inglés, no solo porque su vocabulario en inglés no debía llegar tan lejos, sino también por razones de cortesía. Ilich era muy educado. Pero no pudo limitarse a un silencio cortés.

“Se vio obligado [cuenta Wells], a replicarme que el capitalismo moderno es incurablemente rapaz y pródigo, y que es imposible enseñarle nada”.

Lenin citó una serie de hechos que, por cierto, se recogen en el nuevo libro de Money: el capitalismo ha destruido los muelles nacionales ingleses, no ha permitido explotar razonablemente las minas de carbón, etc. Ilich conocía el lenguaje de los hechos y las cifras.

“Lo confieso [concluyó de repente el Sr. Wells], me resultaba muy difícil discutir con él”. ¿Qué significa esto? ¿No es acaso el comienzo de la capitulación del colectivismo evolutivo ante la lógica del marxismo? No, en absoluto. “Abandonad toda esperanza...” Esta frase, que a primera vista parece inesperada, no surge por casualidad; forma parte de un sistema; tiene un sentido rigurosamente conforme al espíritu de la Sociedad Fabiana, del colectivismo evolutivo, de la pedagogía inglesa. Está hecha para servir a los capitalistas, a los banqueros, a los lores y a sus ministros ingleses. Wells les dice: “Verán, se comportan tan mal, destruyen tantas cosas, son tan egoístas que, a mí, en una discusión con el soñador del Kremlin, me cuesta mucho defender el principio de mi colectivismo evolutivo. Sean más razonables, realicen cada semana sus abluciones según el rito de la Sociedad Fabiana, civilícense, sigan el camino del progreso...”

La sombría confesión de Wells no marca, pues, el inicio de una autocrítica; simplemente continúa esa labor de educación de la sociedad capitalista cuyos métodos perfeccionados, cuyos principios morales y “fabianos” hemos visto aplicados tras la guerra, y en particular mediante la paz de Versalles.

Es en tono protector que Wells parece aprobar a Lenin cuando declara: “Su fe en su causa es ilimitada”. Esto es, en efecto, indiscutible. Lenin tenía una reserva de fe absolutamente suficiente. Es como decir que dos más dos son cuatro. Esa fe inquebrantable le daba incluso la paciencia para conversar, durante los terribles meses del bloqueo, con cualquier extranjero que pudiera servir de vínculo, aunque fuera indirecto, entre Rusia y occidente.

Así era como Lenin conversaba con Wells. Hablaba un lenguaje muy diferente cuando recibía a los obreros ingleses. Entraba con ellos en una viva comunión. Entonces enseñaba y se instruía al mismo tiempo. Pero con Wells, la charla no podía tener más que un carácter diplomático un tanto forzado.

“La conversación terminó con vagas generalidades”, señala el escritor inglés. En otras palabras, la partida disputada entre el colectivismo evolucionista y el marxismo terminó en empate. Wells regresaba a Gran Bretaña; Lenin se quedaba en el Kremlin. Wells redactaba para su público burgués una “correspondencia” impregnada de su fatuidad; Lenin, sacudiendo la cabeza, repetía: “¡Menudo burgués! ¡Ay, ay, ay! ¡Qué filisteo!”.

**

Quizá se me pregunte por qué, con qué fin, me he detenido, tras cuatro años transcurridos, en este insignificante artículo de Wells. Que el artículo haya sido reproducido en una de las antologías dedicadas a la memoria de Lenin no es, sin duda, razón suficiente. Tampoco puedo justificarme diciendo que escribí esto en Sujumi, donde me encontraba en tratamiento. Pero tenía motivos más serios para hacerlo.

¿Acaso no vemos actualmente en el poder, en Inglaterra, al partido de Wells, dirigido por los representantes altamente ilustrados del colectivismo evolutivo? Y me pareció ver, quizá con bastante acierto, que el artículo de Wells dedicado a Lenin nos revelaba, mejor que cualquier otra cosa, el alma secreta de los dirigentes del partido obrero inglés: al fin y al cabo, Wells no es el último de ellos.

¡Cómo de retrasada está esta gente, arrastrando la pesada carga de los prejuicios burgueses! Su vanidosa presunción (lo que queda del gran papel que desempeñó en otro tiempo la burguesía inglesa) no les permite reflexionar, como deberían, sobre la existencia de otros pueblos, sobre los nuevos movimientos de ideas, sobre el curso de la historia que pasa por encima de sus cabezas.

Estrechos de miras, impregnados de rutina, empíricos, cegados por las anteojeras que la sociedad burguesa impone a la opinión, estos señores pasean por el mundo sus importantes personas y sus prejuicios, y tienen el talento de no ver más que a sí mismos en todo lo que les rodea.

Lenin vivió en todos los países de Europa, aprendió idiomas extranjeros, leyó, estudió, escuchó, profundizó, comparó y generalizó.

Cuando se encontró al frente de una gran revolución, no dejó pasar ninguna ocasión de informarse con detenimiento y rigor; interrogaba a las personas y a los hechos. Nunca se cansaba de seguir con la mente la vida del mundo entero. Leía y hablaba con fluidez el alemán, el francés y el inglés; leía en italiano. En los últimos años de su vida, abrumado por el trabajo, encontraba la oportunidad, en las sesiones del buró político, de estudiar a escondidas la gramática checa, para poder comprender más directamente el movimiento obrero de Checoslovaquia; a veces lo sorprendíamos allí, y él se reía y trataba de justificarse, no sin cierta confusión...

Pero aquí está Wells ante él, Wells, que encarna a esa raza de pequeños burgueses falsamente cultos, infinitamente estrechos de miras, que tienen ojos para no ver, que no creen útil aprender nada, pues poseen una hermosa herencia de prejuicios.

Y, por otra parte, el señor Mac Donald, que representa el mismo tipo bajo la forma más seria y hosca del puritano, tranquiliza a la opinión pública burguesa: hemos luchado contra Moscú y hemos vencido. ¿Han vencido a Moscú? En verdad, ¡he aquí unos pobres “hombrecillos”, aunque sean de alta estatura! Hasta ahora, después de todo lo que ha pasado, ni siquiera saben prever su mañana. Los hombres de negocios del liberalismo y del Partido Conservador manejan sin dificultad a esos pedantes socialistas “de la evolución” que están en el poder; los comprometen y preparan a sabiendas su caída, no solo la caída de su ministerio, sino su

derrumbe político. Y, sin embargo, también preparan, aunque sin sospecharlo demasiado, la llegada al poder de los marxistas ingleses. Sí, efectivamente, de los marxistas, de esos “fastidiosos fanáticos de la lucha de clases”... Porque la revolución social en Inglaterra se llevará a cabo igualmente según las leyes definidas por Karl Marx.

Wells, con un humor que le es propio y que tiene la pesadez del pudín, amenazó un día con coger sus grandes tijeras y rapar a Marx, quitarle su melena y su barba de “doctrinario”, anglicanizarlo, hacerlo respetable, fabianizarlo. Pero se quedó ahí, no es un Wells quien pueda cambiar a Marx. Y Lenin seguirá siendo Lenin tras haber soportado durante una hora la prueba de la navaja de Wells. Y nos atrevemos a afirmar que en un futuro no muy lejano se podrán ver erigidas en Londres, por ejemplo, en Trafalgar Square, dos figuras de bronce, una junto a la otra: Karl Marx y Vladimir Lenin. Y los proletarios ingleses dirán a sus hijos: “¡Qué alegría que esos hombrecitos del Partido Laborista no hayan conseguido esquilarse ni afeitarse a estos dos gigantes!”.

Mientras espero ese día, que intentaré ver, cierro los ojos por un instante y veo claramente la imagen de Lenin en el sillón donde se encontraba frente a Wells, y oigo esa frase que fue pronunciada al día siguiente o el mismo día de la entrevista con el escritor inglés, esa frase dicha con una especie de gemido y con tanta bonhomía: “¡Qué burgués! ¡Qué filisteo!”.

6 de abril de 1924

IX Lo cierto y lo falso sobre Lenin

A propósito del retrato de Lenin por Gorki

“Es difícil trazar su retrato”, declara Gorki, hablando de Lenin. Es cierto. Lo que Gorki ha escrito sobre Lenin es muy débil. El tejido de su descripción parece estar compuesto por los elementos más diversos. A veces se distingue un hilo más brillante que los demás, se percibe cierta penetración artística. Pero los hilos de un análisis psicológico banal son mucho más numerosos, y se vislumbra constantemente al moralista de la pequeña burguesía. En conjunto, el tejido no es muy bonito. Pero como el tejedor es Gorki, su obra seguirá siendo objeto de estudio durante mucho tiempo. Por eso hay que hablar de ella. Quizá encontremos en ella la ocasión de poner mejor de relieve u observar ciertos rasgos, grandes o pequeños, de la figura de Lenin.

Gorki tiene razón al decir que Lenin “es una encarnación de la voluntad orientada hacia el objetivo, de una perfección asombrosa”. *La tensión hacia el objetivo* de Lenin, ahí está su rasgo esencial; ya hemos hablado de ello y volveremos a hacerlo; pero cuando Gorki, un poco más adelante, incluye a Lenin entre los “justos”, etc., eso suena falso y es de mal gusto. Esta expresión de “justo”, tomada de la Iglesia, del lenguaje de los sectarios religiosos, que huele a Cuaresma y al aceite de las lámparas sagradas, no se aviene en absoluto con Lenin. Era un gran hombre, un gigante magnífico, y nada de lo humano le era ajeno. En un congreso de los sóviets, se vio subir a la tribuna a un representante bastante conocido de una secta religiosa, un comunista cristiano (o algo por el estilo), muy espabilado y astuto, que, de inmediato, entonó una antifona en honor a Lenin, calificándolo de “paternal” y “nutritivo”.

Recuerdo que Vladimir Ilich, que estaba sentado a la mesa de la Mesa, levantó la cabeza, casi asustado, y luego se giró ligeramente y nos dijo en voz baja, con tono furioso, a nosotros, sus vecinos más cercanos:

-¿Qué son estas indecencias?

La palabra “indecencias” se le escapó de forma totalmente inesperada, como a su pesar, pero por eso mismo fue aún más acertada. Una risa interior me sacudía, me deleitaba con esa incomparable apreciación de Lenin, tan espontánea, sobre los elogios del orador tan cristiano.

Pues bien, el “justo” de Gorki tiene algo en común con el “padre nutricio” del hombre de Iglesia. Es, si me lo permiten, en muy pequeña medida, “una indecencia”.

Lo que sigue es aún peor:

“Para mí, Lenin es un héroe de leyenda, un hombre que se arrancó de su pecho el corazón ardiente para alzarlo como una antorcha e iluminar el camino de los hombres...”

¡Brrr... Qué malo! Recuerda totalmente a la vieja Izerghil (así, me parece, se llamaba esa bruja que nos interesó en nuestra juventud), es del estilo de su historia sobre el gitano Danko. Creo no equivocarme en mis recuerdos: también se ve, en ese cuento, un corazón que se transforma en antorcha. Pero eso es otra historia, es ópera... Y digo bien: *ópera*, con decorados tomados de los paisajes del Midi, con una iluminación de fuegos de Bengala, con una orquesta de gitanos.

Sin embargo, en la persona, en la figura de Lenin, no hay nada que recuerde a una ópera, y menos aún al romanticismo de los bohemios nómadas. Lenin es un hombre de Simbirsk, de “Piter”, de Moscú, del mundo entero: un duro realista, un revolucionario profesional, un destructor del romanticismo, de toda la falsedad teatral, de la bohemia revolucionaria; no puede tener ningún parentesco con Danko, ese héroe de la fábula. ¡Quienes necesiten modelos de espíritu revolucionario tomados de las romanzas de los gitanos deben buscarlos en la historia del partido de los socialistas-revolucionarios!

Y Gorki añade, tres líneas más adelante:

“Lenin era sencillo y recto, como todo lo que decía”.

Si fuera así, ¿por qué imaginarlo arrancándose del pecho su corazón ardiente? No habría en ese gesto ninguna sencillez, ninguna franqueza... Pero estas dos palabras, “sencillo y recto”, no están muy bien elegidas; es realmente demasiada ingenuidad y demasiada sinceridad. Se dice eso de un muchacho honrado, de un valiente soldado, que declara con sencillez la verdad tal y como es. Son términos que no se avienen con Lenin, se miren por donde se miren.

Ciertamente, era de una simplicidad genial en sus decisiones, en sus conclusiones, en sus métodos, en sus actos: sabía rechazar, apartar, dejar en un segundo plano todo lo que no tenía importancia real, todo lo que no era más que accesorio u ostentación; sabía despojarse de una cuestión, reducirla a sus justos términos, sondear su fondo.

Pero eso no significa que fuera simplemente “sencillo y recto”. Y mucho menos debería significar que su pensamiento fuera “en línea recta”, como afirma Gorki en otra parte: expresión de lo más lamentable, digna en todo punto de un pequeño burgués y de un menchevique.

A este respecto, recuerdo de repente la definición del joven escritor Babel: “La compleja curva descrita por la línea recta de Lenin”.

Esa es una explicación verdadera, a pesar de las apariencias, a pesar de la antinomia y de la sutileza un tanto rebuscada de los términos ensamblados. En cualquier caso, vale mucho más que “la línea recta” tan somera de Gorki.

El hombre, sencillamente “sencillo y recto”, camina directamente hacia su objetivo. Lenin caminaba y conducía hacia un objetivo siempre igual por un camino lleno de complicaciones, por vías a veces muy tortuosas.

En fin, esta combinación de términos “sencillo y recto” no expresa en absoluto la incomparable malicia de Lenin, su ingenio rápido y brillante, la pasión de virtuoso que sentía derribando al adversario con una zancadilla o atrayéndolo a su trampa.

Hemos hablado de la tensión de Lenin hacia el objetivo: conviene insistir en ello. Un crítico creyó descubrir una visión profunda al explicarme que Lenin no solo se distinguía por su tensión hacia el objetivo, sino también por su habilidad para maniobrar; ese crítico me reprochaba haber dotado, en el retrato que hice de Lenin, a este gran hombre de una rigidez de piedra, en detrimento de la flexibilidad.

Quien quiso darme así una lección, aunque lo hiciera de otra manera que Gorki, no comprendió el valor relativo de los términos empleados.

De hecho, habría que meterse bien en la cabeza que “la tensión hacia el objetivo” no indica necesariamente una conducta “en línea recta”.

¿Y qué valor podría tener la flexibilidad de Lenin sin esa tensión que no cesa ni un minuto?

En el mundo se puede encontrar toda la flexibilidad política que se desee: el parlamentarismo burgués es una excelente escuela en la que los políticos se entrenan constantemente para doblar la columna vertebral. Si bien Lenin se burló con frecuencia de “la línea recta de los doctrinarios”, no por ello dejó de expresar con igual frecuencia su desprecio por las personas demasiado flexibles, que se inclinan no siempre y necesariamente ante un amo burgués, no siempre con un fin interesado (sino, digamos, ante la opinión pública, ante una situación difícil), buscando la línea de menor resistencia.

Todo el fondo de Lenin, todo su valor íntimo, consiste en que persiguió incansablemente un único objetivo, cuya importancia le penetraba hasta tal punto que parecía encarnar él mismo ese fin último y no distinguirlo de sí mismo. No consideraba, ni podía considerar, a las personas, los libros y los acontecimientos más que en función de ese único objetivo de su existencia.

Es muy difícil definir a un hombre con una sola palabra; decir que fue “grande” o que fue “genial” no es decir nada. Pero si nos viéramos obligados a explicar a Lenin muy brevemente, me gustaría destacar que, ante todo, estaba *volcado en su objetivo*.

Gorki destaca el encanto seductor de la risa de Lenin. “La risa de un hombre que, al discernir admirablemente la pesadez de la estupidez humana y las acrobacias de la razón, también sabía deleitarse con la ingenuidad infantil de los sencillos de corazón”.

Aunque la expresión es rebuscada, la observación es acertada en su esencia.

A Lenin le gustaba reírse de los imbéciles y de los astutos que intentaban hacer ingeniosidades; y se reía con una indulgencia que justificaba bastante su formidable superioridad. En la intimidad de Lenin, a veces se reía con él sin reírse por el mismo motivo... Pero la risa de las masas siempre coincidía con la suya. También le gustaban los sencillos de corazón, si se utiliza la expresión evangélica. Gorki nos cuenta cómo, en Capri, Lenin, en compañía de pescadores italianos, aprendía a manejar la caña de pescar (sujeta con el dedo); los bravos hombres le explicaron que debía “clavar el anzuelo” en cuanto la línea hiciera “drin, drin”; tan pronto como Lenin pescó su primer pez y lo sintió venir, enganchado al anzuelo, exclamó con alegría de niño, con el entusiasmo de un verdadero aficionado:

-¡Ja! ¡Ja! “¡drin, drin!”

¡Eso sí que está bien! He aquí realmente una faceta muy viva de Lenin. Esa pasión, ese brío, esa tensión de todo el hombre por alcanzar su objetivo, por “anzolar”, por atrapar la presa (¡ja! ¡ja! ¡drin, drin! ¡Ahí estás bonita!). Todo esto difiere mucho de ese “justo” de Cuaresma, de ese “padre nutricio” del que nos habían hablado; es Lenin en persona, en una parte de sí mismo. Cuando Lenin, al atrapar un pez, grita su entusiasmo, intuimos el vivo amor que sentía por la naturaleza, como por todo lo que está cerca de la naturaleza, como por los niños, los animales, la música. Esa poderosa máquina pensante estaba muy cerca de lo que queda fuera del pensamiento, fuera de una búsqueda consciente; estaba muy cerca del elemento primitivo e inefable. Este maravilloso e inefable se expresa mediante el “drin, drin”. Debido a este pequeño y significativo detalle, creo que se le puede perdonar a Gorki una buena cuarta parte de las banalidades que ha esparcido por todo su artículo. Más adelante veremos por qué no se le puede perdonar más...

“Acariciaba a los niños con dulzura [nos dice Gorki], con gestos de una ligereza y una delicadeza muy particulares”.

Esto también está bien dicho; nos muestra esa ternura de un hombre que respeta la persona física y moral del niño; del mismo modo se podría hablar del apretón de manos de Lenin: era fuerte y suave.

Sobre el interés que despertaban los animales en Lenin, recuerdo el siguiente episodio: nos habíamos reunido en Zimmerwald en comisión para elaborar un manifiesto. Celebrábamos la

sesión al aire libre, alrededor de una mesa redonda de jardín, en un pueblo de montaña. No muy lejos de nosotros había, bajo un grifo, una gran cubeta llena de agua. Poco antes de la reunión (que tuvo lugar temprano por la mañana), varios delegados habían venido a lavarse a ese grifo. Había visto a Fritz Platten sumergir la cabeza y el cuerpo hasta la cintura en el agua, como si quisiera ahogarse, ante el gran asombro de los miembros de la conferencia.

Los trabajos de la comisión se habían vuelto penosos. Había roces en diversas direcciones, pero sobre todo entre Lenin y la mayoría. Entonces aparecieron dos hermosos perros: de qué raza, no sabría decirlo; en aquella época, no entendía nada de eso. Sin duda pertenecían al propietario de la vivienda, pues se pusieron a jugar tranquilamente en la arena, bajo el sol de la mañana. Vladimir Ilich, de repente, se levantó de la silla, se arrodilló y empezó a hacer cosquillas, riendo, a ambos perros a lo largo del vientre, con gestos ligeros, delicadamente atentos, según la expresión de Gorki. Ese gesto había sido totalmente espontáneo por su parte; casi dan ganas de decir que actuaba como un niño, y su risa era despreocupada, infantil. Lanzó una mirada hacia la comisión, como si quisiera invitar a los camaradas a participar en ese bonito recreo. Me parece que lo miraban con cierto asombro: todos seguían absortos en la discusión seria. Lenin volvió a acariciar a los animales, pero con más calma, y luego regresó a la mesa y declaró que no firmaría un manifiesto semejante. La disputa se reanudó con renovada violencia. Es muy posible, me digo ahora, que esa “distracción” le fuera necesaria para resumir en su mente los motivos de aceptación y rechazo y tomar una decisión. Pero no había actuado por cálculo: el subconsciente trabajaba en él en plena armonía con el consciente.

Gorki admiraba en Lenin “ese ardor juvenil que infundía a todo lo que hacía”. Ese ardor era disciplinado, dominado por una voluntad de hierro, del mismo modo que un torrente impetuoso es dominado por el granito de la montaña; Gorki no nos lo dice; pero su definición no deja de ser acertada: en Lenin había precisamente un ardor juvenil. Y en él se reconocía, en efecto, “ese excepcional entusiasmo espiritual que solo es propio de un hombre inquebrantablemente convencido de su vocación”.

Esto sigue siendo acertado y perspicaz. Pero ese lenguaje anticuado y estúpido que nos han servido hace un momento, ese estado de santidad del que nos hablaban, o incluso ese “ascetismo” (!), ese “heroísmo monástico” (!!) del que se habla en otra parte, no concuerdan en absoluto con el ardor juvenil: ambos se oponen como el fuego y el agua. “El estado de santidad”, “el ascetismo” se manifiestan cuando un hombre se pone al servicio de un “principio superior”, dominando sus inclinaciones, sus pasiones personales. El asceta tiene intereses; calcula, espera una recompensa. Lenin, en su obra histórica, se realizaba a sí mismo, por completo y hasta el final.

“Los ojos omniscientes del gran astuto”: eso no está mal, aunque esté formulado de manera burda. Pero, ¿cómo conciliar esa mirada omnisciente con la “sencillez” y la “franqueza”, y sobre todo con la “santidad”?

“Le gustaban las cosas divertidas [cuenta Gorki] y se reía con todo el cuerpo, verdaderamente “inundado” de alegría, a veces hasta las lágrimas”.

Es cierto, y todos los que conversaron con él se dieron cuenta de ello. En algunas reuniones en las que éramos pocos, le ocurría que le entraba un ataque de risa, y eso no solo en épocas en las que las cosas iban bien, sino incluso en períodos extremadamente difíciles. Intentaba contenerse el mayor tiempo posible, pero, al final, soltaba una carcajada y su risa era contagiosa; él, por su parte, trataba de no llamar la atención, de no hacer ruido, escondiéndose casi debajo de la mesa para evitar el alboroto.

Esa hilaridad desenfadada se apoderaba de él sobre todo cuando estaba cansado. Con un gesto habitual, la mano batiendo el aire de arriba abajo, parecía alejar de sí la tentación. Pero en vano. Y solo recuperaba el control de sí mismo al mirar fijamente su reloj, con todas sus fuerzas interiores tensas, apartando la vista por prudencia de todas las miradas, afectando un

aire de severidad, restableciendo con una rigidez forzada el orden que debe mantener un presidente.

En tales casos, los compañeros se hacían un punto de honor de captar de reojo la mirada del orador y provocar con un chiste una nueva ráfaga de alegría. Si el intento tenía éxito, el presidente se enfadaba a la vez contra el alborotador y contra sí mismo.

Por supuesto, tales distracciones no se producían muy a menudo: tenían lugar principalmente al final de la sesión, tras cuatro o cinco horas de trabajo asiduo, cuando todo el mundo estaba agotado. En general, Ilich dirigía las deliberaciones con estricto rigor: método que era el único que permitía resolver en una sola sesión innumerables asuntos.

“Tenía una forma propia de decir: “¡hum! ¡hum!” [continúa Gorki], y sabía proferir esta expresiva interjección siguiendo una gama infinita de matices que se extendía desde la ironía sardónica hasta la duda circunspecta; y a menudo, en ese “¡hum! ¡hum!” se traducían un humor picante cuya malicia solo era perceptible para un hombre muy perspicaz y conocedor de las diabólicas locuras de la existencia”.

Es cierto, es justo. El “¡hum! ¡hum!” desempeñaba, en efecto, un papel importante en las conversaciones íntimas de Lenin, así como, por cierto, en sus escritos polémicos. Ilich pronunciaba su “¡hum! ¡hum!” muy claramente y, como señala Gorki, con una infinita variedad de matices. Tenía en ello una especie de código de señales que empleaba para expresar los estados de ánimo más diversos. Sobre el papel, “¡hum! ¡hum!” no parece gran cosa; en la conversación, era muy expresivo, ganaba por el timbre de la voz, por la inclinación de la cabeza, por el juego de las cejas, por el gesto de las elocuentes manos.

Gorki nos describe también la pose favorita de Lenin: “Echaba la cabeza hacia atrás, luego, inclinándola sobre el hombro, deslizaba los dedos por las sisas del chaleco, bajo las axilas. Había en esa actitud algo sorprendentemente divertido y encantador, parecía un gallo victorioso y, en esos momentos, estaba radiante”.

Todo esto está perfectamente descrito, salvo por lo del “gallo vencedor”, que no encaja en absoluto con la imagen de Lenin. Pero la pose está bien retratada. ¡Ay! Leamos un poco más adelante:

“Gran niño de este mundo maldito, hombre excelente que necesitaba ofrecerse como víctima a la hostilidad y al odio para realizar una obra de amor y belleza...”

¡Por favor, por favor, Alexis Maximovich!

“¡Hijo de un mundo maldito!...” ¡Esto huele a Tartufo a más no poder! Sí, Lenin adoptaba una actitud sorprendentemente afable, quizá un poco pícara en algunos momentos, pero en ello no había nada de hipocresía. “Ofrecerse como víctima”, la expresión es falsa, insoportable, ¡como el chirrido de un clavo rozando el cristal! Lenin no se sacrificaba en absoluto, sino que vivía una vida plena, desbordante, desarrollaba plenamente su personalidad al servicio del objetivo que él mismo se había fijado libremente. Y su obra no era “de amor y belleza”: he aquí unos términos de una generalidad demasiado común, de una redundancia fuera de lugar; ¡solo les faltan las mayúsculas: ¡Amor y Belleza! La tarea que se había impuesto Lenin era despertar y unir a los oprimidos para derribar el yugo de la opresión; era la causa del noventa y nueve por ciento de la humanidad.

Gorki nos habla de las atenciones que Lenin tenía para con sus camaradas, de la preocupación que mostraba por su salud... Y añade: “En ese sentimiento, nunca he podido detectar la preocupación interesada que manifiesta un patrón inteligente hacia los obreros honestos y hábiles”.

¡Pues bien! Gorki se equivoca por completo; precisamente ha pasado por alto uno de los rasgos esenciales de Lenin. Las atenciones personales de Ilich hacia los camaradas nunca iban desligadas de la preocupación del buen jefe, atento al trabajo que había que realizar. Sin duda, es imposible hablar aquí de un sentimiento “interesado”, ya que la obra en sí no era únicamente personal; pero es indiscutible que Lenin subordinaba su solicitud por sus camaradas a los

intereses de la causa; esa causa que precisamente reunía a sus compañeros a su alrededor. Esta combinación de preocupaciones de orden general e individual no disminuía en absoluto la humanidad de los sentimientos de Lenin, pero la tensión de todo su ser hacia el objetivo político no era sino más fuerte, más plena.

Gorki, que no se dio cuenta de ello, ciertamente no comprendió el destino que corrieron muchas de sus peticiones a favor de las personas que “habían sufrido” a causa de la revolución, peticiones que dirigía directamente a Lenin.

Las víctimas de la revolución fueron numerosas, como es sabido, y las gestiones de Gorki tampoco fueron pocas: algunas incluso resultaron totalmente absurdas. Basta recordar la intervención prodigiosamente enfática del escritor a favor de los socialistas-revolucionarios, en la época del famoso proceso de Moscú. Gorki nos dice:

“No recuerdo ningún caso en el que Ilich rechazara una de mis peticiones. Si en ocasiones las decisiones de Lenin no se llevaron a cabo, no fue culpa suya: probablemente se debía a esos malditos “fallos del mecanismo” que siempre han abundado en nuestra pesada maquinaria gubernamental. También se puede admitir que a veces hubo malicia por parte de no sé quién cuando se trataba de aliviar la suerte de ciertas personas, de salvarles la vida...”

Hay que reconocerlo, estas líneas nos han impactado más que todo lo demás.

¿Qué hay que concluir de ello, en efecto? Esto: como jefe del partido y del estado, Lenin perseguía sin piedad a los enemigos de la revolución; pero bastaba con que Gorki intercediera, y ¿habría habido algún caso en el que Ilich hubiera rechazado la petición del escritor? Habría que admitir, pues, que el destino de las personas se decidía, para Lenin, en función de las intervenciones amistosas. Esta afirmación resultaría totalmente incomprensible si Gorki no añadiera él mismo una salvedad: no obtuvo satisfacción en todas estas gestiones. Pero entonces culpa de ello a los defectos del mecanismo soviético...

¿Es realmente así? ¿Era Lenin verdaderamente incapaz de superar las deficiencias del mecanismo en una cuestión tan sencilla como la puesta en libertad de un preso o el indulto de un condenado? Es muy dudoso. ¿No es más natural admitir que Lenin, tras arrojar sobre la petición y el solicitante “la mirada omnisciente del gran astuto”, evitaba debatir el asunto con Gorki, pero luego dejaba al mecanismo soviético, con todos sus defectos supuestos y reales, la tarea de ejecutar lo que exigían los intereses de la revolución? De hecho, Lenin no era tan “sencillo” ni tan “recto” cuando se veía obligado a rechazar el sentimentalismo pequeñoburgués. Las atenciones de Lenin hacia la personalidad humana eran infinitas, pero estaban enteramente subordinadas a las atenciones que debía, en primer lugar, a la humanidad entera, cuyo destino en nuestra época se confunde con el del proletariado. Si Lenin no hubiera sido capaz de subordinar lo particular a lo general, tal vez habría sido “un justo” que “se ofrece como víctima en nombre del amor y la belleza”, pero ciertamente no habría sido el Lenin que conocimos, el líder del Partido Bolchevique, el autor de la revolución de octubre.

A lo anterior hay que vincular por completo el relato que nos hace Gorki de la “extraordinaria obstinación” de la que dio muestras Lenin cuando, durante más de un año, exhortó al escritor a que se fuera a tratar al extranjero.

“En Europa, en un buen sanatorio, podrá curarse y trabajará tres veces más. ¡Je! ¡Je!... Váyase, cúrese... No se obstine en quedarse aquí, se lo ruego”.

La ardiente simpatía que Lenin sentía por Gorki, tanto por el hombre como por el escritor, es conocida por todos e indiscutible. La salud de Gorki preocupaba a Ilich, sin duda alguna. Sin embargo, en la “extraordinaria obstinación” con la que Lenin quería enviar a Gorki al extranjero, también había un cálculo político: en Rusia, en aquellos años difíciles, el escritor se estaba descarriando lamentablemente y corría el riesgo de equivocarse definitivamente; en el extranjero, al enfrentarse a la civilización capitalista, podría enderezar su rumbo. En él podía despertar el estado de ánimo que, en otro tiempo, le había obligado a “escupir en la cara” a la Francia burguesa.

Ciertamente, no era indispensable que Gorki repitiera ese “gesto” en sí mismo poco persuasivo; pero la disposición de ánimo que lo había inspirado prometía ser mucho más fecunda que las piadosas iniciativas a favor de los trabajadores intelectuales cuya única desgracia era que, los pobres, no habían logrado tender a su debido tiempo una trampa al proletariado revolucionario.

Sí, Lenin se preocupaba por Gorki, deseaba sinceramente que su salud mejorara y que el escritor trabajara; pero necesitaba a un Gorki recuperado, y por eso insistía tanto en enviarlo al extranjero; por eso le exhortaba a ir a oler un poco los aromas de la civilización capitalista. Incluso sin haber estado entre bastidores en este asunto, se pueden adivinar, solo a partir del relato de Gorki, los motivos de Lenin: actuaba precisamente como un gran jefe que, nunca y bajo ninguna circunstancia, olvida los intereses de la causa que le ha sido confiada por la historia.

No es como revolucionario, sino como pequeño burgués moralista, como Gorki nos ha retratado la imagen de Lenin; y así es como esta figura, de una sola pieza, de una unidad tan excepcional, se desintegra en el relato.

Pero la cosa va aún peor cuando Gorki pasa a la política propiamente dicha. Aquí no hay más que malentendidos o errores lamentables.

“Hombre de una voluntad extraordinariamente fuerte, era en todo lo demás el arquetipo mismo del intelectual ruso”.

¡Lenin, el arquetipo del intelectual! ¿No resulta curioso oírlo? ¿No es una burla, y de una inconveniencia monstruosa? ¡Lenin, *el arquetipo* del intelectual!

Pero eso no le basta a Gorki. Según él, en efecto, nos enteramos de que Lenin “poseía en grado sumo una cualidad propia de la élite de la intelectualidad rusa: la renuncia, a menudo llevada hasta el tormento, hasta la mutilación de uno mismo...”.

¡Fíjense en eso! ¡Vaya por Dios! Un poco más arriba, Gorki desarrollaba todo lo que podía esta idea de que el heroísmo de Lenin “es el modesto ascetismo, bastante frecuente en Rusia, del honesto intelectual revolucionario que cree sinceramente en la posibilidad de la justicia en la tierra”, etc. Es físicamente imposible transcribir este pasaje, tan falso y desgarrador es... “¡El intelectual honesto que cree en la posibilidad de la justicia en la tierra!”. Sencillamente, un pequeño funcionario provincial, un radical, que ha leído las *Cartas históricas* de Lavrov o bien la falsificación que más tarde dio de ellas Chernov...

Recuerdo a este respecto que uno de los viejos traductores marxistas de antaño había llamado a Karl Marx “el gran llorón de la aflicción popular”.

Hace veinticinco años, en la localidad de Nijné-Ilinsk, me divertía de corazón con ese Karl Marx provinciano. Pero hoy, hay que reconocerlo, ni el propio Lenin escapó a su destino: un Gorki, un hombre que conocía bien a Ilich, que contaba entre sus allegados, que a veces colaboró con él, nos presenta a este atleta del pensamiento revolucionario, no solo como un asceta lamentable, sino, lo que es peor, como el arquetipo del intelectual ruso.

Esto es una calumnia, y tanto más maligna cuanto que se hace de buena fe, con toda benevolencia y casi con un arrebató de entusiasmo.

Lenin, sin duda, se había impregnado de la tradición del radicalismo intelectual revolucionario; pero la había superado y traspasado, y solo a partir de ese momento se convirtió en Lenin.

El intelectual ruso “típico” es terriblemente estrecho de miras; sin embargo, Lenin es precisamente el hombre que traspasa todos los límites y, sobre todo, los de los intelectuales.

Si bien es cierto que Lenin se había impregnado de la tradición secular de los intelectuales revolucionarios, es aún más cierto afirmar que concentra en sí mismo el impulso multisecular del elemento campesino: en él vive el mujik ruso, con su odio hacia la clase señorial, con su espíritu calculador, su viva inteligencia de cabeza de familia. Pero lo que hay de limitado, de

estrecho en el mujik se supera, se trasciende en Lenin mediante un inmenso vuelo del pensamiento y el dominio de la voluntad.

En Lenin, por fin (y esto es lo más sólido, lo más vigoroso que hay en él) se encarna el espíritu del joven proletariado ruso. No percibir esto, ver solo al intelectual, es no ver nada en absoluto. Lo que hace genial la obra de Lenin es que, a través de él, el joven proletariado ruso se emancipa, sale de su situación extremadamente limitada y se eleva a la universalidad histórica. Y por eso la naturaleza de Lenin, profundamente arraigada en el suelo, se desarrolla orgánicamente, florece en creaciones, se vuelve invenciblemente internacional. Su genio consiste, ante todo, en superar todos los límites.

Gorki define con bastante acierto el rasgo esencial del carácter de Ilich cuando lo califica de “optimismo combativo”.

Pero añade: “Esa faceta suya no tenía nada de ruso...”

¡Venga ya! Pero, vamos, ¿no es este típico intelectual, este asceta de provincias, lo más ruso, lo más local que hay? ¿No es un hombrecillo de Tambov? ¿Cómo es posible, pues, que Lenin, con rasgos esenciales de carácter que “no son rusos”, con una voluntad de hierro y un optimismo combativo, resulte ser al mismo tiempo el arquetipo del intelectual ruso? Y, ¿no hay ahí una gran calumnia contra el hombre ruso en general? El talento para pasear a los piojos cogidos con la correa es, a decir verdad, indiscutiblemente ruso; pero, gracias a la dialéctica, eso no durará siempre, eso cambiará. La política socialista-revolucionaria que coronó el régimen de Kerensky fue la máxima expresión de ese viejo arte nacional que consiste en pasear a los piojos con correa. Pero octubre, téngalo bien presente, Alexis Maximovich, habría sido imposible si, mucho antes de octubre, no se hubiera encendido una nueva llama en el hombre ruso, si su carácter no se hubiera transfigurado.

Lenin interviene, no solo en la época en que la historia de Rusia cambia de rumbo, sino en el momento en que el “espíritu” nacional se transforma a través de una crisis. Los rasgos esenciales de Lenin no son “rusos”, según usted... Pero permítanos preguntarle si el Partido Bolchevique es un fenómeno ruso por naturaleza o, digamos: ¿holandés? ¿Qué dirá entonces de esos proletarios de la acción clandestina, de esos combatientes, de esos uraleses duros como una roca, de esos francotiradores, de esos comisarios del Ejército Rojo que, día y noche, tienen el dedo en el gatillo de una Browning, y hoy de esos directores de fábricas, de esos organizadores de trusts que, mañana, estarían dispuestos a arriesgar la cabeza por la emancipación del coolie chino? ¡He aquí una raza, he aquí un pueblo, he aquí uno de los grandes “órdenes” de la humanidad! ¿Y no son ellos la pasta de la que se amasa Rusia? Permítanos contradecirle.

Y qué decir de toda la Rusia del siglo XX (y de antes): ya no es el viejo país provincial de épocas lejanas; es una Rusia nueva e internacional, que tiene temple en su carácter. El Partido Bolchevique es una selección de esta nueva Rusia, y Lenin es su mayor formador y educador.

Pero aquí entramos en el terreno de la confusión absoluta. Gorki, no sin un cierto aire de coquetería, se declara “marxista dudoso”, que apenas cree en la razón de las masas en general, ni en la razón de las masas campesinas en particular. Considera que las masas necesitan ser gobernadas desde fuera.

“Sé [escribe] que, al expresar tales ideas, me expongo una vez más a las burlas de los políticos. Sé también que los más inteligentes y honestos de entre ellos se burlarán de mí sin convicción y, por así decirlo, por deber de funcionarios”.

No sé quiénes son esos políticos “inteligentes y honestos” que comparten el escepticismo de Gorki respecto a las masas. Pero ese escepticismo nos parece muy superficial. Que las masas necesiten ser dirigidas (“desde fuera”), Lenin, creemos, ya lo había intuido. Quizá Gorki haya oído decir que, precisamente para dirigir a las masas, Lenin dedicó toda su vida consciente a crear una organización especial: el Partido Bolchevique. Lenin no fomentaba en absoluto la fe ciega en la razón de las masas. Sin embargo, despreciaba aún más la altivez de esos intelectuales

que reprochan a las masas no estar hechas a su imagen y semejanza. Lenin sabía que la razón de las masas debe adaptarse al curso objetivo de las cosas. El partido debía facilitar esa adaptación y, como atestigua la historia, cumplió su tarea no sin éxito.

Gorki discrepa, como él mismo escribe, de los comunistas en cuanto al papel de los intelectuales. Considera que los mejores de los antiguos bolcheviques educaron a cientos de obreros precisamente “en el espíritu del heroísmo social y de una elevada intelectualidad” (!!). De manera más sencilla, o más concretamente, Gorki solo acepta a los bolcheviques de la época en que el bolchevismo todavía se encontraba en sus pruebas de laboratorio, preparando a sus primeros cuadros intelectuales y obreros. Se siente muy cercano al bolchevique de 1903-1905. Pero el de octubre, maduro, formado, aquel que, con mano inflexible, ejecuta lo que apenas se empezaba a vislumbrar hace quince años, ese le resulta extraño y antipático a Gorki.

El propio escritor, con su constante orientación hacia una cultura más elevada, una intelectualidad más completa, ha encontrado, sin embargo, la manera de detenerse a mitad de camino. No es ni un laico ni un pope: es el cantor de la cultura.

De ahí su actitud altiva, su desdén por la razón de las masas y, al mismo tiempo, por el marxismo, aunque este, como ya se ha dicho, muy diferente del subjetivismo, no se apoya en la fe en la razón de las masas, sino en la lógica del proceso material que, en última instancia, somete a su ley “la razón de las masas”.

El camino que conduce por ese lado no es nada sencillo, es cierto, y en él se rompe bastante vajilla; incluso se rompen algunos utensilios de la “cultura”. ¡Eso es lo que Gorki no puede tolerar! Según él, habría que contentarse con admirar esa hermosa vajilla; nunca habría que romperla.

Para acercar a Lenin a sí mismo, para consolarse, Gorki nos afirma que Ilich “más de una vez tuvo que sujetar, sin duda, su alma por las alas”, en otras palabras, hacerse violencia: implacable cuando había que aplastar una resistencia, Lenin estaba así sujeto a luchas internas, debía vencer su amor por el hombre, su amor por la cultura; era en él un verdadero drama. En una palabra, Gorki inflige a Lenin esa dualidad que caracteriza a los intelectuales, esa “conciencia enfermiza” que antes se valoraba tanto, ese precioso absceso del viejo radicalismo intelectual.

Pero todo eso es falso. Lenin era un todo coherente. Una pieza de gran calidad, de estructura compleja, pero bien unida en todas sus partes, y en la que todos los elementos se adaptaban admirablemente entre sí.

La verdad es que Lenin solía evitar hablar con solicitantes, defensores y gente de ese tipo.

“Que lo reciba tal persona -decía con una risita evasiva-, de lo contrario sería demasiado bueno”.

Sí, a menudo temía ser “demasiado bueno”, pues conocía la perfidia de los enemigos y la beata estupidez de los intermediarios, y consideraba, en definitiva, insuficiente cualquier medida de severa prudencia. Prefería apuntar a un enemigo invisible, en lugar de dejar que su atención se distrajera con contingencias y ser “demasiado bueno”. Pero en ello se manifestaba aún el cálculo político, y no esa “conciencia enfermiza” que acompaña necesariamente a los caracteres desprovistos de voluntad, quejumbrosos; la naturaleza húmeda del “típico intelectual ruso”.

Y eso no es todo. Gorki (según nos cuenta él mismo) reprochaba a Lenin “comprender de manera demasiado simplificada el drama de la existencia” (¡ejem! ¡ejem!) y le decía que esa comprensión simplificada “amenazaba de muerte a la cultura” (¡ejem! ¡ejem!).

Durante los días críticos de finales de 1917 y principios de 1918, cuando en Moscú se disparaba contra el Kremlin, cuando los marineros (lo cual debió de ocurrir, pero no tan a menudo como pretendía la calumnia burguesa) apagaban sus cigarrillos aplastándolos sobre tapices gobelinos, cuando los soldados (según se afirmaba) se confeccionaban calzones (¡muy incómodos y poco prácticos!) con lienzos de Rembrandt (esos eran los motivos de queja que

llevaban a Gorki los afligidos representantes de “una alta intelectualidad”), durante ese período, Gorki se sintió completamente desorientado y entonó réquiems desesperados por nuestra civilización. ¡Horror y barbarie! ¡Los bolcheviques iban a romper todos los jarrones históricos, jarrones de flores, jarrones de cocina, orinales!

Y Lenin le respondía: “Romperemos tantos como sea necesario, y si rompemos demasiados, la culpa recaerá sobre los intelectuales que siguen defendiendo posiciones insostenibles.” ¿No era eso una mente estrecha? ¿No se veía ahí (¡piedad, piedad, Señor!) que Lenin simplificaba demasiado “el drama de la existencia”?

No lo sé, pero la mente se resiste a discutir sobre consideraciones de este tipo. El interés de la vida de Lenin no era lamentarse por la complejidad de la existencia, sino reconstruirla de otra manera. Para ello, había que considerar la existencia en su conjunto, en sus elementos principales, discernir las tendencias esenciales de su desarrollo y subordinar a estas todo lo demás.

Precisamente porque era un maestro en la concepción creativa de esos vastos conjuntos, consideraba el “drama de la existencia” como un plano: romperemos esto, derribaremos aquello y, provisionalmente, apuntalaremos esto otro.

Lenin distinguía todo lo que era honesto, todo lo que era individual; se fijaba en todas las particularidades, en todos los detalles. Y si “simplificaba”, es decir, si rechazaba los elementos secundarios, no era por no haberlos observado, sino porque conocía con certeza las proporciones de las cosas...

En este momento me viene a la memoria un proletario de San Petersburgo, llamado Vorontsov, que, en los primeros tiempos tras el octubre, se vio adscrito a la persona de Lenin, cuidándolo y ayudándolo.

Mientras nos preparábamos para evacuar Petrogrado, Vorontsov me dijo con voz sombría:

-Si, por desgracia, *ellos* tomaran la ciudad, encontrarían muchas cosas allí. Habría que colocar dinamita bajo Petrogrado y volarlo todo por los aires.

-¿Y no echaría de menos Petrogrado, camarada Vorontsov? -pregunté, admirando la audacia de aquel proletario.

-¿Qué hay que echar de menos? Cuando volvamos, reconstruiremos algo mejor.

No he inventado este breve diálogo ni lo he adornado. Se ha quedado tal cual, grabado en mi memoria. Pues bien, esa es la forma correcta de considerar la cultura. No hay en él ni rastro de lamento y no es un *réquiem*. La cultura es obra de las manos humanas. No reside realmente en las vasijas decoradas que nos ha legado la historia, sino en una buena organización del trabajo de la mente y las manos. Si en el camino hacia esa buena organización surgen obstáculos, hay que eliminarlos. Y si entonces nos vemos obligados a destruir valores del pasado, destruyámoslos sin lágrimas sentimentales; luego volveremos para edificar, para crear otros nuevos, infinitamente más bellos que los antiguos. Así es como, reflejando el pensamiento y el sentimiento de millones de hombres, Lenin consideraba las cosas. Su opinión era buena y justa, y hay mucho que aprender de ella para los revolucionarios de todos los países.

Kislovodsk, 28 de septiembre de 1924

X Los pequeños y el mayor

*¡Vladimir Ilich Lenin
fue, en Rusia, único!
(Poesía infantil.)*

Acaba de aparecer un librito de una calidad muy especial, y verdaderamente deliciosa, en el que se han reunido escritos de niños, dedicados a la vida y la muerte de Ilich. Niños de entre

nueve y catorce años (¡incluso hay una niña de cinco años!) nos hablan del gran mayor, del gran hombre.

Por supuesto, muchas de estas pequeñas obras no hacen más que reproducir lo que han contado los adultos... Pero ocurre que, en un texto, por así decirlo, estereotipado, aparece de repente un hilo de fresca inspiración, que frases muy familiares cobran vida de pronto gracias a esa fuente, como si las rociara con agua viva. Y también se encuentra la creación espontánea, infantil, inimitable en su colorido. Los versos, de acuerdo con la regla general, son menos fáciles que la prosa. La prosodia impone una restricción demasiado grande y su ley entorpece el movimiento directo de la expresión. Pero incluso en los versos se descubren rasgos sorprendentes.

“No hay rincón [escribe uno] donde no se conozca al padre del proletariado, el fuerte, el audaz, el valiente, el ingenioso, el inteligente Lenin”.

Esta lista de las mejores cualidades, encadenadas unas tras otras, expresa en toda su plenitud la idea que los niños se hacen de Ilich: tiene todo lo necesario para ser perfecto.

“Cuando estaba en la cárcel con sus compañeros, siempre cantaba: *¡Marchemos al paso, camaradas!*”.

Este detalle está bien elegido para convencernos: en la cárcel no está permitido dejarse llevar por el desánimo ni abandonar a los demás, y el “valiente e ingenioso” Ilich se pone a cantar: *¡Marchemos al paso, camaradas!* Los demás también cantan y él, naturalmente, dirige el coro: ¿no nació acaso para ser director de orquesta?

“En su día, cuando aún vivía [escribe el mismo niño], estaba seguro de que, si la revolución alemana no triunfaba y los países burgueses marchaban contra Rusia, Ilich, aunque estuviera enfermo, se levantaría de la cama y lucharía hasta la última gota de su sangre. Así es como, pensaba yo, Ilich se sacrificaría a sí mismo”.

Fíjense cómo las ideas políticas procedentes de los periódicos (el aplastamiento de la revolución alemana, la campaña contra la Rusia soviética) se combinan aquí con el elemento *personal*, de una sencillez persuasiva, con esa imagen infantil que nadie ha alterado: Ilich, anciano y enfermo, en el momento en que la revolución atraviesa dificultades, se levanta de la cama y “lucha hasta la última gota de su sangre”. ¡Solo la muerte pudo impedirle “sacrificarse” en la última barricada! Y el autor concluye así: “No hay que tener miedo, ahora que ya no tenemos a Ilich”.

¡Cuando este muchacho crezca, todavía habrá un lugar para él en las barricadas de Ilich!...

Y aquí está la biografía. El relato es completo: se nos habla de la familia de Lenin, de su padre, de su hermano Alexandre (fusilado, según nos dicen) y de su hermana María Ilinichna “que ahora es *redactora* del periódico *Pravda*”.

Deportado a Siberia, Ilich “amaba los juegos deportivos y a menudo competía con otros en patines o de cualquier otra forma, y cuando corría, ponía todas sus fuerzas en superar a los demás y no quedar derrotado”.

Ya ven que esto no se parece en nada a lo que con demasiada frecuencia se nos intenta mostrar de Lenin: no es el buen santo taciturno que, apenas llega a algún sitio, busca si no habrá para él alguna habitación bien oscura y bien húmeda donde encerrarse. ¡Pobre imaginación de meapilas! No, el Lenin de los niños, que es también el verdadero Lenin, ama correr, y se lanza a ello con todas sus fuerzas; no quiere que lo alcancen, no quiere ser derrotado.

No puedo evitar mencionar aquí un recuerdo. Ilich y yo habíamos “decretado” que los comisarios que llegaran más de diez minutos tarde a su puesto pagarían una multa.

Un día, en el Kremlin, nada más salir de una sesión, teníamos que correr a otra que se celebraba al otro extremo del patio, y ya se sabe que es una explanada inmensa.

Tras la primera reunión, Ilich consideró oportuno pasar un momento por su casa. Le dije por teléfono:

-Tenga cuidado, Vladimir Ilich, corre el riesgo de ser sancionado en virtud de nuestro propio decreto: ¡solo nos quedan dos o tres minutos!

-No pasa nada, todo va bien -respondió Ilich con una risita cuyo significado no comprendí hasta un poco más tarde.

Mientras bajaba tranquilamente las escaleras y cruzaba el patio, me daba la vuelta de vez en cuando, preguntándome si Ilich me seguiría. De repente, en el otro extremo de la explanada, a cien pasos de mí, pasa, o más bien salta, una figura humana cuyo aspecto me resulta familiar: esa figura desaparece enseguida tras la esquina del Cuerpo de Caballería.

¿Era él? ¿No puede ser! ¡Es una ilusión!

Dos minutos más tarde, llegué a la sala de reuniones. El primero a quien veo es Ilich. Aún un poco sin aliento, me recibe con una exclamación jovial:

-¡Ja! ¡Ja! ¡Es usted quien llega un minuto tarde!

Y estalla en una carcajada triunfante.

-Lo admito -dije a los camaradas-, ¡es una sorpresa!... Me había parecido ver a un hombre que se parecía a Vladimir Ilich y que corría a toda velocidad hacia el Cuerpo de Caballería, pero no podía imaginar que el Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, a la vista de todos, pasaría como una exhalación por la explanada del Kremlin.

Ilich reía de todo corazón. Ilich cantaba la victoria. Exactamente el hombre del que nos habla la biografía infantil, el hombre que pone todas sus fuerzas en no dejarse adelantar...

Pero volvamos a la historia de este hombre.

Tras la deportación, la emigración; tras la emigración, la revolución; luego tuvo que esconderse para no ser capturado por Kerensky. Los niños no olvidan ningún detalle.

“Incluso en su escondite, desde la cabaña en la que se encontraba, Lenin dirigía y enviaba cartas sobre la revolución. Y cuando se reunía el Sóviet de Diputados Populares, *lo dirigía desde el fondo de su cabaña*, como si hubiera presidido la asamblea”.

¿Se podría decir mejor? Lenin permanece agazapado en su escondite, pero desde allí, como un presidente, ¡dirige el sóviet! Sin embargo, así es como sucedieron las cosas.

Sin embargo, esta forma de gobernar una asamblea presentaba ciertos inconvenientes, debido al clima.

“Llegaron las lluvias [dice el autor], y hacía frío en la cabaña”.

Así pues, hubo que cambiar de táctica e inventar otro método para dirigir la revolución. Ilich, naturalmente, lo inventó. ¿Acaso no sabíamos que era “fuerte, audaz, valiente, ingenioso, inteligente”?

Se instaló por un tiempo en Finlandia. Luego, esto es lo que sucedió:

“El camarada Lenin no tuvo paciencia para esperar más. Regresó a Petrogrado y allí organizó la insurrección de octubre. El poder pasó a manos de los obreros y los campesinos”.

Todo eso es cierto, al igual que es cierto que Lenin no tuvo paciencia para esperar más.

Uno de los autores menores nos describe su encuentro con Ilich.

El niño había ido con su padre al Kremlin y estaban pasando por la explanada.

¡De repente aparece Ilich!

Este saludó al padre y le tendió la mano al niño.

“Me sentí tan desconcertado que se me cayó la lonchera. No habíamos tenido tiempo de recogerla cuando Vladimir Ilich ya se había agachado, la había cogido y me estrechaba la mano que le tendía para recuperarla. A continuación, me puso la mano en la cabeza y le preguntó a mi padre:

“-¿Es este o el mayor el que es bolchevique?”

“-Este. El mayor está en la guardia blanca; lucha contra los granujas del camarada Trotsky; además, es muy vago para estudiar...”

“-¡Vamos, eso no es nada! Llegará el momento en que su hijo mayor también se haga bolchevique -dijo Vladimir Ilich.

“Hablabo rápido y sonreía todo el tiempo”.

El diálogo se reproduce con notable exactitud; se reconocen las palabras, la forma de hablar, los gestos de Ilich, “hablando rápido y sonriendo todo el tiempo”. Estas anotaciones son acertadas porque la atención era ávida y la memoria aún fresca. Escuchar a Ilich era tan interesante como ver por primera vez un incendio grandioso o una cascada.

Otro chaval vio a Ilich en la Plaza Roja cuando les decía en voz alta a los obreros que debían unirse para formar una sola familia.

“Estaba sentado en el coche junto al conductor y miraba a Ilich. *Me gustó*”.

El autor no se molesta en dar razones: para él, está bastante claro que el mundo se divide en gente que gusta y gente que no gusta. Ilich es de esos de los que se dice: “Me gustó”. Y punto.

Otro de esos jóvenes escritores narra a su vez cómo vio a Lenin. Este chico tuvo menos suerte. Había mucha gente en la plaza y todos gritaban: “¡Ilich!”.

“Me hubiera gustado subirme a algo. Pero no había nada para eso. Me empujaban. Incluso me puse a llorar, porque tenía muchas ganas de ver a Lenin. Al final, me agarré a un obrero, metí un pie en su bolsillo y me subí a sus hombros como si fuera un caballo. Pensaba que me iba a tirar al suelo enseguida y darme una bofetada. Pero, en lugar de eso, el obrero me llamó “granuja” y me dijo que me agarrara bien fuerte a su cuello. Me encontré dos cabezas por encima de todo el mundo, y vi a Ilich”.

Eso es todo. Hay que reconocer que esta forma de ver a Lenin no está al alcance de todo el mundo. Sin duda, intimidaría mucho la sola idea de subirse metiendo el pie en el bolsillo del vecino. ¡Pero al joven Alejandro de Macedonia, del barrio de Pressnia, no le preocupa un detalle así! Se sube a su puesto de observador, a riesgo de recibir una bofetada. Afortunadamente, el vecino es un buen hombre que lo llama “granuja” y lo mantiene sobre sus hombros. Todo va bien, y eso nos permite tener un testimonio infantil extraordinario sobre Lenin como orador.

Leed esto:

“Se había subido a la tribuna. Llevaba un traje oscuro, de color negro, creo, una camisa con el cuello vuelto y una corbata, y en la cabeza una gorra. Sacó de su bolsillo un pañuelo blanco y se secó la frente y la cabeza calva. No recuerdo lo que decía Ilich. Prestaba especial atención a cómo hablaba. *De vez en cuando, se inclinaba mucho hacia delante en la tribuna, extendía los brazos hacia adelante, sin soltar el pañuelo y secándose a menudo la frente. Sonreía a menudo.* Observaba todo su rostro, su nariz, sus labios, su pequeña perilla. A Lenin le interrumpían a menudo los aplausos y los gritos; en esos momentos, yo también gritaba”.

¡Cómo no gritar en esos momentos! ¡Pero qué maravillosa precisión en la descripción! Ilich se seca la frente y la cabeza calva con un pañuelo blanco; a veces, se inclina muy bajo en la tribuna, extiende los brazos hacia delante y se seca de nuevo. ¡Ahí está el Lenin vivo! Lo que dijo, nuestro autor no lo recuerda. Pero eso no importa: ¿acaso no se transcribieron los discursos? En cambio, la viva figura de Lenin queda grabada para siempre en la ávida memoria de un hombrecillo que se encontraba sentado a lomos de su vecino. “Observaba todo su rostro, su nariz, sus labios, su pequeña perilla...” Y es un recuerdo para toda la vida. Cuando aquel niño regresaba a casa, debía repetirse sin cesar aquella palabra: Lenin, Lenin, Lenin. Llevaba la pesada y maravillosa carga de sus impresiones. Se detenía ante todos los retratos de Lenin que se exhibían en los escaparates... Y Lenin murió sin saber que, a veces, para verlo, había que meter el pie en el bolsillo del vecino. ¡Qué carcajada estruendosa habría soltado si hubiera conocido esa solución, dada según el verdadero espíritu “bolchevique”, a un difícil problema de táctica!...

He aquí otro pequeño detalle de la biografía del líder. “A Lenin le gustaba pescar. En un día caluroso, cogía su caña y se sentaba a la orilla del agua, *y pensaba todo el tiempo en cómo se podría mejorar la vida de los obreros y los campesinos*”.

¿No es una imagen extraordinaria? El hombre lanza el sedal y, mientras espera a que pique el pez (lo cual no ocurre tan a menudo), se sienta a la orilla, mira el agua y dedica todo su

pensamiento a encontrar la manera de mejorar la existencia de los obreros y los campesinos. ¡Así era Lenin! Y por eso la pesca adquiere aquí un significado especial.

Vladimir Ilich Lenin

Fue, en Rusia, único...

Corría muy rápido, no le gustaba el zar ni los burgueses, pescaba y se dedicaba a pensar en cómo ayudar a los trabajadores, cantaba en la cárcel *¡Marchemos al paso, camaradas!*, dirigía la revolución desde el fondo de una cabaña, enseñaba con voz fuerte, exhortando a los obreros a unirse, y, mientras lo hacía, se secaba la frente con un pañuelo; lo sabía todo, podía todo, lo enseñaba todo. Pero ha muerto. El fuerte, el audaz, el padre del proletariado ha muerto. Y esa noticia extraordinaria, misteriosa y terrible que venía de arriba, de boca de los grandes, ha conmocionado al mundo de las almas pequeñas.

El 22 de enero, en una escuela, el maestro contó la muerte de Ilich:

“Y así, el maestro, muy emocionado, deteniéndose de vez en cuando, nos lo contó, y todos escuchábamos con atención, y al final, ya no pudimos contenernos, y unas lágrimas ardientes comenzaron a correr por mi mejilla. Los chicos ya no podían escuchar, todos lloraban. Entonces, todos nos pusimos de pie y cantamos la *Marcha Fúnebre*”.

Los niños y las niñas que, el 22 de enero de 1924, lloraron con lágrimas de dolor la muerte de Ilich y cantaron el himno fúnebre, se lo contarán a sus hijos y a sus nietos. Y la historia pasará de generación en generación.

La noticia de la muerte de Ilich llega a las familias obreras.

“Mi madre estaba sentada a la mesa y sostenía un cuchillo en la mano. Cuando oyó la noticia de la muerte de Ilich, el cuchillo se le cayó de las manos y se echó a llorar, *aunque no conocía a su gran líder*”.

Ese cuchillo que se le cae de las manos, ¡ese es el detalle acertado y significativo! Y qué bien habla la niña de su madre: *no conocía a su gran líder*.

Una niña pequeña volvió a casa después de la charla que se había dado sobre Ilich y “les contó a sus padres todo con detalle: que a Ilich no le gustaban las cosas de lujo, que le gustaban los niños pequeños y que le gustaba mucho trabajar”. Todo está en su sitio: el trabajo al final, la cuestión del lujo al principio, los niños en medio. Un adulto probablemente lo habría organizado de otra manera. Solo tras este relato la madre creyó la noticia y “se alarmó mucho”. Y la pequeña narradora, junto con su hermana de las Juventudes Comunistas, se puso a coser corbatas de tela negra.

Un niño que pertenece a un “hogar infantil” cuenta cómo Oscar Andréevich (el autor conoce bien a este camarada, del que no hemos oído hablar) colocó banderas de luto en la pared de la casa, con motivo del 21 de enero.

“Una mujer gorda pasa por la calle y nos dice: “¡Vamos, apartaos! ¿Es que nunca habéis visto trapos colgados?”. Y yo dije *en voz baja*: “Es tonta, no entiende lo que es eso”.

Jean Huss también decía de una anciana ignorante: “¡Oh, santa simplicidad!” La forma era otra, la época diferente y quien hablaba era un hombre de edad avanzada; pero el espíritu era el mismo.

Al conocer la noticia de la muerte de Lenin, “ese día, al principio estábamos alegres, pero, cuando nos enteramos, nos entristecimos”.

Es breve, ¡y qué expresión!

Los niños van a ver al difunto:

“Ahí estaba el ataúd, una almohada roja, y él yacía allí, todo pálido. No dejaba de mirarlo”.

Al día siguiente, al despertarse, el pequeño “Jean Huss” sintió una necesidad imperiosa de ver el retrato de Lenin. Así lo cuenta él mismo: “Me desperté y *sentí una gran necesidad* de ver el retrato de Lenin”.

Enseguida se puso a dibujarlo y, para expresar sus profundos sentimientos, trazó en la frente de Ilich una pequeña estrella y las letras: SSSR y RSFSR. Así, todo el mundo verá de quién se trata.

“Nuestro querido gran líder [escribe una niña al difunto Lenin], pensaba que te curarías, pero ha llegado tu muerte inesperada. Lo lamento mucho y me entristece mucho no volver a verte”. Así termina esta carta tan breve que todo el mundo leerá, excepto el destinatario.

Un joven pionero canta esto:

Un eco resuena en las montañas:

“¡Ya no está Ilich!”

Pero como respuesta se oye:

“¡No te desanimes nunca!”

Sin duda no es una versificación muy brillante, ¡pero qué impresionante expresión de lo esencial! La muerte de Ilich ha sacudido incluso a las montañas, y el joven poeta percibe desde Moscú sus ecos. Sin embargo, a la triste noticia responde un canto que exhorta al valor. ¿Acaso no cantaba y enseñaba a cantar el propio Lenin: “¡Marchemos al paso, camaradas!” en la prisión?

Lenin ha muerto. Lo llevan en brazos a la Casa de los Sindicatos y lo depositan allí.

Lo miraban, jóvenes y viejos,
campesinos y obreros...

¡Pero él no lo sabía!

Él, que nos dio los sóviets,
¡Yacía ahora inmóvil en su ataúd!

“¡Pero él no lo sabía!”. Eso es lo mejor de este cuarteto. Es una reflexión del autor: Lenin, que lo sabía todo, no sabía, en ese momento, que habíamos venido a verlo. ¡Eso es la muerte!

Y esto es lo que nos cuentan en prosa sobre el funeral:

“Cerca de la Casa de los Sindicatos, mucha gente lo esperaba. No era así como los burgueses de la ciudad esperaban verlo. Pensaban: vamos a ver llegar al principal gobernante en una carroza dorada, todo será resplandeciente. Pero los obreros reconocieron aún mejor a su amado, a su querido Ilich”.

El niño empieza por distinguir las clases sociales: por un lado, la pequeña burguesía de la ciudad; por otro, los obreros. Se expresa con riqueza y sabor en su lenguaje infantil; dice: “El principal gobernante, una carroza dorada, todo será brillante...”.

Y aquí hay más versos:

Un orador, otro, un tercero, un cuarto,
De diversos países, de diversos estados han hablado...

Y un orador terminó de decir la última palabra:

Y Lenin, sin miedo, se fue a la tumba.

Se encoge el corazón ante la idea de que el propio Ilich Lenin deba ir a la tumba; pero enseguida surge este pensamiento claro y consolador: ¡Lenin no tiene miedo! ¿Y podría ser de otra manera? ¿Acaso quien nunca temió nada en su vida podría temer a la muerte? No hay en esto ningún misticismo. Un joven artista crea la figura del gran líder, sencillamente.

La gente desfila y desfila ante el ataúd rojo. Entre las filas están los niños, los futuros creadores de recuerdos.

Y detrás de nosotros estallaban los sollozos

El grito sonoro y desgarrador de alguien.

Y pasamos, fijando la mirada

en el rostro amarillento que no podemos dejar de mirar.

¡Es la sencillez de la perfección, sobre todo este último verso!

He aquí otro relato en el que el elemento descriptivo prevalece sobre la reflexión política y el lirismo:

“Nos hemos colocado en una de las filas de la Mojovaya y miramos hacia delante. Solo se ven cabezas y, por encima de ellas, banderas. La multitud guarda silencio. Pasa un vendedor ambulante que vende pasteles y grita: “¡Calentitos! ¡Calentitos!” Una mujer delante de nosotros le dice: “¡Vete! No es momento de “pensar en pasteles”. La fila avanza lentamente y, detrás de nosotros, ya hay mucha gente. Todo el mundo está helado. El frío te pellizca las piernas, los brazos, la cara...”

¿Acaso Shakespeare aprendió de un niño a mezclar lo trágico con lo insignificante, lo grandioso con lo banal? Millones de hombres, bajo un cielo gélido, celebran el funeral de su líder. “¡Calentitos! ¡Pasteles calentitos!” Y esa sencilla réplica que lo dice todo: “¡Vete! ¡No es momento de pensar en pasteles!”

Por fin, nuestro autor se encuentra en la sala:

“Ahí está: sobre una elevación, el ataúd rojo, y él en el ataúd. Uno querría dar la vida por salvarlo. Pero es imposible, la enfermedad se ha llevado lo que le pertenece. Tiene el rostro amarillento, como de cera. La nariz se ha afilado, la expresión del rostro es seria. La perilla es tal como en los retratos, y las manos están extendidas como en un vivo. Va vestido con un *french*³⁰ verde y lleva en el pecho la orden de la Bandera Roja.”

Siempre la misma seguridad en la mirada, la misma precisión en los términos. ¡Y qué frescura de sentimiento en estas palabras que resuenan en medio de la descripción!: “Uno querría dar la vida por salvarlo”. Un poco más adelante, el texto se ve interrumpido de nuevo por esta exclamación: “¡Ah! ¡Era demasiado pronto, Ilich, demasiado pronto!”. Suena casi como un reproche, ¡pero uno que brota del fondo del alma! Lo mejor, como observación, es, creo, el final del fragmento:

“Todo el mundo baja y sale. Pero los rostros ya no son como eran al entrar: al llegar, la gente tenía un aire de espera e impaciencia; ahora, todos fijan la mirada en el suelo; cada uno se esfuerza por recordar para siempre el rostro de Vladimir Ilich”.

¡Está tan bien dicho, tan bien observado, que uno llega a sospechar que bien podría haberlo escrito un adulto! Pero no, un adulto no escribiría así; al menos yo nunca he leído nada parecido.

“Yacía en su ataúd rojo [cuenta un autor muy joven, más exactamente, una “autora”, para hacer juego con la “redactora”)], sonaba la música y su perilla era como la de cuando estaba vivo en su retrato. Cuando vi eso, me eché a llorar”.

Es imposible no llorar al ver la perilla tal y como aparece en el retrato. La pequeña barba de Ilich ocupa, por lo general, un lugar importante en los recuerdos de los niños. Es en la barba donde los niños reconocen la madurez, la virilidad, el espíritu combativo; la de Ilich era muy pequeña, pero tenía una gran importancia porque era *la suya*. Además, tal y como en el retrato. Por lo tanto, los retratos dicen la verdad. Por lo tanto, todo lo demás también es cierto. Tal es el valor del testimonio de la perilla de Lenin. A continuación, la niña escritora cuenta de una manera inimitable cómo se hizo, con sus propios medios, una insignia para llevar en el pecho. Pero la cita nos llevaría demasiado lejos. Quien quiera saber en serio cómo se puede fabricar la insignia de Lenin, cuando no se tiene dinero para comprarla, no tiene más que leer el librito infantil sobre Ilich. En él encontrará toda la información indispensable...

He aquí otros versos, de tono patético, sobre la muerte del gran maestro:

Cuando te llevaban para enterrarte,
Detrás de ti caminaban millones de hombres,
Caminaban y llevaban banderas;
La gente sollozaba, los cañones tronaban,
En las fábricas y talleres resonaban las sirenas;
El mundo entero sabía que habías muerto.

³⁰ French: especie de chaqueta de oficial, en uso en Rusia desde la guerra. (Nota del T.)

Así fue como enterramos al líder. Las fábricas y las plantas industriales retumbaban, las banderas y los cañones proclamaban la grandeza del difunto, y millones de hombres sollozaban detrás del féretro. “Todo el mundo sabía que habías muerto”. Así te enterramos, Ilich, así te dejamos.

Pero lo más bonito de todo es quizá esa canción fúnebre que cantaba, en un “jardín de infancia”, una niña de cinco años:

¡Has muerto, Ilich!
 Un pajarito vino volando,
 Y el sol lo calentaba.
 ¡Has muerto, Ilich!
 Y te han enterrado,
 Y tus ropas han muerto.
 ¡Has muerto, Ilich!
 Y te quedaste solo,
 ¡Pobre, pobre Ilich!
 Eras bueno,
 Te daré mi habitación
 Y te quiero.
 Volverás a la luz,
 Y te tocaremos.

Las ideas aún se dispersan un poco, por sí solas, en la mente de la niña de cinco años: es tan difícil reunir las y retenerlas. Es un pájaro que llega y el sol que lo calienta, pero lo grave es que Ilich ha muerto: lo han enterrado, y su ropa ha muerto, porque la ropa vive y muere con el hombre. “¡Y te has quedado solo, pobre, pobre Ilich!” Pero ¿es eso tan cierto? Quizás podría darte mi habitación, Ilich, y seguirías a la luz, y podríamos tocarte. ¿Acaso la vida no consiste en tocar y ser tocado? Eso es lo que cantaba la niña sobre Ilich. Hasta ahora, nadie ha cantado mejor que ella. Más tarde vendrán grandes poetas, que releerán el librito de los niños, que reflexionarán profundamente sobre él y cantarán sobre Ilich:

Vladimir Ilich Lenin
 Fue, en Rusia, único...

Kislovodsk, 30 de septiembre de 1924

Discursos y mensajes

Lenin como tipo nacional

(*Pravda*, número 86, 23 de abril de 1920)

El internacionalismo de Lenin no necesita demostración. Se manifiesta admirablemente en la ruptura intransigente que Lenin llevó a cabo, desde los primeros días de la guerra mundial, con esa falsificación de internacionalismo que dominaba en la II Internacional. Desde lo alto de la tribuna parlamentaria, los jefes oficiales del “socialismo” conciliaban los intereses de la patria con los de la humanidad mediante argumentos abstractos al gusto de los cosmopolitas de antaño. Cómo sabemos, en la práctica esto conducía a apoyar a una patria de saqueadores utilizando para ello las fuerzas del proletariado.

El internacionalismo de Lenin, lejos de ser una conciliación puramente verbal entre el espíritu nacional y el espíritu internacional, es una fórmula de acción revolucionaria extendida a todos los pueblos. El territorio mundial ocupado por lo que se llama la humanidad civilizada se considera un inmenso y único campo de batalla en el que maniobran los pueblos y las clases. Ninguna de las grandes cuestiones humanas debe encerrarse en un marco nacional. Hilos visibles o invisibles establecen un vínculo efectivo entre el hecho que puede parecer nacional y decenas de otros hechos que se producen en todos los puntos del globo. En las valoraciones que ofrece sobre las fuerzas y los factores de la vida internacional, Lenin está más libre que nadie de toda parcialidad nacional.

Marx consideraba que los filósofos habían interpretado suficientemente el mundo; para él, el problema consistía en transformarlo³¹. Pero, como genial precursor, no vivió lo suficiente para presenciar esa transformación. El viejo mundo se encuentra ahora en plena transformación, y Lenin es su principal artífice. Su internacionalismo consiste en juzgar prácticamente todas las cosas e intervenir de manera práctica en la historia, a escala mundial, persiguiendo fines mundiales. Rusia y su destino no son más que uno de los elementos de este grandioso proceso histórico cuyo desenlace determinará el destino de la humanidad.

No, el internacionalismo de Lenin no necesita demostración. Pero, al mismo tiempo, el propio Lenin es profundamente nacional. Hunde sus raíces en la nueva historia de Rusia; concentra esa historia en sí mismo; le confiere su máxima “presión”, y es precisamente por ahí por donde alcanza las cimas de la acción internacional y la influencia mundial.

A primera vista, puede parecer muy sorprendente que se caracterice a Lenin por su lado “nacional”, pero, en definitiva, debería ser algo evidente. Para dirigir una revolución sin precedentes en la historia de los pueblos, la convulsión por la que atraviesa Rusia, es evidente que debe existir entre el líder y las fuerzas profundas de la vida popular un vínculo indisoluble, orgánico, que llegue hasta las raíces más profundas.

En Lenin se encarna el proletariado ruso: una clase muy joven que, políticamente hablando, no es mucho mayor que el propio Lenin; pero una clase profundamente nacional, pues en ella se resume toda la evolución anterior de Rusia, en ella está todo el futuro del país, con ella vive y se transforma la nación rusa. La independencia respecto a toda rutina, a la hipocresía y a las

³¹ Ver las imprescindibles “Tesis sobre Feuerbach” en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Federico Engels; *Tesis sobre Feuerbach*, Carlos Marx, página 32, tesis 11, y siguientes; o en *La ideología alemana*, página 366 y siguientes, ambos en formato pdf en nuestra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#).

fórmulas convencionales, la audacia del pensamiento, la valentía en la acción (una valentía que nunca se convierte en temeridad): he aquí lo que caracteriza al proletariado ruso (y a Lenin al mismo tiempo).

Esta naturaleza del proletariado ruso, que lo convierte actualmente en la fuerza más importante de la revolución internacional, es fruto de toda la historia nacional de Rusia: la crueldad bárbara de la autocracia, la nulidad de las clases privilegiadas, el desarrollo febril del capitalismo, impulsado por la influencia de la alta banca mundial, la decadencia de la burguesía rusa, el declive de su ideología y la mediocridad de su política. Nuestro “Tercer Estado” no tuvo ni pudo tener su Reforma, ni su Gran Revolución. La tarea revolucionaria del proletariado ruso no por ello fue menos amplia, menos universal. Nuestro pasado no nos ha brindado ni un Lutero, ni un Tomás Müntzer, ni un Mirabeau, ni un Danton, ni un Robespierre. Precisamente por eso el proletariado ruso tiene a su Lenin. Lo que se ha perdido en tradición se recupera con la envergadura de la revolución.

Lenin es el reflejo, la imagen de la clase obrera no solo en su presente proletario, sino también en su pasado campesino aún muy reciente. El más indiscutible de los líderes del proletariado no solo tiene el aspecto exterior de un mujik, sino que posee su fuerte naturaleza interior.

Frente al Instituto Smolny se alza el monumento a otro gran hombre del proletariado mundial: Marx sobre un pedestal de piedra, vestido con una levita negra. No es más que un detalle, por supuesto; pero me resulta imposible imaginarme a Lenin con una levita. Algunos retratos de Marx nos lo muestran con un amplio pecho almidonado sobre el que se perfila una especie de monóculo. Sin embargo, Marx no era precisamente dado a la coquetería: esto resulta bastante claro para quien lo conoce un poco. Pero él nació y creció en otro terreno de la cultura nacional, respiró otra atmósfera: la élite de la clase obrera alemana no se vincula al pueblo, al campesinado, sino a la artesanía, a los gremios y a esa compleja cultura urbana que procede de la Edad Media.

El propio estilo de Marx, que tiene riqueza y belleza, que combina vigor y flexibilidad, ira e ironía, austeridad y refinamiento, lleva en sí la herencia literaria y estética de toda la literatura alemana, social y política, que se remonta a la Reforma y a épocas anteriores. El estilo escrito y oratorio de Lenin es extremadamente sencillo, utilitario, ascético, como su propia naturaleza. Pero en ese poderoso ascetismo no hay ni una sombra de prejuicio moralista. No es un principio, no es un sistema preconcebido y, naturalmente, no es una pose: simplemente la expresión de una concentración interior de las fuerzas destinadas a la acción. Es el espíritu práctico, es la economía interior del mujik, pero a una escala grandiosa.

Marx se encuentra íntegramente en el *Manifiesto Comunista*, en el prefacio a su *Crítica*, en *El Capital*³². Aunque no hubiera fundado la Primera Internacional³³, habría permanecido para siempre tal y como se nos presenta hoy. Por el contrario, Lenin se encuentra íntegramente en la acción revolucionaria. Sus trabajos científicos no son más que una preparación para la acción. Aunque no hubiera publicado ningún libro, habría pasado a la historia tal y como pasa ahora, como líder de la revolución proletaria y fundador de la III Internacional³⁴.

Un sistema científico claro, una dialéctica materialista, eso es lo indispensable para la acción ampliada al plano histórico en el que debía trabajar Lenin; eso es lo indispensable, pero aún no basta. Hay que añadir además la fuerza creadora profunda y secreta que llamamos intuición: la

³² *Manifiesto Comunista* y *Contribución a la crítica de la Economía Política*, ambos con amplios apéndices, también en nuestra serie *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels* (OEME-EIS). En los *Cuadernos de formación marxista* del *Grupo Germinal* puede descargarse *El Capital*, Volumen I, Carlos Marx (extractado por Otto Rühle). *El Capital* completo está alojado en [Internet Archive](#).

³³ Nuestra serie *Primera Internacional*. *Asociación Internacional de Trabajadores* (AIT).

³⁴ Nuestra serie *Tercera Internacional*. *Internacional Comunista*. Cuatro primeros congresos de la *Internacional Comunista* y otros materiales.

capacidad de apreciar en un abrir y cerrar de ojos, y como al vuelo, los acontecimientos, de discernir lo esencial y lo importante, rechazando las nimiedades y los detalles, de completar con la imaginación las lagunas del cuadro, de llevar a término el pensamiento de los demás y, en particular y, sobre todo, de prever hasta el final el pensamiento de los adversarios. La capacidad de unificar todos estos elementos y de asestar golpes en el mismo instante en que se constituye en la mente la “fórmula” del golpe necesario. Es la intuición de la acción. Es la capacidad de una mente prácticamente inventiva.

Cuando Lenin, entrecerrando el ojo izquierdo, escucha la lectura de un despacho de radio que le transmite el discurso parlamentario de uno de los dominadores del imperialismo o una nota diplomática de interés inmediato (documento en el que encuentra la perfidia sanguinaria combinada con la hipocresía más exquisita), parece un mujik de los más astutos que no se deja engañar por las frases, que no se deja embaucar por las grandes palabras. Es entonces el mujik inventivo y hábil, pero en su máxima potencia, al nivel del genio, provisto de las armas más perfeccionadas de la ciencia.

El joven proletariado de Rusia solo ha podido llevar a cabo una obra actual arrastrando consigo a la pesada masa del campesinado, como se arranca un terrón de tierra con las raíces. Todo nuestro pasado nacional ha preparado este acontecimiento. Pero es precisamente porque la historia ha llevado al proletariado al poder, por eso mismo nuestra revolución ha superado de un solo golpe y radicalmente el espíritu nacional estrecho, el espíritu provincial tan limitado de la antigua historia de Rusia. La Rusia soviética no solo se ha convertido en el refugio de la Internacional Comunista; es la expresión viva de su programa y de sus métodos.

Por los caminos desconocidos, aún ignorados por la ciencia, que sigue la personalidad humana para formarse, Lenin absorbió del entorno nacional todo lo que necesitaba para llevar a cabo la mayor acción revolucionaria de la historia universal. Precisamente por eso, a través de Lenin, la revolución socialista, que desde hacía tiempo poseía su expresión teórica internacional, encontró su primera encarnación nacional. Lenin se convirtió así, en el sentido más directo y más inmediato, en el líder revolucionario del proletariado mundial. Esto es lo que se puede decir de él, esto es lo que se reconoce en el día de su quincuagésimo aniversario.

Lenin herido

(Discurso pronunciado en la sesión del Comité Ejecutivo Central Panruso celebrada el 2 de septiembre de 1918)

Camaradas, las aclamaciones fraternas que oigo, las interpreto así: hoy, en estas horas penosas y estos días difíciles, todos sentimos, como hermanos reunidos, una profunda necesidad de estrechar nuestros lazos, de vincularnos más estrechamente a nuestras organizaciones soviéticas, de agruparnos más firmemente bajo nuestra bandera comunista. En estos días y estas horas llenos de alarma, mientras el abanderado del proletariado, el nuestro y, se puede decir, el de todo el mundo, yace tendido, luchando en su lecho de dolor contra el terrible espectro de la muerte, estamos más unidos unos a otros que en los momentos de victoria...

La noticia del atentado cometido contra el camarada Lenin nos llegó, a otros camaradas y a mí, en Svajsk, en el frente de Kazán. Allí nos llovían los golpes, unos venían de la derecha, otros de la izquierda, otros de frente. Pero este nuevo golpe, procedente de la lejana retaguardia, nos golpeaba por la espalda. Este golpe traicionero ha abierto un nuevo frente, el más doloroso, el más alarmante en estos momentos: el frente en el que Vladimir Ilich defiende su vida contra la muerte. Y sean cuales sean los reveses que aún nos puedan esperar en tal o cual punto de la gran batalla (creo firmemente en la próxima victoria que obtendremos juntos), para la clase obrera de Rusia y del mundo entero, ningún revés parcial sería tan penoso, tan trágico como aquel que nos amenazaría si la batalla librada al lado de nuestro líder terminara en derrota.

No es difícil imaginar toda la violencia del odio concentrado que esta gran figura ha suscitado y suscitará en todos los enemigos de la clase obrera. Porque la naturaleza ha hecho bien las cosas al colocar en un solo hombre la imagen encarnada del pensamiento revolucionario y de la energía indomable del proletariado. Esa figura es Vladimir Ilich Lenin.

La galería de líderes obreros y militantes revolucionarios es muy numerosa y muy diversa; muchos de nosotros, que llevamos casi treinta años trabajando por la revolución, hemos tenido ocasión de encontrarnos, en diversos países, con tipos muy diferentes de líderes obreros y representantes revolucionarios de la clase obrera. Pero solo en nuestro camarada Lenin reconocemos al hombre hecho para nuestra época de sangre y hierro.

Hemos dejado atrás la época del llamado desarrollo pacífico de la sociedad burguesa, cuando la oposición de intereses se multiplicaba gradualmente; era entonces para Europa el período denominado de la paz armada y la sangre apenas corría más que en las colonias, donde el capital rapaz torturaba a los pueblos más atrasados. Europa disfrutaba de la paz bajo el régimen del militarismo capitalista.

Entonces se formaban y se definían los líderes más representativos del movimiento obrero europeo. Entre ellos, conocimos al maravilloso líder que fue Auguste Bebel, el gran difunto. Pero él reflejaba la época de un desarrollo progresivo y lento de la clase obrera. Muy valiente, dotado de una energía de hierro, se distinguía al mismo tiempo por una extrema prudencia en sus movimientos; tanteaba el terreno, practicaba una estrategia de temporización y preparación. En él se expresaban un crecimiento gradual, una acumulación molecular de las fuerzas de la clase obrera; su pensamiento avanzaba, pero lo hacía paso a paso, del mismo modo que la clase obrera alemana, en la época de la reacción mundial, solo se elevaba poco a poco, despojándose de sus tinieblas y sus prejuicios. La naturaleza espiritual del gran alemán crecía, se desarrollaba, se hacía más fuerte y más elevada, pero siempre en el mismo terreno de la espera y la preparación. Así era August Bebel en sus pensamientos y sus métodos, la figura más hermosa de una época que ya se aleja en la eternidad del pasado.

Nuestra época está hecha de otra materia. Todas las oposiciones de intereses que antaño se manifestaban cada vez con mayor frecuencia han provocado una formidable explosión; han desgarrado la superficie de la sociedad burguesa; todos los cimientos del capitalismo mundial han sido sacudidos por la espantosa carnicería de los pueblos europeos. Esta época es la que nos ha revelado todos los antagonismos de clases, la que ha puesto a las masas populares ante una terrible realidad, mostrándoles que millones de hombres debían perecer por los intereses de cínicos especuladores. Ahora bien, en ese momento, la historia de Europa occidental olvidó, o no se le ocurrió, o fue incapaz de dotarse de un líder, y es muy comprensible: pues todos aquellos que, en vísperas de la guerra, gozaban especialmente de la confianza de los obreros de Europa, eran los representantes de ayer y no los de hoy...

Y cuando se abrió la nueva época, los antiguos líderes fueron incapaces de estar a la altura: fue una época de terribles convulsiones y sangrientas batallas.

La historia quiso entonces, y no por casualidad, crear en Rusia una figura de un solo bloque, una figura que representara bien toda la dureza y la grandeza de nuestro tiempo. Lo repito, no fue por casualidad.

En 1847, la Alemania atrasada hizo surgir de su seno a Marx, el más grande de los militantes del pensamiento, que previó y señaló los caminos de la nueva historia. Sí, Alemania era entonces un país atrasado, pero estaba en el designio de la historia empujar a los intelectuales de Alemania hacia un período de desarrollo revolucionario; y el más grande de los representantes de la inteligencia, rico en toda la ciencia que había adquirido, rompió con la sociedad burguesa, se alzó en el terreno del proletariado revolucionario, elaboró un programa del movimiento obrero y una teoría del desarrollo de la clase obrera. Lo que Marx había predicho, nuestra época estaba llamada a cumplirlo. Y para ello necesitaba nuevos líderes animados por el gran espíritu de nuestro tiempo; la clase obrera, en efecto, elevándose por fin

a la altura de su tarea, veía claramente la alta cima que debía franquear si quería salvar a la humanidad y no dejarla pudrirse, como una carroña, en la gran vía de la historia.

En esta época, ha sido Rusia la que ha dado un nuevo líder. Todo lo mejor de los intelectuales revolucionarios de antaño, su espíritu de abnegación, su audacia, su odio a la opresión, todo ello se ha concentrado en esta figura que, sin embargo, desde su juventud, rompió sin vuelta atrás con el mundo de los intelectuales, cuya conexión con la burguesía veía claramente, y que encarna en sí misma todo el sentido y la esencia del movimiento obrero. Apoyándose en el joven proletariado revolucionario de Rusia, aprovechando la rica experiencia del movimiento obrero mundial, utilizando su ideología como palanca para la acción, esta figura se ha erigido con toda su estatura en el firmamento político. Es la figura de Lenin, del hombre más grande de nuestra época revolucionaria. (*Aplausos.*)

Sé, y ustedes también lo saben, camaradas, que el destino de la clase obrera no depende de los individuos; pero eso no significa que las personalidades sean indiferentes a la historia de nuestro movimiento y al desarrollo de la clase obrera. El individuo no puede moldear a la clase obrera a su imagen, ni puede indicar al proletariado, a su antojo, tal o cual camino a seguir; pero puede contribuir al cumplimiento de las tareas indispensables, puede acelerar el movimiento hacia el objetivo final.

Los críticos de Karl Marx señalaban que había previsto la revolución como mucho más cercana de lo que fue en realidad. A lo que se respondía, con toda razón, que se había situado en una alta montaña y que, por consiguiente, las distancias le habían parecido más cortas.

Vladimir Ilich fue criticado más de una vez, por muchos militantes, yo entre otros, porque parecía ignorar ciertas causas secundarias, ciertas circunstancias accesorias. Debo decir que, en una época de desarrollo “normal”, es decir, lento, tal vez hubiera sido un defecto para un hombre político; pero fue el mayor privilegio del camarada Lenin, como líder de una nueva época, el de ver cómo todo lo accesorio, todo lo exterior, todo lo secundario retrocedía y caía ante él, mientras que a sus ojos solo subsistía el antagonismo esencial e irreductible de las clases, bajo el terrible aspecto de la guerra civil. Lanzando hacia adelante su mirada de revolucionario, Lenin poseía en grado sumo el don de percibir y señalar lo principal, lo esencial, lo indispensable. Y aquellos que, como yo, tuvieron que observar de cerca, en ese período, el trabajo de Vladimir Ilich, la actividad de su pensamiento, esos sintieron necesariamente una admiración sin límites (diría yo: un éxtasis de admiración), ante ese pensamiento perspicaz y penetrante que rechaza todo lo externo, lo fortuito, lo superficial, y marca los caminos principales y los medios de acción.

La clase obrera solo aprende a apreciar a aquellos líderes que, habiendo allanado el camino de su desarrollo, avanzan con paso seguro y perseverante, aun cuando los prejuicios del proletariado sean a veces un obstáculo para ellos. A los poderosos dotes de pensador de Vladimir Ilich se suma una voluntad inquebrantable; y estas cualidades constituyen, cuando se unen, al verdadero líder revolucionario, valiente, irresistible en el pensamiento, inquebrantable en su voluntad.

¡Qué alegría para nosotros que todo lo que decimos, oímos y leemos en las resoluciones sobre Lenin no sea para lamentar su pérdida! Y, sin embargo, el peligro ha sido muy grande... Estamos seguros de que, en este nuevo frente de la batalla, tan cercano, que se encuentra en una habitación del Kremlin, la vida prevalecerá y que Vladimir Ilich volverá pronto a nuestras filas.

Camaradas, si, como he dicho, Lenin encarna el pensamiento valiente y la voluntad revolucionaria de la clase obrera, se puede ver una especie de símbolo, de designio consciente de la historia, en el hecho de que, en estas horas penosas en que la clase obrera de Rusia, tendiendo todas sus fuerzas, combate en los frentes exteriores contra los checoslovacos, los guardias blancos, y los mercenarios de Inglaterra y Francia, nuestro líder resiste las heridas, se defiende contra la muerte que querían infligirle los agentes de esos mismos blancos, de esos checoslovacos, de esos mercenarios de Inglaterra y Francia. Existe entre estas circunstancias

un vínculo interno. Hay en estos acontecimientos una profunda correspondencia histórica. Ciertamente, sentimos, vemos todos, en nuestra lucha en el frente checoslovaco, anglo-francés, en el frente de los guardias blancos, sentimos con certeza que nuestras fuerzas aumentan día a día y hora a hora (*Aplausos*). Puedo afirmarlo como testigo ocular, acabo de llegar del teatro de operaciones; sí, nos fortalecemos cada día, mañana seremos más fuertes de lo que éramos ayer y pasado mañana más que mañana y, no lo dudo, se acerca el día en que podremos decirles que Kazán, Simbirsk, Samara, Ufa y otras ciudades ocupadas momentáneamente por el enemigo volverán a nuestra familia de los sóviets. Del mismo modo, esperamos que la recuperación de Lenin no se haga esperar más.

En este mismo instante, la hermosa imagen del líder herido, fuera de combate por algún tiempo, se alza ante nosotros, se impone a nuestra mirada. Sabemos que no nos ha abandonado ni un minuto, pues, aun abatido por las balas de los traidores, nos exhorta, nos llama, nos empuja hacia adelante. No he visto a un solo camarada, ni a un solo obrero honrado cuyos brazos se hayan caído por el desánimo ante la noticia del pérfido atentado; pero he visto a decenas de ellos apretar los puños, buscar armas que empuñar; he oído a cientos y miles de hombres jurar una venganza implacable contra los enemigos de clase del proletariado. No hace falta que les cuente cuáles fueron los sentimientos de los militantes conscientes en el frente cuando se enteraron de que Lenin yacía con dos balas en el cuerpo. Nadie se atrevería a decir que Lenin, por su carácter, no tenía la resistencia del metal; el enemigo ha querido que hubiera metal hasta en su carne; por ello será aún más querido por la clase obrera de Rusia.

No sé si nuestras palabras y los latidos de nuestros corazones serán escuchados desde el lecho del camarada Lenin, pero, no lo dudo, él siente bien que estamos con él. Presa de la fiebre, sabe que nuestros corazones, como el suyo, laten el doble, el triple de fuerte. Todos comprendemos más claramente que nunca que somos miembros de una sola familia comunista soviética. Nunca la vida individual de uno u otro de nosotros nos ha parecido tan secundaria como en un momento en que la existencia del hombre más grande de nuestro tiempo está en peligro. Cualquier imbécil puede disparar a Lenin y perforarle el cráneo; pero sería muy difícil encontrar una cabeza tan hermosa y la propia naturaleza no podría reconstruir tan fácilmente su obra.

Pero no, pronto se levantará, para pensar, para crear, para luchar a nuestro lado. En cuanto a nosotros, prometemos a nuestro amado líder permanecer fieles, mientras el pensamiento viva en nosotros, mientras la sangre haga latir nuestros corazones, fieles a la bandera de la revolución comunista. Lucharemos contra los enemigos de la clase obrera hasta nuestra última gota de sangre, hasta el último aliento.

Lenin, enfermo

(Extracto del informe presentado a la VII Conferencia del Partido Comunista de Ucrania, celebrada el 5 de abril de 1923)

Camaradas, en lo que respecta a la claridad del pensamiento y la firmeza de nuestro partido, este año hemos sufrido nuevas pruebas impuestas por la experiencia. Esta prueba ha sido penosa, porque ha sido consecuencia de un hecho que todo nuestro partido siente profundamente en su conciencia, de un hecho doloroso para las grandes masas de la población trabajadora y, sería más justo decir, para todos los trabajadores de nuestro país, para un número considerable de trabajadores en el mundo: me refiero a la enfermedad de Vladimir Ilich.

Cuando su estado se agravó, a principios de marzo, el buró político se reunió para deliberar sobre las comunicaciones que debían hacerse al respecto al partido, al país; imagino, camaradas, que comprenden en qué estado de ánimo se celebró esa sesión: debíamos revelar la triste y preocupante noticia mediante un primer comunicado.

Por supuesto, en ese momento seguíamos siendo ante todo políticos. Nadie nos lo reprochará. No pensábamos solo en la salud del camarada Lenin; es cierto que, en ese momento, nos preocupaban ante todo las dificultades físicas con las que luchaba, las pulsaciones de su corazón, su temperatura; pero también nos preguntábamos qué impresión causaría el boletín médico en la vida política, en las pulsaciones del corazón de la clase obrera y de nuestro partido.

Con ansiedad, pero con una profunda fe en las fuerzas del partido, nos dijimos que había que informar a nuestros camaradas y a todo el país tan pronto como surgiera el peligro.

No nos cabía ninguna duda: nuestros enemigos intentarían utilizar esta noticia para sembrar el desconcierto entre la población, sobre todo entre los campesinos, para difundir noticias alarmistas, etc.; pero ninguno de nosotros dudó tampoco de la necesidad de dar a conocer al partido el estado de las cosas: decir lo que era, era apelar más enérgicamente a la responsabilidad de cada uno de los miembros del partido.

Nuestra organización está compuesta por medio millón de hombres; es una vasta colectividad que cuenta con una gran experiencia, pero en este imponente ejército, Lenin ocupa un lugar que no se puede comparar con ningún otro.

No hay, ni ha habido jamás en la historia, un hombre que haya influido como Lenin en el destino no solo de un país, sino de la humanidad entera; no hay grandeza común que nos dé la dimensión histórica de Vladimir Ilich. Y por eso su prolongada ausencia del trabajo, su grave estado, no podían sino sumirnos en una profunda inquietud, como políticos. Sin duda, sin duda, sabemos que la clase obrera vencerá por sí misma. Se dice, en uno de nuestros himnos: “No hay salvadores supremos”³⁵. Y eso es cierto, pero solo lo es en el balance definitivo de la historia: al final, la clase obrera vencerá, y habría salido victoriosa incluso si nunca hubiera existido Karl Marx, incluso si no hubiera habido ningún Uliánov-Lenin. La clase obrera habría sabido elaborar por sí misma las ideas que necesita, los métodos que le son indispensables; pero ese trabajo habría sido más lento.

La clase obrera, en dos momentos culminantes de su evolución, vio surgir dos figuras, Marx y Lenin: esto supone una ventaja formidable para la revolución.

Marx es el profeta que trae las tablas de la ley; Lenin es el gran ejecutor de los mandamientos; no dirige, como Marx, su enseñanza a una aristocracia proletaria, sino que habla a las masas, a los pueblos, les da experiencia en las circunstancias más difíciles, actúa, maniobra, obtiene la victoria.

Nuestro trabajo práctico de este año solo ha podido contar con una participación reducida de Vladimir Ilich. En el ámbito de las ideas, hemos recibido recientemente de él ciertas advertencias, ciertas indicaciones que nos guiarán durante varios años: sobre la cuestión campesina, sobre el aparato del estado, sobre la cuestión nacional...

³⁵ *La Internacional*, letra original y diversas traducciones, alojada [en esta misma página de internet](#).

Ahora bien, nos vimos obligados a anunciar que su estado se había agravado. Nos preguntábamos con una inquietud muy natural qué conclusiones sacarían de ello las masas sin partido, las masas campesinas, las del Ejército Rojo; en nuestro aparato gubernamental, es Lenin, ante todo, quien goza de la confianza del campesino. Independientemente de todas las demás consideraciones, Ilich es nuestro gran capital moral en las relaciones establecidas entre la clase obrera y el campesinado. ¿No pensaría el campesino (se preguntaban algunos de nosotros) que, al estar Lenin alejado del trabajo durante mucho tiempo, su política iba a modificarse? ¿Cómo iba a reaccionar el partido? ¿Cuál sería la actitud de la masa obrera, del país?

Tan pronto como aparecieron los primeros comunicados que lanzaban la voz de alarma, el partido, en su conjunto, se recompuso, se unió, se recuperó moralmente.

Ciertamente, camaradas, el partido está compuesto por hombres vivos que tienen sus defectos, sus insuficiencias; entre los comunistas hay mucho “de humano, de demasiado humano”, como dicen los alemanes; hay choques entre grupos, entre personas, algunos desacuerdos graves, otros insignificantes; los seguirá habiendo, pues un gran partido no puede vivir de otra manera. Pero la fuerza moral, el peso específico del partido, viene determinado por lo que sale a la superficie en una convulsión tan trágica: la voluntad de unidad, la disciplina, o bien manifestaciones de orden secundario, personales, humanas, demasiado humanas.

Ahora bien, camaradas, creo que ya podemos sacar una conclusión con total certeza: al sentir que perdía por mucho tiempo la dirección de Lenin, nuestro partido se ha cohesionado, ha rechazado todo lo que pudiera amenazar la claridad de su pensamiento, la unidad de su voluntad, su capacidad de lucha...

Antes de subir al vagón para venir aquí, a Járkov, hablaba con nuestro comandante de Moscú, Nicolás Ivanovich Murálov, a quien muchos de ustedes conocen como un antiguo miembro del partido. Le pregunté cuál era la actitud del soldado del Ejército Rojo desde que se había sabido de la enfermedad de Lenin. Murálov me dijo: “En un primer momento, la noticia causó un efecto fulminante; hubo como un retroceso instintivo; después, todos se pusieron a reflexionar profundamente sobre el valor de Lenin...”.

Sí, camaradas, el hombre sin partido del Ejército Rojo se puso a reflexionar a su manera, pero muy profundamente, sobre el papel del individuo en la historia; examina una cuestión que nosotros, los mayores, cuando éramos pequeños alumnos de instituto, pequeños estudiantes o jóvenes obreros, estudiamos en los libros, y también en las cárceles, en el presidio, en el exilio; entonces discutíamos sobre las relaciones entre el “héroe” y la “multitud”, sobre el “factor subjetivo” y las “condiciones objetivas”...

Y he aquí que, en 1923, nuestro joven soldado del Ejército Rojo se puso a reflexionar sobre estas grandes cuestiones; cientos, miles de hombres se recogen en silencio; en toda Rusia, en toda Ucrania, en todas partes, millones de campesinos se preguntan cuál fue el papel personal de Lenin en la historia. ¿Y qué responden nuestros instructores políticos, nuestros comisarios, nuestros secretarios de grupo?

Responden que Lenin es un genio, que el genio solo aparece una vez en un siglo, y que, en cuanto a los genios que han guiado a la clase obrera, solo tenemos dos en la historia mundial: Marx y Lenin.

No se puede crear un genio, ni siquiera por decisión de un partido todopoderoso y bien disciplinado; pero se puede intentar, en la medida de lo posible, sustituirlo, se puede suplir su ausencia redoblando los esfuerzos colectivos. He aquí la teoría de la personalidad y de la clase que nuestros instructores políticos exponen, en términos simplificados, ante el soldado sin partido del Ejército Rojo. Y esta teoría es acertada: Lenin, en este momento, no puede trabajar; debemos redoblar nuestros esfuerzos, todos juntos; debemos considerar el peligro con mayor atención; debemos proteger la revolución con el doble de perseverancia; debemos aprovechar

las posibilidades de construcción con una tenacidad más implacable. Y eso es lo que haremos todos: desde los miembros del comité central hasta el soldado sin partido del Ejército Rojo...

Nuestro trabajo, camaradas, es muy lento; aunque se lleva a cabo en amplios marcos, sigue siendo muy parcial; nuestros métodos son necesariamente "prosaicos": balances y cálculos, impuestos en especie, exportación de cereales... Hacemos todo esto paso a paso, construyendo el edificio ladrillo a ladrillo... ¿No existe el peligro de que nuestro partido degenera en estas meticulosas preocupaciones? No podríamos tolerar esta degeneración, como tampoco podríamos admitir, ni en el más mínimo grado, una ruptura de la unidad efectiva; pues si bien el período actual debe ser difícil y debe durar mucho tiempo, no durará para siempre. Quizá ni siquiera tanto tiempo.

Una explosión revolucionaria de gran alcance, como lo sería el inicio de una revolución europea, puede llegar mucho antes de lo que a menudo se cree entre nosotros.

Si hay algo que debemos retener especialmente de las lecciones estratégicas de Lenin, es precisamente lo que él llama la *política de los grandes giros*: hoy en las barricadas, mañana en el establo de la III Duma Estatal; hoy se hace un llamamiento a la revolución mundial, a un octubre mundial; mañana se aceptan las negociaciones con Kühlmann y Czernin, se firma la infame paz de Brest-Litovsk. Las circunstancias han cambiado, o bien las hemos evaluado de otra manera: marchamos hacia el oeste, hacia Varsovia... Nos vemos obligados a valorar la situación de otra manera (y eso es la paz de Riga), una paz que también se puede llamar infame, como bien saben...

Después, es el trabajo tenaz, ladrillo a ladrillo, es la economía, es la reducción de puestos de funcionarios, es una gran verificación: ¿se necesitan cinco telefonistas o tres? Si tres bastan, no nos permitamos poner cinco, pues eso le costaría al mujik unos cuantos poods de trigo gastados inútilmente. Es el trabajo diario, minucioso, meticuloso...

Pero mirad allá, en el Ruhr, ¿no es esa la primera llama de la revolución que se alza? ¿Nos encontraría la revolución transformados, degenerados?

¡No, camaradas, no! No cambiamos de naturaleza; modificamos nuestros métodos y nuestros procedimientos; pero la conservación revolucionaria del partido sigue primando para nosotros sobre todas las demás cuestiones.

Aprendemos a hacer balance, pero al mismo tiempo seguimos con ojo perspicaz lo que ocurre en occidente y en oriente, y los acontecimientos no nos pillarán por sorpresa. Mediante la depuración y la ampliación de nuestra base proletaria, nos fortalecemos... Aceptamos un compromiso con el campesinado y la pequeña burguesía, toleramos a la gente de la NEP, pero no aceptamos en el partido ni a los de la NEP ni a los pequeños burgueses; con ácido sulfúrico, con hierro al rojo vivo, los eliminaríamos de nuestro partido si fuera necesario. (*Aplausos.*)

Y en el XII Congreso, el primero desde octubre que se celebrará sin la participación de Vladimir Ilich, uno de los muy pocos congresos en la historia de nuestro partido en los que no estará presente, nos diremos unos a otros, grabaremos entre los mandamientos inscritos en nuestra conciencia: no te quedes estancado en la rutina. Recuerda el arte de los giros bruscos; maniobra, pero sin dispersarte; celebra acuerdos con aliados temporales o duraderos, pero no permitas que tu aliado se introduzca subrepticamente en el partido; sigue siendo lo que eras, la vanguardia de la revolución mundial.

Y si suena la alarma en occidente (y sonará), podremos estar entonces sumergidos hasta el cuello en nuestros cálculos, en nuestros balances, en la NEP, pero responderemos a la llamada sin vacilar y sin demora: somos revolucionarios de pies a cabeza, lo hemos sido y lo seguiremos siendo hasta el final. (*Tormenta de aplausos, todo el público se pone en pie para aclamar estas palabras.*)

Lenin ha muerto

Lenin ha muerto. Lenin ya no está. Las oscuras leyes que rigen el funcionamiento de la circulación arterial han puesto fin a esta existencia. La medicina se ha mostrado impotente para obrar el milagro que se esperaba apasionadamente de ella, que exigían millones de corazones.

¿Cuántos hombres hay entre nosotros que habrían dado de buen grado, sin vacilar, hasta la última gota de su sangre para reanimar, para regenerar el organismo del gran líder, de Lenin Ilich, del único, del inimitable? Pero no ha habido milagro donde la ciencia era impotente. Y ahora Lenin ya no está. Estas palabras caen en la conciencia de manera terrible, como una roca gigante que cae al mar. ¿Se puede creerlo? ¿Se puede aceptar?

La conciencia de los trabajadores de todo el mundo no querrá admitir este hecho, pues el enemigo aún dispone de una fuerza temible; el camino por recorrer es largo; la gran obra no ha concluido, la mayor que se haya emprendido en la historia; pues Lenin es necesario para la clase obrera mundial, indispensable como, tal vez, nadie lo haya sido jamás en la historia de la humanidad.

El segundo brote de su enfermedad, mucho más grave que el primero, duró más de diez meses. El sistema arterial, según la amarga expresión de los médicos, no dejó de “jugar” durante ese tiempo. Terrible juego en el que se debatía la vida de Ilich. Cabría esperar una mejoría y casi una curación absoluta; pero también cabía esperar una catástrofe. Todos esperábamos la convalecencia; fue la catástrofe la que se produjo. El regulador cerebral de la respiración se negó a funcionar y apagó el órgano del pensamiento genial.

Y ya no tenemos a Ilich. El partido está huérfano, la clase obrera está huérfana. Ese es el sentimiento que se experimenta, ante todo, ante la noticia de la muerte del maestro, del líder.

¿Cómo seguiremos adelante? ¿Encontraremos el camino? ¿No nos perderemos? Porque Lenin, camaradas, ya no está entre nosotros...

Lenin ya no está, pero tenemos el leninismo. Lo que había de inmortal en Lenin (su enseñanza, su trabajo, su método, su ejemplo) vive en nosotros, en este partido que él creó, en este primer estado obrero, al frente del cual se situó y que dirigió.

Nuestros corazones están, en este momento, sumidos en una profunda aflicción porque, todos nosotros, somos contemporáneos de Lenin, hemos trabajado a su lado, hemos estudiado en su escuela. Nuestro partido es el leninismo en acción; nuestro partido es el líder colectivo de los trabajadores. En cada uno de nosotros vive una parte de Lenin, lo que constituye lo mejor de cada uno de nosotros.

¿Cómo seguiremos adelante a partir de ahora? Con la antorcha del leninismo en la mano. ¿Encontraremos el camino? Sí, gracias al pensamiento colectivo, gracias a la voluntad colectiva del partido, ¡lo encontraremos!

Y mañana, y pasado mañana, y dentro de ocho días, y dentro de un mes, nos preguntaremos de nuevo: ¿es posible que Lenin ya no esté? Esta muerte, durante mucho tiempo aún, parecerá un capricho inverosímil, imposible, monstruoso, de la naturaleza.

Que este cruel desgarró que sentimos, que cada uno de nosotros sentirá en su corazón al recordar que Lenin ya no está, sea para todos nosotros una advertencia constante: pensemos que nuestra responsabilidad es ahora mucho mayor. ¡Seamos dignos del líder que nos instruyó!

En la aflicción, en el duelo, cerremos filas, unamos nuestros corazones, mantengámonos más unidos para las nuevas batallas.

Camaradas, hermanos, Lenin ya no está entre nosotros. ¡Adiós, Ilich! ¡Adiós, líder!...

Estación de Tiflis, 22 de enero de 1924

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
- *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano

(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

